

MEMORIAS

DEL GENERAL DON

Miguel García Granados

SEGUNDA ∴ PARTE



GUATEMALA:
Tipografía y Encuadernación Nacional, Segunda Avenida Sur Número 3.
1894

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

Segunda Parte.

CAPÍTULO I.

Soy, en unión de mi hermano, reducido á prisión, y juzgado como conspirador.— Don Pedro González, supuesto jefe de la conspiración.— El Coronel X inventor de ella, y se le nombra fiscal de la causa; anécdota.— Las bartolinas en que se nos encierra.— Hormigas que me atacan de noche.— Se cambia el fiscal.— Nuestro acusador Guzmán; su fin.— Somos juzgados en consejo de guerra, y absueltos.— Cena que nos da un amigo, y sus consecuencias.

Como indiqué en la primera parte de estas Memorias, después de la ruina total de nuestra casa, y de la expulsión de mis hermanos mayores, nuestra situación se hizo difícil y precaria, puesto que podíamos carecer hasta de lo indispensable para nuestro sustento diario; pudiendo decirse que en tres años habíamos pasado del lujo á la miseria. Mi hermano mayor nos había dicho que en cuanto llegase á México nos escribiría para que nos pusiésemos en camino con Dirección á Chiapas, á donde nos vendría él á encontrar, porque su intención era que abandonásemos definitivamente á Guatemala. Entre tanto, mi hermano Manuel, bien que todavía menor de edad, se encargó de los cortos negocios de la casa, para lo cual se le dió poder en forma.

El 5 de septiembre del mismo año de 29, entramos á nuestra casa, mi hermano Manuel y yo, á eso de las once de la noche, y nos preparábamos para cenar, cuando oí tocar la puerta de la calle. Extraño me pareció que llamasen á semejante hora. Yo mismo me dirigí á la puerta, la abrí, y me encontré con un tal Fagoaga, segundo de una patrulla de tropa, capitaneada por un antiguo oficial del Batallón 1º Federal, y por consiguiente, muy conocido mío, el cual había tomado servicio con los vencedores. En el acto fuí aprehendido, lo mismo que mi hermano, y sin permitírsenos cenar, fuimos conducidos á la cárcel, con gran espanto de mis hermanas que, aunque estaban ya recogidas, supieron nuestro percance, por una criada que se los refirió.

A nuestro criado, pobre viejo que tres días antes había entrado á nuestro servicio, también se le prendió; pero esa noche no lo supimos. Llegados que hubimos á la cárcel, Fagoaga entregó al brutal Alcaide, con el cual ya hizo conocimiento el lector, una orden para que se nos pusiese en bartolina, incomunicados. El Alcaide, echando rayos y diciendo palabras soeces, nos metió á la cárcel, abrió en seguida el mismo calabozo en que pasé la noche del día de mi llegada de San Salvador; le atravesamos, y

pasando á un patio interior, abrió una puerta grande, que daba á un callejón oscuro, en el cual se hallaban seis ó siete bartolinas. Metió á mi hermano en una, yo entré á otra en que se hallaba una mancuerna de presos; esta bartolina comunicaba con otra que no tenía puerta al callejón, y en ella fuí encerrado. Cada una de estas bartolinas tenía un poyo de piedra que servía de cama á los presos, sobre el cual me acosté, procurando dormir, cosa no muy fácil sobre aquella piedra, sin almohada ni otra ropa que mi esclavina; á que se agregaba un horrible mal olor, porque los presos de la bartolina adyacente habían estado haciendo cierto uso no muy limpio de aquella en que me alojó el amable Alcaide. Innecesario es decir que ni mi hermano ni yo teníamos la menor sospecha de cual sería la causa de nuestra prisión; pero en aquella época aciaga eran tan comunes las violencias para con los vencidos, que no nos causó gran extrañeza, lo que de nuevo estábamos sufriendo.

Al día siguiente sacaron á la mancuerna de presos que estaba en la bartolina inmediata y me pasaron á ella. Ese mismo día permitieron que nos entrasen colchones y ropa de cama.

Como el Alcaide quiso registrar escrupulosamente nuestra comida, por si iba en ella algún

papelito, y este registro lo hacía con desaseo, discurrieron en mi casa mandarnos para comer, carnes adobadas, pan y algunos dulces secos. A la hora de comer, trajeron á mi hermano á la bartolina en que yo estaba; despedazando con las manos las carnes, porque el Alcaide no permitió que nos entrasen cuchillos, ni tenedores, hicimos nuestra primera comida en aquel inmundo calabozo. Este tendría de 3½ á 4 varas en cuadro; era alto, y le entraba un poco de luz por una pequeña abertura ó claraboya de forma circular, situada cerca del techo. La luz que por ella entraba era escasa, por manera que en los días lluviosos, se hacía cuasi imposible la lectura, y en los primeros días no nos permitieron tener velas. La segunda noche que pasé allí, me hallaba ya acostado, procurando dormir cuando comencé á sentir fuertes piquetazos; me llevaba pronto los dedos al lugar picado, y cogía un insecto que desde luego conocí que no era, ni pulga, ni chinche, ni piojo; su piquete era más fuerte ó venenoso que el de esos parásitos. En esta faena estaba, y ya muy alarmado con aquel enemigo desconocido que con tanto furor me atacaba, cuando abrieron la puerta del callejón en que estaban las bartolinas, entró el Alcaide conduciendo un nuevo preso, lo encerró en la que estaba mi

hermano, y á éste lo puso á la en que yo estaba, trasladándome á la que ocupé la noche anterior. El Alcaide llevó un cabo de vela, y entonces pude ver cuáles eran los terribles insectos que tan alarmado me tenían. Hacia el pie del poyo de piedra que me servía de cama, estaban esparcidas millares de hormigas negras de una especie muy brava, y cuyo piquete tiene algo de venenoso. Parece que al comer nuestra carne adobada no habíamos tenido el mayor cuidado, y algunas pequeñas partículas habían caído al suelo. Allí cerca había un hormiguero de esas terribles hormigas, y al olor de los pedacitos de carne salieron miles de ellas, y después de recogerlos comenzaron su ataque sobre mi pobre persona. ¡Qué habría sido de mí si no llega el otro preso! lo que forzó al Alcaide á trasladar á mi hermano á mi bartolina, proporcionándonos luz, no sabré decir. Mi hermano, por supuesto, no pudo dormir allí; trasladó su colchón á la bartolina en que le alojaron, allí pasó la noche. En los días siguientes, tuvimos particular esmero en que no cayese nada al suelo que pudiese alborotar á las hormigas, y provocar su instinto bélico, y no nos volvieron á molestar.

Veamos ahora cuál fué la causa de aquellas prisiones, y quién el preso que habían llevado

aquella noche. Uno de los muy pocos que
tiempo de la expulsión logró por empeños
personas influyentes, quedarse en Guatemal
fué don Pedro González, hijo de un militar e
pañol; joven, de algún talento, y con bastan
instrucción; oficial del batallón de milicias pr
vinciales de la capital; había estado con el D
don Pedro Molina en Colombia, en calidad
Secretario de la Legación, habiéndose afiliad
al partido conservador liberal, había mandad
al tiempo de la invasión de Morazán, un bat
llón en Guatemala. Este joven había sido ed
cado por el canónigo don José María Castill
(personaje de quien adelante hablaré) y ten
íntima amistad con mi familia. Entre los jef
del partido triunfante al servicio del nuevo G
bierno de Guatemala, había un Coronel, natur
de uno de los otros estados, á quien, por ahor
sólo nombraremos con la incógnita X. Es
Coronel, á pesar de carecer de talentos, y de n
haberse distinguido por ningún hecho impo
tante, gozaba de influjo en la administración
en cierto cargo que ejerció después del triun
de Morazán; adquirió la tacha de ser ladrón. (

(*) En apoyo de esa acusación, referiré la anécdota siguient
En el año de 1834 me hallaba de temporada en Escuintla.
día entré á casa de ciertos conocidos, y éstos, en unión de otro
estaban sentados, en una mesa, jugando al monte; en cuenta

Este digno Coronel, ya fuese que odiase á don Pedro González, ó que en efecto temiese que procurase intentar algún movimiento reaccionario (lo cual parece increíble) resolvió perderlo, inventando que era jefe de una conspiración; y como era necesario que tuviese cómplices, eligió como tales á don Manuel Laguardia, antiguo oficial del batallón 1º federal, á mi her-

hallaba el citado Coronel. Yo me senté á su lado de simple espectador. El Coronel tampoco jugaba, ni tenía delante de sí dinero alguno. El juego era pequeño, pues todo lo que tenía la banca serían 50 ó 60 pesos en moneda menuda, y los apuntes no pasaban de seis ó siete pesos.

Al decidirse un albur, uno de los jugadores que tenía en una carta 20 reales, y que los había ganado, estaba entretenido hablando con otro, y se olvidó de retirar su apuesta, ya duplicada; visto lo cual por el Coronel, la retiró con mucha serenidad, como si le perteneciese. Esto, entre los jugadores, se llama *arrastrarse al muerto*. Cuando el banquero estaba barajando de nuevo para echar otra talla, el legítimo dueño de la parada comenzó á reclamársela; aquél contestó: "que él había pagado todo lo que se hallaba en la carta que ganó: que alguno lo habría tomado, y que cada dueño de parada debía de cuidar la suya: que el solo deber del banquero consistía en pagar las apuestas que habían ganado, y así lo había él hecho." Esto naturalmente promovió una cuestión, y la averiguación sobre quién había sido el que se "arrastró al muerto." Entre tanto, el Coronel jugando entre los dedos el dinerito, decía con mucha sangre fría: "yo no tengo más que cinco pesos." Para mortificarle, yo le principié á tocar con el codo, diciéndole en voz baja: "devuelva Vd. ese dinero que no le pertenece," y él contestaba también en voz baja: "no me *bruña* Vd.," y otras veces, cosa peor. Pero yo seguí fastidiándolo todo el tiempo que estuve allí para que devolviese el dinero que se había cogido, es decir, robado, pero todo en vano, porque nunca lo devolvió.

mano Manuel, y á mi pobre persona. Buscó á un picarazo, Guzmán de nombre (que ciertamente nada tenía de bueno) y lo aleccionó en el papel de acusador, obligándole á que declarase, como en efecto declaró, que González le había hablado para efectuar el movimiento, dándole instrucciones con este objeto. Fraguado así el plan, hizo que se le nombrase fiscal de la causa que se mandó instruir, prendió á los cuatro ante dichos, prendió también en la misma noche á nuestro criado, pobre viejo, tímido, medroso que tres días antes había entrado á nuestro servicio, lo llevó á su casa, lo aterrorizó y le hizo firmar una declaración en que aparecía confesar que era cierto todo lo de la conspiración, y que él estaba en el secreto de ella. A los tres días de estar en aquellas inmundas bartolinas, sin recibir ni sol ni aire puro, fuimos llamados á dar declaración, y no puedo olvidar la seriedad con que el pícaro Coronel nos preguntaba, ¿dónde estaban las armas y municiones para efectuar la conspiración y levantamiento que habíamos fraguado?

Pasado ese trámite, creímos que muy pronto nos sacarían de aquellos infames calabozos, trasladándonos á otra prisión más cómoda y decente y poniéndosenos comunicados; pero

en esto nos equivocamos, porque todavía habíamos de pasar muchos días en ella.

Entre tanto, la severidad de nuestra prisión se relajó un poco. Entraba la comida sin que la registrasen, comíamos los cuatro juntos, y nos permitían cuchillos, tenedores, velas y libros, de manera que yo pasaba todo el día y parte de la noche leyendo. En cuanto á concedernos un rato de sol ó de aire puro, esto nunca lo conseguimos.

El 29 de septiembre, día de mi santo, el general Saget que ya era mi amigo, aunque no con el grado de intimidad que después tuvimos, siendo Comandante general de la Federación, entró ese día á la cárcel, y se hizo abrir la bartolina en que yo estaba. Después de saludarme, fijándose en aquel calabozo, comenzó á hacer un discurso sobre la barbaridad de los españoles, que construían aquellas bartolinas estrechas y faltas de aire y de luz, para martirizar á los que en ellas se encerraban. Yo le contesté que todo lo que decía era muy cierto, pero que no podía menos de hacerse observar "que en tienpo del Gobierno español, de ordinario se encerraba en aquellos calabozos á los criminales y malhechores, mientras que ahora, en tiempo de libertad, nosotros que ciertamente no habíamos co-

metido ningún crimen, estábamos en ellas." A esta observación nada me contestó.

Estuvimos en aquellas bartolinas incomunicados hasta el 11 de octubre, día en que se nos trasladó á la sala de visita, y pudimos ya ver á nuestras familias; en los 36 días que permanecimos en ellas, no se nos había permitido un rato de sol, de manera que yo salí hinchado. Afortunadamente se había cambiado el fiscal de nuestra causa, la cual, con un juez que no tuviese el propósito de perdernos, no podía dar de sí nada contra nosotros. Tuvo lugar el primer careo entre González y el acusador Guzmán, quien como era natural, sostuvo su acusación, pero lo hizo con tan poca seguridad, y con tantas contradicciones, que cualquiera habría conocido y visto claro que aquel era un impostor. Se suspendió el careo para seguirlo al día siguiente, pero Guzmán ya no concurrió á la citación. Entonces se le capturó y se le puso en arresto, para que tuviese efecto el nuevo careo; mas Guzmán, en la noche logró fugarse y se ocultó. Pocos días después, habiéndolo sorprendido un marido en cita amorosa con su mujer, le dió en el acto muerte, y así no pudo ya haber más careos, con el único acusador. Nuestro criado, también, cuando se encontró con un juez imparcial, y que lejos de amenazarlo, le

infundía confianza, y lo amonestaba para que dijese la verdad sin miedo, asegurándole que en ello no se le seguiría perjuicio alguno, lo confesó todo, explicando lo que aparecía como declarado por él, y que el Coronel X lo había obligado, con terribles amenazas, á afirmarlo. Pero aunque estábamos completamente inocentes del delito de que se nos acusaba, esto no era una garantía perfecta para no ser condenados, porque en tiempo en que las pasiones están exaltadas contra un partido vencido, la inocencia de los acusados rara vez es suficiente para salvarlos, y en especial, si se atiende á la naturaleza del tribunal que debía juzgarnos: un consejo de guerra ordinario, compuesto de capitanes de milicias del estado, y por consiguiente de personas que habían sido nuestros enemigos en la guerra civil que acababa de terminar. En tales condiciones, claro era que si el Gobierno tenía interés ó deseo de que se nos condenase, toda nuestra inocencia de nada nos hubiera servido. El mismo fiscal de la causa, que parecía hombre honrado, y que estaba perfectamente persuadido de que la conspiración era tan solo una calumnia, fraguada por el Coronel X, cuando llegó el momento de hacer su pedimento, se inclinaba á hacerlo á muerte, y esto únicamente por el temor de que el Gobierno creyese que

deseaba favorecernos, y que tenía simpatías por el partido vencido. Tuvo sobre el particular una larga discusión con un amigo y paisano suyo (que ambos eran colombianos), quien ejercía sobre él algún influjo, por ser de más talento, y éste le demostró la barbaridad é inconsecuencia que habría en pedir el último suplicio para hombres de cuya inocencia estaba él perfectamente persuadido. Felizmente el Doctor don Pedro Molina, Jefe entonces del estado de Guatemala, no mostró deseo alguno de que se nos condenase, y antes bien, siendo amigo de don Pedro González (supuesto Jefe de la conspiración fraguada por el Coronel X), al cual había llevado como Secretario á Colombia, era natural el que desease saliese absuelto. Esta circunstancia, sin duda, nos fué favorable, y el Fiscal en vez de pedir á muerte, como se aseguró que había tenido tentación de hacerlo, reconoció nuestra perfecta inocencia y el derecho que nos asistía para perseguir á nuestro calumniante acusador, y pidió en este sentido.

El consejo que tuvo lugar el 24 de diciembre, aprobó el pedimento del fiscal; pero como el verdadero autor de aquel enredo era el Coronel X, y este no aparecía como acusador, no tuvimos contra quien repetir.

El mismo día 24, se nos puso en libertad, y un amigo, para celebrar aquel acontecimiento, nos dió esa noche una cena, á González, á mi hermano y á mí. Aunque la reunión era puramente de hombres, mi hermana mayor, Pepa, que gozaba de alguna nombradía por su ingenio y carácter original, se hallaba en ella. Por primera vez de mi vida bebí más de lo que debía y de lo que mi estómago podía buenamente resistir. A eso de las once nos dirigimos á Catedral, para asistir á los maitines, y misa del gallo, pero antes pasamos á casa de una amiga nuestra, donde refrendamos con algunas copas de licor. Pasamos á casa de un amigo, que se hallaba al paso, y también allí bebimos una copa. Cuando llegamos á Catedral, me principié á sentir indispuesto, todo me parecía que daba vuelta en mi derredor, y aunque no había perdido la razón, el estómago lo tenía sumamente inquieto; así es que no quise entrar á la Iglesia, y me quedé en el atrio. Un oficial que estaba allí al verme, comenzó á echar bravatas, concluyendo por decir "que aquella noche iba á matar á un servil." El oficial no había mentado mi nombre; pero era claro que todo aquello me era dirigido. Yo me sentía demasiado malo para hacer caso de aquellas fanfarronadas; pero otro oficial que estaba en el atrio, diri-

giéndose al que procuraba provocarme, le dijo que no estuviese haciendo escándalo; le contestó con dureza, sacaron las espadas y se pusieron á reñir. Yo, sintiéndome cada vez peor del estómago, sin curarme del resultado de la riña, me dirigí á la fuente que hay en medio de la plaza, y me principié á echar agua en la frente y en la cara. En esto, comencé á deponer, sintiendo al mismo tiempo las ansias de la muerte. No recuerdo cuánto permanecí en aquella situación, pero creo que nunca he padecido tanto, porque sentía morirme. Después de un largo rato me calmé un poco, y me dirigí á mi casa que estaba de allí muy cerca, y al fin logré dormir. Al despertar, lo primero que hice fué deponer una cantidad enorme de bilis, y el día lo pasé fatal: supongo que lo que tenía era lo que vulgarmente se llama "goma;" pero esa disposición de mi estómago me ha sido de mucha utilidad, porque ella es la que en todo tiempo me ha librado de achisparme, por más que varias veces, algunos se hayan propuesto hacerlo.

CAPÍTULO II.

Orden de mi hermano para que la familia saliese para Chiapas.—Mi hermana mayor Pepa.—Escribe sátiras contra los principales del partido contrario.—Es perseguida y emigra á Chiapas, donde sigue escribiendo.—Salgo yo para México.—Me detengo en Ciudad Real de Chiapas donde estaba mi hermana.—El Gobernador Gutiérrez.—Mi hermana se enferma y vuelve á Guatemala.—Mi viaje á México.—Mal estado de los negocios de mi hermano.—Levanta su casa y va á Guadalajara.—Me quedo en México sin recursos.—Juego de ajedrez.—Me vuelvo á Guatemala y me detengo en Ciudad Real.

Cuando mi hermano mayor llegó á México nos escribió que saliéramos para Chiapas á donde vendría á encontrarnos; pero no teníamos de pronto recursos para efectuar el viaje. Entre tanto, no siéndonos posible seguir en la casa que habitábamos, nos fuimos á vivir á la hacienda de Bárcena, en unión de las señoritas Náxeras con quien mis hermanas tenían íntima amistad. Algunos amigos, y en especial don Juan Antonio Alvarado, no aprobando el viaje de la familia á Chiapas, escribió sobre el particular á mi hermano mayor, haciéndole al efecto varias reflexiones, y ofreciéndole al mismo tiempo que daría aquí una mesada á la familia. Cuando mi hermano recibió esta carta y ofrecimiento de Alvarado, ya tenía prospecto de establecer una casa de comercio en México, y con este motivo, siendo ya cuasi imposible ve-

nir á Chiapas, convino en que la familia permaneciera en Guatemala.

A principios del año 1830 mi hermana mayor, aunque casada con don Ramón Saborío desde hacía doce años, se trasladó á vivir á nuestra casa, por hallarse su marido ausente. Mujer de genio independiente, despreocupada, de mucho ingenio y travesura; con gran facilidad para versificar, y mucho chiste en sus sátiras; era lo que puede llamarse un ente original, y de trato peligroso. ¡Pobre de aquél á quien le ponía la puntería!

Escribió por este tiempo unos retratos de los principales corifeos del partido triunfante, sin perdonar á sus esposas; en cuenta uno más extenso del General Morazán. Todos eran sangrientos. Comenzaron estos retratos á correr manuscritos; la gente se los arrebataba, y á poco cuasi no había quien no los supiese de memoria. Algunos de los maltratados pusieron los gritos en el cielo, y la autoridad al fin se vió obligada á proceder contra ella. Fué un día por la mañana un oficial á prenderla, y entró á su dormitorio á hora en que no se había levantado. Mi hermana se indignó de que entrase á su cuarto, cuando estaba aun en la cama, y con aire de autoridad le mandó que saliese fuera y aguardase á que se vistiese. El oficial

se excusó diciendo "que ignoraba que estuviese en cama" salió fuera y se quedó aguardando que se levantase. Entre tanto mi hermana se vistió aceleradamente, tomó por la hilera de cuartos, entró á la huerta, le pusieron las criadas una escalera, subió á la azotea, se pasó á la casa de junto, donde vivían unas tres ancianas; le proporcionaron medio de bajar, le dieron un vestido de *criada* con el cual, disfrazada, salió á la calle, y se escondió en casa de un amigo, burlando así al oficial, el cual, después de aguardar mucho tiempo, supo de que su presa había volado. Pocos días después mi hermana se fué á Bárcena, á la casa de una amiga que residía allí hacía algún tiempo, y á poco le facilitamos su viaje á Chiapas, el que efectuó sin ser molestada; prueba de que no había empeño en prenderla. Cuando llegó á Ciudad Real (hoy San Cristóbal) comenzó á escribir de nuevo contra todos los principales liberales residentes en Guatemala, sin perdonar ni á sus esposas. Recuerdo que lo primero que escribió comenzaba así:

Pues que es tiempo de que hablemos
empecemos
Por el Jefe del Estado;
Este verso no es usado,
Pero lo entiende la gente,
Y le llama vulgarmente
pie quebrado.

Y en efecto, no dejó uno sólo á quien no le diese una entrada soberana.

Después de algunos meses de estar yo en unión de mi familia, en Bárcena, sin ocuparme en nada, escribí á mi hermano á México, proponiéndole irme con él, y procurar allí á su lado hacer algo. Mi hermano había establecido ya su casa de comercio, y me contestó que fuese. En consecuencia, en fines de agosto del mismo año de 1830, con poco dinero en la bolsa, y no muy buenas bestias, me puse en camino para Ciudad Real de Chiapas. En esta ciudad debía de encontrar los restos de una pequeña factura de efectos, que, al tiempo de la toma de Guatemala, mi hermano había enviado allá, y estos restos, realizándolos me proporcionarían el medio de continuar mi viaje á México.

Llegué á Ciudad Real en los primeros días de septiembre y me alojé con mi hermana. El Comandante General de la Federación en Chiapas lo era en este tiempo el Coronel don Ignacio Gutiérrez, antiguo militar con algún talento, que había hecho la guerra de la independencia. (*)

(*) En la República Mexicana, según la Constitución que entonces regía, los Comandantes Generales de los Estados, eran Jefes Federales nombrados por el Gobierno central. En Centro América cada Estado tenía su propio Comandante General que no dependía del Gobierno Central, así como sus propias tropas. Este sistema les daba naturalmente mayor independencia y de aquí las frecuentes escisiones entre estos y el Gobierno Central.

A más del mando militar ejercía también el político porque á poco de haber llegado allí, el Estado de Chiapas lo elijió Gobernador; pero según observé, Gutiérrez, no era querido en el Estado, ni se hallaba bien en la mayoría de las familias y hombres notables de aquella pequeña capital, quienes estaban abanderados á un partido político diferente del que representaba Gutiérrez. Este, sin embargo, según me pareció, era hombre moderado y que gobernaba con la ley. Con mi hermana formó íntima relación, y como también era afecto á la música y al canto, pasaban mucha parte del día juntos, él tocaba la guitarra, y mi hermana el piano y ambos cantaban.

A poco de haber llegado á Ciudad Real, principió mi hermana á padecer histérica, que es de todas las enfermedades, la que menos interés causa para con quien la padece. Los ataques los tenía por la mañana al dispertar, que era regularmente á eso de las ocho; comenzaba á llorar, era, decía, la mujer más desgraciada del mundo; se hallaba enferma de gravedad, y temía morirse ese mismo día. Llamaba á la criada, le pedía diferentes remedios, y se impacientaba conmigo, llamándome, monstruo, desnaturalizado y que se yo que más, porque, no dándole importancia á su enfermedad, procura-

ba seguir durmiendo. A eso de las diez, le iba pasando al acceso, nos levantábamos y desayunábamos juntos, ella más abundante que yo. Al medio día se iba á casa de Gutiérrez, y pasaban el tiempo cantando y tocando la guitarra y el piano. Otras veces hacía versos satíricos. A eso de la noche, nos retirábamos, en el mejor humor y en buena armonía, para volver á comenzar á la mañana siguiente el mismo llanto y temor á la muerte.

El clima frío y húmedo de Ciudad Real, no sentó á mi hermana, y á principios de octubre, se enfermó seriamente de los pulmones, arrojando diariamente sangre. Esto la decidió á volverse á Guatemala, á riesgo de que las nuevas composiciones satíricas hubiesen irritado más á los ofendidos, y la persiguiesen de nuevo. Naturalmente yo la tuve que venir á acompañar hasta Chiantla, habiendo escrito á mi hermano Manuel para que la fuese á encontrar hasta aquel punto. El viaje fué para mí muy molesto y penoso, pues á más de caminar paso á paso, por aquellos malísimos caminos en estación tan rigurosa, mi hermana, á más de la verdadera enfermedad que traía, padecía todas las mañanas los mismos ataques de histericia, que en Ciudad Real, y cuando estaba bajo su influencia se hacía insufrible; agregándose á esto

que el temporal de octubre nos cogió al comenzar á pasar la Sierra Madre, y como ella venía en camilla bien cubierta, no se curaba ni de la lluvia perenne y copiosa, ni del estado cuasi intransitable en que se pusieron los caminos. El día que llegamos á Chiantla, el tiempo cambió por completo, tornándose en despejado y hermoso. En este pueblo nos detuvimos unos días para dar tiempo á que llegase mi hermano Manuel. Me despedí de mi hermana con sentimiento, porque creí que no sanaría de la enfermedad pulmonar que traía; pero no fué así, su musa satírica había aun de emplearse por muchos años, en herir á más de una persona. En Guatemala la asistió el mismo Doctor don Pedro Molina, á quien había agraviado con dureza en sus sátiras, dando Molina con esto pruebas de bondad, y generosidad de carácter. Mi hermana sanó, aunque según he podido entender, perdió entonces un pulmón.

De Chiantla me volví á Ciudad Real, donde llegué á principios de noviembre y á ruego del mismo Gobernador Gutiérrez me alojé en su casa. Desde luego procuré realizar los restos de la factura de efectos que habíamos remitido allá, y, aunque malbaratándolos, me hice de lo suficiente para continuar mi viaje á México; pero yo deseaba hacer ese largo camino

con un compañero, y aunque supe que un joven pensaba hacerlo, su salida se demoraba. En parte esto no me pesaba, porque en Ciudad Real en esa época, la gente se divertía y yo pasaba el tiempo muy á mi gusto. Me sucedió sin embargo, que fuí gastando el poco dinero que tenía, y cuando se proporcionó un compañero de viaje, ya me hallaba escaso de recursos, á lo cual se agregó lo bien que allí me hallaba; el compañero pues, partió sólo. Permanecí en Ciudad Reel más de tres meses, hasta que supe que la esposa de un amigo mío el Laperena, con su frmilia (que constaba de dos hijas) partía para México, á reunirse con su marido, residente á la sazón en aquella capital. Con esa señora arreglé que hiciéramos el camino juntos, conviniéndose que si en la ruta me faltaban fondos ella me los supliría hasta mi llegada á México. La acompañaba un hermano suyo, joven, un tanto calavera, pero de buen carácter, á quien yo ya conocía. En principios de marzo, emprendimos el viaje, que, aunque largo, porque nuestras jornadas eran cortas, fué feliz y bastante agradable. En abril llegué á México, teniendo el gusto de abrazar á mis hermanos, á los tres Montúfares, á quienes quería como si fuesen de mi propia familia, y de volver á los numerosos amigos y conoci-

dos que habían salido desterrados de Guatemala en julio de 1829. Pronto sin embargo, tuve el sentimiento de conocer que los negocios de mi hermano, en la nueva casa que había establecido, no prosperaban; que tendría que liquidarlos, y que mi suerte sería muy precaria. En efecto, en fin de junio, mi hermano levantó la casa y me anunció "que iba á Guadalajara en donde un amigo rico que lo llamaba; que yo debería volverme á Guatemala; pero que por lo pronto no podía auxiliarme con nada porque al liquidar su casa lo había entregado todo; y apenas tenía lo necesario para llegar á Guadalajara. Que viese como pasaba aquellos meses de la estación de lluvias, y que procuraría auxiliarme con algo para mi vuelta á Guatemala cuando llegase la estación de secas. Partió, pues, para Guadalajara dejándome en una situación bien triste. Mi hermano Joaquín que estaba lo mismo que yo, también se fué no recuerdo para donde, y yo me pasé á vivir con la prima que habíamos criado en casa, y que se había casado con el Coronel ——— (*) á la sazón General de Brigada y Comandante General del Distrito Federal. La posición de este era ó por lo menos, debía de ser buena, pues entre lo que ganaba como General de Brigada y lo que le daba el puesto de Comandante General, reunía

(*) Este apellido no se puede leer en el original.

cerca de ocho mil pesos; pero tenía el vicio del juego, y perdía al monte las tres cuartas partes de lo que le daba el destino. Concurría diariamente á una partida de banca, y jugaba sin cálculo ni método, resultando que al cabo del año, suponiendo que su suerte no hubiese sido ni buena ni mala, sino igual, había perdido en *puertas* (lo que deduce el banquero á los que ganan á la puerta) seis ó siete mil pesos. Un día se me quejó de su mala suerte; pero yo le probé con números, que su pérdida no provenía de su mala suerte, sino de su sistema y método de jugar. Quedó convencido de las raxones que le expuse, pero no se corrigió porque como se dice vulgarmente, "puede más el vicio que la razón."

A muy poco de estar con mi prima, encontrándose otro hermano mío menor que yo en igual situación á la mía y sin tener donde vivir, le cedí mi puesto allí, y me pasé con los señores Montúfares quienes desde que mi hermano mayor se ausentó, me instaron para que viviese con ellos. Mi estancia con estos señores no pudo ser más agradable, porque, como ya he manifestado. eran unos verdaderos caballeros, muy serviciales y finos en su trato, agregándose á esto la intimidad que existe entre nuestras familias. Tenían muy buenos libros, lo que

me proporcionaba leer diariamente, tres ó cuatro horas con bastante provecho.

Desde que mi hermano mayor se ausentó, principié á discurrir el medio de hacerme de algún dinero, porque por mucha economía que tuviese era imposible pasarlo con lo que me había quedado, que si bien recuerdo, no pasaba de diez á doce pesos. Discurrí, pues, lo siguiente: en un café que estaba al lado del Teatro Principal, se reunía todas las tardes una concurrencia selecta y se había desarrollado mucho el gusto por el juego de ajedrez. Se introdujo por este tiempo la costumbre de atravesar algún interés, generalmente dos ó cuatro pesos en cada juego ó partida. Pensé, pues, sacar alguna ventaja de mi natural habilidad en ese juego, y explotarlo mientras permaneciese en México. Yo no era, ni nunca he sido un jugador de primera fuerza, pero si me consideraba superior á los que allí había; y como el ajedrez es un juego en que sí interesa sobremanera el amor propio, sucede que un jugador de fuerza inferior á su contrario presiste por mucho tiempo en creerse, por lo menos, su igual, y esto me favoreció, porque no pasaba semana sin que el ajedrez me diera treinta, cuarenta ó cincuenta pesos. Así pude en los meses que permanecí en México, no sólo vivir con mucho

desahogo, sino que ahorrar algo para ayudar mi viaje de vuelta, cuando llegase la estación de secas, que era en la que debía ejecutarlo, porque en la de lluvias ese camino es penosísimo á causa, principalmente, de los ríos que impiden el paso.

El Presidente de la República Mexicana lo era en aquel tiempo el General Bustamante, y su principal Ministro don Lucas Alamán, hombre de conocimientos y saber, pero, á lo que me pareció, antipático á la nación. El Gobierno de Bustamante era bastante regular, ciñéndose á lo que prevenía la Constitución y respetando las garantías en ella establecidas; pero no promovía ninguna de las reformas que el país necesitaba. En México, en aquella época, había un fanatismo religioso estremado y las riquezas y poder del clero, tanto secular como regular, eran inmensas.

Había en consecuencia, en toda la República un fuerte partido liberal, que deseaba reformas y lanzar al país en la vía del progreso; pero desgraciadamente ese partido tenía como Jefe al General Santana, intrigante, que sólo buscaba su engrandecimiento, y que tan pronto como sirviéndose del partido liberal, escalase el poder, había de traicionar á ese mismo partido y tornarse en reaccionario, apoyado del cle-

ro. Santana, como lo probó después, no era más que un ambicioso ávido de dinero, sin otro talento que el de la intriga, y quien desde el momento en que subiese á la Presidencia había de procurar el establecimiento de una dictadura militar, formando para ello íntima alianza con el clero. Como es, que ese hombre sin talentos ni militares, ni administrativos, pudo jugar un papel tan importante en aquella República, y escalar tantas veces el supremo puesto? Es para mí un enigma, que no he podido descifrar.

Pero volvamos á mi pobre persona. El mexicano con quien hice amistad más íntima, mientras estuve en aquella capital, fué el Coronel Mejía, hombre vivo, inteligente, activo y atrevido, que trabajaba para la elección de Santana, y triunfo del partido liberal. Estábamos de acuerdo en ideas, puso mucha confianza en mí, y me rogó que me quedase en México y tomase parte con el en la revolución que se preparaba; pero no siendo yo mexicano, no acepté sus ofertas, prefiriendo volverme á Guatemala, apesar de no poderme halagar por entonces ninguna esperanza lisonjera en mi patria. Cuando el año entrante triunfó en aquella República la revolución capitaneada por Santana, Mejía ascendió á General; pero su unión con aquel

caudillo concluyó desde el momento en que este traicionó al partido liberal que lo había elevado.

En octubre recibí un corto auxilio de mi hermano mayor, con el cual y con los ahorros que había hecho de mis utilidades de ajedrez, me encontré en capacidad de costear mi vuelta á Guatemala. En principios de noviembre salí de México en unión de un joven Esponda, separándome no sin bastante pesar de toda la colonia guatemalteca allí residente, y muy especialmente de los señores Montúfares, por quienes tenía un verdadero afecto. Nuestro viaje, aunque tardó algún tiempo, fué feliz, y en fin de diciembre llegué á Ciudad Real en donde me detuve por las razones que diré en el próximo capítulo.

CAPÍTULO III.

Molina Jefe del Estado.—Se le declara responsabilidad, y ejerce el Poder Ejecutivo Rivera Cabezas.—Domínguez en Honduras. —Morazán pacifica aquel Estado y es electo Presidente de la República.—Desavenencia entre el Salvador y el Gobierno Federal.—Guzmán se apodera de Omoa.—Trujillo y Opoteca se pronuncian contra el Gobierno y reconocen como Jefe á Domínguez. —Arce en Soconusco.—Cordovita en Ciudad Real.—Anécdotas.— Rompimiento entre el Salvador y el Gobieno Federal.—Actividad de Morazán que reune un ejército, ataca y toma á San Salvador.— Cornejo y demás autoridades remitidos presos á Guatemala, para ser juzgados.—Acciones en Honduras.—Batalla de Taitique.— Muerte de Gutiérrez.

Necesario me es volver atrás para dar á conocer la siguieute situación política que tenía Centro América al tiempo de mi llegada á Chiapas, de regreso de México. Desde agosto de 1829 fué electo Jefe del Estado de Guatemala el Doctor don Pedro Molina, y poco después, vice-Jefe don Antonio Rivera Cabezas. En el mismo seno del Cuerpo Legislativo se formó un partido contrario á Molina, al cual como cuasi siempre acontece, capitaneaba el vice-Jefe Rivera Cabezas.

El objeto de esta oposición sistemada era derrocar á Molina, y que entrara á ejercer el Ejecutivo el vice-Jefe.

En efecto, en 1830 se declaró la responsabilidad á Molina, y en consecuencia entró al mando Rivera Cabezas, comenzando desde entonces la división en el partido liberal que acababa de triunfar. Molina fué absuelto de todo cargo; pero no por esto volvió al ejercicio del Poder Ejecutivo.

Desde fines de 1829, el Coronel Domínguez, quien como ya dije, no concurrió al llamamiento que el 19 de abril hizo Morazán á todos los que había resuelto reducir á prisión, se evadió de Guatemala y se dirigió á Honduras donde tenía algunas relaciones. A principios de 1830 se formó en el departamento de Olancho, una

facción y al mismo tiempo Domínguez logró apoderarse del puerto de Trujillo; pero esta intentona no podía dar un resultado ventajoso al partido caído. Por el contrario, esas tentativas antes de tiempo no producen otro efecto que el de afirmar al partido vencedor. Morazán marchó á Honduras y encontrando alguna dificultad en reducir por la fuerza á los olanchanos y conviniendo á sus intereses políticos concluir aquella facción, hizo un convenio ó transacción por el cual los olanchanos prometían obedecer al Gobierno de Honduras, pero conservando sus Jefes y armamento. Domínguez al mismo tiempo, tuvo que abandonar á Trujillo, cuyo puesto volvió al orden reconociendo al Gobierno, y se refugió en Belice, donde permaneció esperando la ocasión de revolucionar al Estado.

En las elecciones para Presidente de la República aparecieron como candidatos especiales Morazán y Valle. El primero fué electo en septiembre de 1830, habiendo ejercido entre tanto el Ejecutivo el Senador don Francisco Barrundia. Tan luego como Morazán tomó posesión de la Presidencia manifestó la intención de trasladar el Gobierno Federal á la ciudad de San Salvador. Morazán no se sentía á gusto en Guatemala, ya fuese por espíritu de localismo, ya porque comprendiese que la ma-

yoria de los guatemaltecos no tenía ni podía tener afecto por el, que los había vencido, y tratado despues del triunfo, con dureza; ó ya por ambos sentimientos reunidos. Deseaba á más fungir en una ciudad que fuese esclusivamente federal, y de esto no tendría esperanzas en Guatemala, y sí en San Salvador, ciudad que gozaba de la ventaja de ser más central que Guatemala y que siendo la capital de un Estado rico en agricultura y bastante cercano á varios puntos de mar, tenía elementos de prosperidad, según se creía, de que carecían otras ciudades y en especial la capital de la República.

La Administración del Salvador se había ido poniendo en hostilidad con el Gobierno Federal. Tanto el Jefe del Estado, Cornejo, como la mayoría de los Cuerpos Legislativos pertenecían al conservador liberal, es decir al que había sucumbido en Guatemala el año de 29. Esta semejanza de ideas y de principios políticos no se confesaba por los salvadoreños, pero en el fondo era cierta. A este motivo de desavenencia con las autoridades federales residentes en Guatemala se agregaba la rivalidad con la antigua capital, y el espíritu de localismo, más fuerte en San Salvador que en ningún otro Estado. Con tales elementos de discordia y lo mal definidos, en nuestra Constitución, que

estaban los derechos y deberes entre el Gobierno General y los Estados, era fácil de prever que pronto se vendría á un rompimiento. El conocimiento de estos defectos en nuestra Ley Fundamental iba generalizando la idea de que era necesario reformarla, y en especial en San Salvador se insistía en que la reforma debía tener por base impedir que el Estado de Guatemala ejerciese la influencia, según se decía, preponderante y decisiva que le daba su mayor población, y el hallarse en su seno las autoridades federales. Mucho se escribió en aquel Estado en este sentido, y aun se inventó la palabra *decapitalismo*, para designar el pretendido influjo y poder que ejercía la capital de Guatemala.

En 1831 el Gobierno del Salvador dió un decreto declarando insubsistente el nombramiento de Gobernador eclesiástico y de Obispo hecho en Delgado. Esto era herir á aquel prelado en lo más vivo, pues lo privaba del objeto por cuyo logro se había agitado toda su vida; así fué que Delgado declaró guerra á muerte á aquella Administración y si tuvo fundamento la conspiración que poco después creyó el Gobierno del Salvador descubrir en la capital del Estado, natural es creer que Delgado estuviese mezclado en ella, y en efecto de esto se le acusó.

Varios decretos emitidos por el Gobierno Federal fueron resistidos por el Salvador, en cuenta uno muy importante sobre la renta de tabacos. Esta resistencia abierta á los decretos del Gobierno, agrió los ánimos, aumentó las iras, y en el Congreso y Senado comenzaron á discutir, y al fin se tomaron medidas de rigor para obligar al Salvador á entrar en la obediencia. Pero á una vista perspicaz era claro que con el sistema de Gobierno adoptado, y con la Constitución que regía era imposible conservar la paz y la armonía entre el Poder Federal y los Estados, y la experiencia así lo demostró.

En noviembre de 1831, Guzmán, el mismo que nos había en 1828 dirigido para el paso del Lempa, hallándose preso en Omoa, logró en combinación con Domínguez, que permanecía en Belice, apoderarse del castillo poco después. Opoteca y Trujillo, se pronunciaron contra el Gobierno, reconociendo como Jefe al mismo Domínguez y habiendo por ese mismo tiempo llegado á Belice, de vuelta de los Estados Unidos de Norte América, don Pedro González (mi compañero de prisión en Guatemala y supuesto Jefe de la también supuesta conspiración inventada por el Coronel X), resentido por la persecución injusta que había sufrido pasó á Honduras y tomó parte en la sublevación, ha-

ciendo otro tanto Irigoyen y otros oficiales que habían servido en nuestro ejército. Esta facción en poco tiempo tomó grandes proporciones y se presentó con aspecto amenazador.

En la misma época, Arce, aunque ya no podía considerarse Presidente legítimo de Centro América, puesto que su período había concluido, y Morazán había sido elegido popularmente para ese cargo, se vino á Soconusco y un tanto protegido por el Gobierno Mejicano, comenzó á organizar fuerzas con el objeto de invadir la República y derrocar al partido que había triunfado en 1829. Varios oficiales que aquel año huyeron de Guatemala y que se hallaban en Chiapas, en cuenta el valiente Ocaña, concurrieron á su llamamiento, y en poco tiempo reunió en el pueblo de Escuintla un cuerpo de tropas respetable, si no por su número, si por hallarse en él oficiales valientes y esperimentados. La reacción, se presentaba en Centro América fuerte y potente. Y sinembargo, no haciendo más que dos años y medio que había concluido la larga y sangrienta guerra civil, la cual terminó con el triunfo completo del partido rojo ó exagerado, no era natural que tan pronto pudiera efectuarse un cambio en sentido contrario; el triunfo, la exageración y un cúmulo de desaciertos son necesarios para desconceptuar la

bandera ó idea política que ha triunfado en una revolución, y entonces es posible y aun fácil, derrocar al Gobierno que de ella ha nacido y que la representa. Las tentativas, pues, de reacción de fines de 1831 y principios de 1832 eran prematuras y debían escollar como en efecto escollaron.

Este era el estado de Centro América, cuando en fin de diciembre de 1831, como ya tengo dicho, llegué á la capital de Chiapas.

Como con motivo de la invasión que preparaba Arce por Soconusco, las relaciones entre Chiapas y Guatemala se habían hecho delicadas, creí más prudente detenerme allí, y escribí á mi hermano, residente en esta capital, avisándole mi llegada á Ciudad Real, y encargándole que me consiguiese un salvo conducto ó pasaporte para seguir mi camino. Mientras volvía la contestación de mi hermano me quedé en aquella ciudad observando el curso de los sucesos en Centro América. Se hallaba al mismo tiempo allí, el Licenciado don José Francisco Córdova, conocido generalmente con el nombre de Cordovita. Este, como ya dije, había sido uno de los principáles Jefes del partido conservador liberal. Tanto el como su hermano don Mariano, fueron entusiastas independientes, y después combatieron la unión á Mé-

xico; pero cuando se reunió la Asamblea Nacional Constituyente y se marcaron los dos partidos en que se dividió el país, los Córdovas, los Betetas, Sosa y otros con ideas democráticas que habían resistido aquella unión, se afiliaron en el partido moderado, y fueron los que con más energía combatieron á los rojos ó fiebres. Valle y Gálvez por el contrario, después de haber sido partidarios de esa unión y del Imperio Mexicano se hicieron corifeos de los liberales exaltados.

Cordovita, antes de la independencia era un abogado de crédito en su profesión, pero como Jefe del partido su reputación é importancia crecieron considerablemente. Era activo, muy astuto y previsor, y la manera como manejaba la sátira, tanto por escrito, como en la tribuna, lo hacía terrible para con sus contrarios políticos. En el Congreso era el azote de Valle, al que sin cesar irritaba con su fina y punzante burla, haciendo perder la paciencia á aquel orgulloso sabio. Pero este hombrecito, que sin duda estaba dotado de muchas cualidades brillantes, tenía en el trato rutina y pequeñeces que á veces hacían que se dudase de su talento. Yo lo visitaba muy amenudo porque me divertían en extremo sus sátiras y las mil anécdotas, cuasi siempre mordaces con que amenizaba la con-

versación. En especial los días en que llegaba correo de Guatemala, que eran dos en el mes, no faltaba yo de verlo para saber *noticias de la patria*, referidas muy minuciosamente en carta que le escribía un su pariente, González, conocido también con su nombre en diminutivo, es decir Gonzalitos. La larga y numerosa carta que este le escribía me la leía toda entera; pero na así las de su familia (mujer é hijas) estas se las echaba en el bolsillo sin abrirlas, y las guardaba para tener el gusto de conservarlas así "con la ilusión de lo que pudieran decirle." Cuando á los quince días, llegaba el otro correo, abría y leía las anteriores *que había conservado efectivamente en el bolsillo* y guardaba las nuevamente llegadas para leerlas cuando viniesen las siguientes. Con esto lo que conseguía era leer la correspondencia de familia con una quincena de atraso. ¡Extraño gusto! (*)

(*) El año de 1834 volví á ver á Cordovita en México donde estaba ya establecido con su familia. Le había entrado el gusto por el juego, afición que no le conocí en Guatemala.

Concurría de diario á una partida de monte; pero su juego era muy pequeño, probablemente porque sus circunstancias así lo exigían. Jugaba sin cálculo y rutinariamente, de manera que, á la larga era infalible que perdiera.

Un día me dijo "que era imposible ganar allí al monte, porque los banqueros hacían venir la carta que querían." Yo le pude haber contestado que, teniendo esa convicción ¿porqué jugaba? Pero preferí atacarlo bajo otro punto de vista. Desde luego le ne-

El Gobernador Gutiérrez había hecho de Cordovita su Secretario y amenudo me habló con admiración del talento y capacidades de mi diminuto compatriota. En la intentona de Arce por Soconusco, lejos de favorecerla, hizo cuanto estuvo de su parte porque se malograse, procurando perjudicar á aquel caudillo en el ánimo de Gutiérrez. Este, sinembargo, probablemente con instrucciones del Gobierno mexicano, protejía aquella empresa, y Cordovita no pudo impedirlo.

Mientras llegaba la contestación de mi hermano Manuel ó la carta en que le pedía un salvo conducto ó pasaporte, yo me puse á reflexionar en lo que haría. ¿Marcharía á Soconusco á unirme con Arce ó permanecería en Ciudad Real, neutral en aquella contienda, frío espectador de los acontecimientos y de la lucha que

gué que fuese cierto lo que el decía; pero le agregué, "si eso fuera así le sería á Ud. muy fácil ganar diariamente" ¿y cómo? me contestó.—Sencillamente: el juego de Ud. es muy corto, sus jugadas no pasan nunca de 6 á 8 pesos, póngase Ud. á la descargada (es decir á la carta que tenga menos dinero apostado) y esa será la que gane, porque los banqueros no han de ser tan tontos que por ganarle á Ud. seis ó siete pesos pierdan sumas cuantiosas ó mayores que se hallen en la carta contraria." Esto lo había comprendido un poco, pero Cordovita insistió en su primera idea diciéndome: "es cuento; á ellos (los banqueros) no les conviene que nadie gane. Yo agoté mis razones para probarle lo ilógico y absurdo de su pretendida creencia; pero no se confesó convencido.

se preparaba? Lo primero estaba de acuerdo con mis instintos bélicos, y mi inclinación á la guerra. ¿Pero esta conducta, sería prudente, sería justificable? Estas fueron las dudas que me asaltaron. De un lado creía que la persecución cruel é injusta que habíamos sufrido en Guatemala, los que en mi opinión, habíamos cumplido con nuestros deberes de buenos guatemaltecos, nos daba derecho contra una administración cruel que nos había perseguido, hija del triunfo de la revolución, que nos derrocó; pero también observaba que ese Gobierno que se procuraba combatir era resultado de elecciones populares; que funcionaba con regularidad y que podía, por lo mismo, considerarse ya como lejítimo.

De otro lado, á Arce, siendo Presidente de Centro América, se le había hecho, según yo creía, una guerra injusta é inconstitucional; pero á la sazón ya no podía pretender ser Presidente, puesto que su período había fenecido. Arce, pues, aunque tuviera justos motivos de queja y resentimientos fundados, era dudoso que esto le diese derecho para invadir á su patria, y, al hacerlo, podría muy bien ser calificado como un simple faccioso. En estas dudas, resolví hablar confidencialmente con Gutiérrez, y pedirle su opinión. Así lo hice, y Gutiérrez

procuró desvanecer los escrúpulos que me habían asaltado, probándome el derecho que nos asistía á todos los que fuimos perseguidos, y despojados de una parte de nuestros bienes, para procurar derribar aquella Administración injusta y tirana. Pero agregó "aunque á Ud. le conviene unirse á Arce, no le aconsejo hacerlo todavía. En breve debe llegar á Tabasco un armamento (500 fusiles) destinado para Arce, y Ud. mismo podrá conducirlo, lo que hará que Ud. se presente allí con condiciones ventajosas y que le den importancia. Esto lo considero conveniente, porque aunque á Arce no le falta gente, está falto de armas y si antes de que estas lleguen es atacado por las fuerzas de Guatemala, no lo creo bastante fuerte para resistirles."

A pocos días de esta conferencia llegó la contestación de mi hermano, la cual se reducía á avisarme, "que estando las cosas tan delicadas no se había atrevido á pedir pasaporte para mí; que permaneciese en Ciudad Real mientras pasaba la tormenta etc. etc." Todo, pues, concurría á que por lo pronto no me moviese del lugar en que me hallaba, lo que por otra parte no me pesaba, porque allí tenía muchas relaciones, y pasaba el tiempo agradablemente.

En Guatemala, Gálvez, que era Jefe del Estado desde fines del año anterior, obraba con mucha actividad y al mismo tiempo que auxiliaba á Morazán en su lucha con el Salvador, enviaba una fuerte división, al mando del Coronel Raoul, para atacar á Arce en Soconusco; este se hallaba situado en Escuintla, pueblo fronterizo de aquella provincia, con alguna gente aunque mal armada. Tenía unos buenos y valientes oficiales, como Ocaña, García Salas y otros; pero su corta división no era capaz de resistir á las numerosas fuerzas conducidas por Raoul, muy superior como General al inesperto Arce. Trascurrieron los meses de enero y febrero, sin que hubiese llegado el armamento anunciado y uno de los primeros días de marzo, al llegar á la casa de Gutiérrez con quien tenía costumbre de comer, este me anunció que Raoul había atacado á Arce en Escuintla y le había completamente derrotado. En la noche de ese mismo día, llegaron á Ciudad Real, Ocaña y García Salas, ambos amigos míos. Arce se dirigió por Tabasco á Bacalar con el objeto de tomar parte en la revolución de Honduras.

Mientras la facción preparada por Arce era deshecha en Soconusco, sucesos aun de mayor importancia tenían lugar en otros Estados de la Federación Centroamericana. En 20 de di-

ciembre de 1831, dió Morazán un decreto trasladando el Gobierno Federal á la ciudad de San Salvador. Los hombres dominantes en aquel Estado comprendieron que si la traslación se efectuaba y admitían en su seno á Morazán y sus fuerzas, estaban perdidos. En consecuencia se apresuraron á dar un decreto (porque Morazán estaba ya en camino para aquella capital) previniendo al Ejecutivo: "1º oficie al Presidente de la República para que suspenda su marcha, prohibiendo su introducción al Estado; y 2º disponiendo que si, apesar de esta prohibición, el Presidente persiste en seguir adelante, queda por el hecho desconocido y el Gobierno del Estado lo resistirá y repelará con la fuerza." Esto era ya una cuasi declaratoria de guerra, y el Jefe Cornejo que era hombre débil y que quería evitar un rompimiento abierto, trabajó porque el decreto no fuese sancionado por el Consejo Representativo; pero no habiendo logrado su intento tuvo que ejecutarlo.

En otro decreto de 9 de enero de 1832, declaró la Legislatura del Salvador, "supuesto el pacto federativo, desconocidas las autoridades federales de la época y reasumidas en el Estado todas las facultades que aquellas ejercían según la Constitución.

Rotas así las hostilidades entre el Salvador y

el Gobierno Federal, Morazán se decide á obrar con su energía y actividad acostumbradas. Marcha á Honduras, á León; levanta fuerzas y vuelve sobre el Salvador donde están lejos de corresponder con la misma actividad y por lo mismo carecen de los elementos necesarios para resistirle. En 14 de marzo Morazán encuentra en Tocoro una corta división salvadoreña y la derrota y en pocos días reune sobre la misma capital del Salvador un fuerte ejército de más de 2,000 hombres, compuesto de tropas federales y milicias de León, Honduras, y de Guatemala; estas últimas al mando de Prem. En San Salvador se apresuran á fortificar tanto la ciudad como la estensa línea exterior; pero les falta tropa suficiente para defenderla y antes de haber concluido sus fortificaciones se presenta Morazán, los ataca el 28 de marzo á un tiempo por Soyapango y por Milingo y toma esos puntos con facilidad; sin detenerse marcha sobre la ciudad, y después de una resistencia que duró dos ó tres horas, la plaza y toda la ciudad son tomadas. Las fuerzas vencidas huyen en desorden por el camino que conduce á La Libertad, Morazán queda dueño de todo el Estado, y los que componen el Gobierno y forman los Cuerpos Legislativos, así como los Jefes militares son reducidos á prisión y conducidos á

Guatemala para ser allí juzgados. Algunas casas fueron saqueadas, en cuenta la del Jefe del Estado Cornejo. Morazán, dueño ya del Salvador; presas sus autoridades lejítimas, se arroga el derecho de mandar hacer nuevas elecciones para autoridadas del Estado, y que los electos sean personas de su devoción. Al efecto, y bajo el terror de sus armas vencedoras, hizo nombrar Jefe del Estado á don Mariano Prado, el mismo que como vice-Jefe ejerció el Ejecutivo en los años de 1827 y 28.

Pero su Administración entonces quedó sin prestijio y Prado odiado, y por lo mismo fué un paso impolítico por parte de Morazán imponérselos para que los gobernasen de nuevo. Los salvadoreños en su calidad de vencidos, tuvieron que tolerar aquel acto imprudente á la par que ilegal, y agacharon la cerviz; pero es claro que en primera ocasión, habían de sublevarse contra el que calificaban de tirano, lo que en efecto no tardó en suceder.

En Honduras la facción encabezada por Domínguez, que al principio se presentó fuerte y potente, tuvo un fin aun más desgraciado que la de Arce en Soconusco porque este lo mismo que sus principales oficiales, salvaron con la vida, mientras que en aquélla, el mismo Domínguez, Guzmán y varios otros fueron fusila-

dos. En Tereales una división de Domínguez sufrió un revés y el 26 de Marzo tuvo lugar la reñida acción de Jaitique, en la cual murió el Coronel Gutiérrez, Jefe del ejército hondureño. Esta batalla se celebró por parte del Gobierno federal como un triunfo, pero sus consecuencias más que á una victoria se asemejaron á un revés, puesto que á pocos días las autoridades de aquel Estado tuvieron que abandonar la capital, Comayagua, la cual ocupó Domínguez. Posteriormente, sinembargo, las fuerzas del Gobierno son reforzadas; Domínguez se ve obligado á abandonar aquella Capital y por fin es completamente derrotado en Opoteca. Muchos de los Jefes y Oficiales lograron salvarse por Omoa, en cuenta don Pedro González; pero Domínguez prefirió ocultarse con la esperanza de volver á levantar aquellos pueblos y formar otra facción.

Trujillo había entrado á la obediencia del Gobierno, de manera que con excepción de Omoa, donde mandaba Guzmán, todo el Estado estaba ya pacificado. Pero era claro que Omoa tendría que sucumbir puesto que no podía ser auxiliada, y lo prudente en Guzmán habría sido evadirse con sus principales compañeros, y que la tropa capitulase; Guzmán era sinembargo terco y prefirió en su desesperación,

dar un paso criminal. Entre los derrotados en Opoteca había algunos españoles, los cuales propusieron á Guzmán ir á la Habana y pedir auxilio al Capitán Gral de la Isla de Cuba. Guzmán en mala hora para su reputación accedió á esa sugestión y los españoles salieron con esa misión. Los comisionados se vieron con el Capitán Gral de la Isla quien les contestó "que sin instrucciones del Gobierno de Madrid, no podría dar auxilios, y que lo consultaría". Les dió sinembargo unas banderas españolas, y no sé si algunos víveres. Los españoles volvieron á Omoa, en lo cual probaron su tontería, y Guzmán tuvo la estupidez de enarbolar la bandera española en el Castillo. Entre tanto, numerosas fuerzas así federales como de los Estados, marcharon á las órdenes del Coronel Terrelonge, sobre Omoa y sitiaron el Castillo, mientras buques armados en guerra lo bloquearon por mar. Auxilios de Cuba nunca llegaron, y despues de algunos meses, faltando por completo los víveres en la fortaleza, y resistiéndose Guzmán á entregarla, quien parece que, en último caso sabiendo que para él no había cuartel, estaba decidido á volarla, la tropa compuesta en su cuasi totalidad, de morenos, se sublevó y lo entregó amarrado á los sitiadores. Excusado es decir que fué fusilado, lo mismo que Domín-

guez, quien al mismo tiempo fué descubierto y aprehendido. Igual suerte tuvieron los españoles que fueron á la Habana á pedir auxilio. La rendición de Omoa tuvo lugar el 12 de septiembre del mismo año de 32 y con ella dió fin la facción de Dominguez que tan potente se había presentado á principios del año. Arce había llegado á Bacalai; pero probablemente viendo las cosas perdidas, ó talvez sabiendo ya que se había pedido auxilio al Capitán Gral. de Cuba, no quiso introducirse á Honduras.

Volvamos á mi humilde persona. Después de derrotado Arce en Soconusco, mi hermano Manuel creyó llegado el momento de pedir mi pasaporte y habiendo sido este concedido, me llegó á Ciudad Real, hácia fines de Marzo. En el acto dispuse mi marcha; á fin de hacer el viaje con prontitud, arreglé con el correo regresarme con él, y á las 24 horas de haber recibido mi pasaporte, trotaba en un mal caballo (en aquel tiempo los correos iban montados) en la dirección de la "patria querida." Seis y medio días tardamos en llegar de aquella capital (dando vuelta por Quezaltenango) entrando á Guatemala antes de amanecer del 1º de abril. Ese mismo día llegó la noticia de la toma de San Salvador por Morazán, la que, como era natural, fué celebrada con cañonazos, dianas,

bandas por las calles etc. etc...... A poco llegaron los presos políticos de San Salvador los que fueron encerrados en una parte del convento de San Francisco.

Como entre ellos estaba don Antonio José Cañas á quien tanto quise desde que lo traté en New York, al momento fuí á visitarlo y á ofrecerle mis cortos servicios, aunque estos nada valían en aquella época. Entre los presos estaba también aquel Teniente Coronel Castillo (ya de Coronel) que me aprehendió en el Jute; que me envió á la cárcel el año 29 por que no lo saludé, y que puso grillos á mis hermanos en Sonsonate bajo un pretesto fútil. Cuando me encontré con él, después de saludarnos, tuve el gusto de ofrecerle mis servicios, dándole con esto una lección, pero que probablemente no le aprovecharía, por que los que han nacido con instintos crueles, es muy dificil que modifiquen su organización primitiva. Mi hermano José Vicente spuo en Guadalajara la prisión de Castillo y me recomendó que lo sirviera en lo que fuere posible. A estos presos se les trajo á Guatemala con el objeto de que fuesen juzgados por autoridades federales. ¿Pero cuál debería ser el tribunal que los juzgase? ¿Y cuáles los delitos de que se les acusase? Esto no era claro, y sobre ello desde un principio hubo desacuerdo,

pretendiendo el Gobierno federal que el tribunal debería de ser un simple consejo de guerra, el cual los juzgase como traidores y aun se ordenó así, pero esta opinión no tuvo séquito, y fué combatida, adoptándose entre los principales magnates como Barrundia, Molina y Gálvez, ideas más moderadas y humanitarias.

Al fin se dispuso que del seno del Congreso se sorteasen dos comisiones, de las cuales una fungiría como jurado de acusación, y la otra de sentencia. Este sistema daba alguna más garantía á los supuestos reos, tanto más cuanto que, con las cuestiones que se suscitaron, trascurrió algún tiempo, lo que sirvió para calmar un poco los ánimos; pero el punto de derecho, y de legalidad, siempre quedó, cuando menos muy dudoso, por que ¿basado en qué ley se podía declarar culpables á diputados ó consejeros de cuerpos legislativos de un Estado Soberano é independiente que, según su constitución, eran irresponsables; ni ménos al jefe de un Estado que, según esa misma constitución tenía por necesidad que cumplir y ejecutar los decretos y providencias del cuerpo legislativo? ¿Qué ley hacía de esas comisiones del Congreso federal, nombradas *ad hoc* legítimos jueces de diputados, consejeros, jefes de ministerios de uno de los Estados de la federación centroamericana?

Ninguna, y por tanto todo cuanto en ese juicio se hacía y actuaba era, si se consulta el derecho, verdaderamente ilegal y contrario á los principios de eterna justicia; pero en tiempos de revolución no creo que haya un sólo partido triunfante que atienda y se deje guiar por esa *friolerilla* que se llama "legalidad." Por lo demás, en Centro América, el mal principal provenía del sistema político adoptado, y de lo mal definidos de las atribuciones y poderes del Gobierno Federal y de los Estados.

En el juicio que se siguió muchos fueron absueltos, en cuenta el Jefe Cornejo; pero á su Ministro don Joaquín Durán, á Cañas, Jiménez y no recuerdo si á algún otro, se les condenó á permanecer en la capital de Guatemala por espacio de cuatro años. Esta sentencia se dió hasta principios del año de 1833. ¡Qué diferencia, sinembargo, se encuentra entre la lenidad con que fueron tratados estos presos políticos, y la severidad y aun crueldad que el partido triunfante el año de 29 desplegó sobre los vencidos!

CAPÍTULO IV.

Guatemala en 1832.—Pobreza general.—División de la sociedad.—Baratura de los objetos.—Falta de policía y de seguridad de noche en las calles.—No hay alumbrado, ni serenos.—Campo de Marte.—Contiendas y espadachinadas.—Soy asaltado por Z.—Manuel Palomo.—Anécdotas.—La gualanteca.—"Si esta noche corro ya no hay remedio conmigo."—El Coronel irlandés.—Mi hermano Ignacio.—Anécdota.—*Pas si bete.*—Viaje por los planetas ¿de Mercurio se pasa á Venus ó de Venus á Mercurio?—Cuestión que decide Palomo.—El escuadrón de milicia.—Estoy en él alistado.—Prisión el jueves santo por no haber asistido á la formación.—El Coronel Mariscal.—Indignación de nuestras familias quienes por no participar yo de ella, me acusan de estar *empirifando.*

En lòs primeros años que siguieron á mi regreso de México no hubo sucesos públicos de trascendencia en Guatemala. Aprovecharé, pues, este tiempo para dar á conocer un poco la capital en sus costumbres y en su modo de ser social. Pondré al lector también en relación con algunas personas, la mayor parte jóvenes, que se distinguían por su talento ó ingenio y referiré algunas anécdotas de aquella época.

Después de la guerra civil que terminó en 1829, Guatemala, como ya he indicado quedó pobrísima. La sociedad estaba dividida en tres secciones: la de los vencedores, gloriosos con su triunfo, que no perdían ocasión de hacer alarde de su supremacía, y que en sus publicaciones descargaban incesantemente denuestros sobre

los vencidos: estos, más ó menos arruinados y teniendo todos que lamentar uno ó más miembros de su familia que se hallaban desterrados, se consideraban como parias en aquella sociedad; no concurrían á ninguna diversión pública, y sólo trataban entre sí; y la sección que podría llamarse de los panzistas, es decir, de aquellos que en la guerra civil, habían procurado no tomar parte activa, inclinándose sí, aunque sólo con palabras, al partido que veían con más probabilidades de triunfar, conducta poco honrosa, pero que no comprometía ni sus personas, ni sus intereses.

A merced de la paz que se gozó en los primeros años que siguieron al de 29, se principiaron á desarrollar la agricultura y el comercio; y ya en 1832 se veían algunas señales de prosperidad naciente, debida en especial á la grana, fruto entonces valioso, y cuyo cultivo se fue generalizando tanto en Amatitlán como en la Antigua, poblaciones que en consecuencia progresaban. Pero la riqueza no se acumula en dos ni en tres años, y la mejora poco se hacía sentir. El lujo aun no se conocía, y como los efectos extranjeros pagaban á su introducción á la República un cortísimo impuesto, y eran en lo general de inferior calidad, todo era muy barato. Lar señoras, pues, y en especial las

que habían quedado más ó menos arruinadas con la revolución, gastaban en vestirse muy poco. Los demás objetos que servían á la vida y al sustento diarios eran también abundantes y de poco precio, valiendo todo la tercera parte de lo que hoy vale, pues á más de la pobreza general, los metales preciosos no habían sufrido la extraordinaria depreciación á que han llegado en nuestros días.

Si entonces hubieran dicho á las jóvenes que habían de ver el día en que, por un buen traje de seda se pagase 150 y 200 pesos, se habrían reído, sin dar á ello crédito; é igual cosa habría acontecido á ciertos dueños de casas, si se les hubiese anunciado que los alquileres cuatriplicarían en 40 años. Una familia de 6 ó 7 personas vivía entonces, con mucha comodidad gastando 100 pesos al mes, y con 200 podía tener lujo. Sólo un objeto era entonces más caro que al presente, por la sencilla razón de que la oferta era más pequeña que la demanda; este es el alquiler del capital, de que nacía que el interés del dinero no bajaba del 2% mensual y á veces subía al tres; y esto bien garantizado.

En aquella época no había en Guatemala ni alumbrado ni serenos. Tampoco había banquetas en las calles, sino en una que otra de las del centro. Se carecía de un cuerpo de po-

licía que celase el orden, tanto de día como de noche. Solían salir los alcaldes con algunos corchetes á rondar y una que otra patrulla de tropa que de nada servía. Los que andábamos de noche por la calle, íbamos armados generalmente de espada y por entonces se había introducido la costumbre de llevarla desenvainada á fin de estar más listos á esgrimirla. Conocida es la oscuridad que amenudo reina en las noches de la estación de lluvias, y el que en una de esas noches llevara la espada envainada, podía muy fácilmente ser sorprendido y desarmado, ó herido antes de que tuviese tiempo de sacarla y defenderse. Este estado de cosas había naturalmente de ocasionar, en especial hacia las orillas de la ciudad, aventuras y espadachinadas más ó menos escandalosas. Había en especial ciertas calles en que las riñas y contiendas eran más frecuentes, y esta circunstancia fue causa de que la gente las bautizara con el nombre de "Campo de Marte."

Entre mis amigos había un joven Manuel Palomo y Montúfar, sobrino de los señores Montúfares, que frecuentaba el Campo de Marte, por habitar allí su novia; y sinembargo, ninguno era menos á propósito para andar por aquellas calles peligrosas que Manuel Palomo, porque, lejos de ser belicoso y afecto á esgrimir

la espada, era inofensivo, enemigo de contiendas, y lo peor de todo, cobarde. Pero desgraciadamente el amor á la novia lo arrastraba á aquellos lugares, y los peligros que en ellos se corría no eran bastantes para dominar el deseo de acercarse al abjeto de su amor. Por lo demás, Palomo no era de aquellos que procuran adornarse con cualidades que no tienen, defecto tan común en el mundo. Confesaba su falta de valor, acompañando cuasi siempre estas confesiones de algún chiste característico. Tenía mucha filosofía, era ingenioso, y estába lleno de agudeza, de manera que, amenudo, salía de un lance apurado con un disho gracioso. ¿Cómo es? preguntará alguno, que siendo Manuel Palomo enemigo de riñas y contiendas se veía en lances? Pero por lo mismo que era conocida su falta de valor, había algunos que, para acreditar el que talvez no tenían, provocaban, por sistema, á este ser pacífico, que por otro lado, no se puede negar, que irritaba á los tontos con sus agudezas satíricas. Su constancia en frecuentrar aquel barrio, era admirable, porque lo ví una larga temporada en que, por estar de quiebra con su novia, no pudo hablarle, sinembargo no dejaba una sola noche de concurrir á aquellas calles (donde permanecía hasta las dos ó tres de la mañana), hablando

con los conocidos que encontraba, y también haciéndoles estorbo, porque el que anda en esas aventuras, no gusta de ser visto, ni menos de ser conocido. Su padre, viejo un tanto simplón, lo obligaba á regresarse á las diez ó diez y media de la noche, y apenas llegaba, el mismo viejo echaba lleve á la puerta de la calle, y en seguida se acostaba, muy satisfecho de tener ya al hijo predilecto encerrado. Este cenaba, y á continuación, por una ventana que había en su dormitorio, quitando dos barrotes de madera, se descolgaba, y se dirigía al Campo de Marte. Era, pues, imposible andar por aquel barrio sin ser visto y encontrado por Manuel Palomo quien, ún tanto indiscreto, no respetaba el incógnito de las personas que no gustaban de ser conocidas. Esto fue lo que á mí me aconteció, porque, debo confesarlo, también yo era *habitué* del citado campo.

Una noche que me retiraba á mi casa algo temprano, me alcanzó en la calle Manuel Palomo y me dijo: "Ve que *Z** te anda buscando y dice que te va á matar; viene acompañado de Fonseca, ambos están "tomados" (ebrios) y bien armados." "Varias véces ha dicho ya eso," le contesté y no ha llegado á intentarlo. Fonseca era un joven Coronel hondureño, valiente, tonto y calavera; era conocido mío, y contra

mí no tenía prevención alguna; pero á Manuel Palomo no lo quería ó más bien lo odiaba, porque pretendiente no correspondido de su novia, y sabiendo lo flojo de su rival, lo provocaba y le hacía pasar malos ratos. Yo venía embozado en mi capa; traía mi espada desnuda, y detenida entre el pecho y mi brazo izquierdo. La conversación con Palomo no me permitió oir los pasos de dos individuos que apresuradamente venían detrás de nosotros, de manera que la primera noticia que tuve de que los que venían eran los que me buscaban, fué que Z* se me enchó encima y, agarrándome del pecho, procuró penerme la boca de una pistola en la cabeza, diciéndome que me iba á matar. Al echarme mano al pecho dió la coincidencia de que agarró la guarnición de la espada que llevaba yo abajo de la capa. Yo, instintivamente, levanté las manos para librarme del arma con que me amenazaba; Z* insistía en arrimarme la boca de la pistola á la cabeza, y yo, al mismo tiempo, que me defendía, me dirigí á Fonseca diciéndole: "Vea Ud. que Z* me asesina." Fonseca, que á más de espada traía una de las pistolas de Z* al llamamiento que le hice se echó sobre Z* y tomándole por el brazo le dijo: "que en aquella ocasión no me matase." La intervención de Fonseca produjo su efecto. Z* me exigió que dejase mi espada y tuviése-

mos una conferencia; yo que dejase él su pistola, con cuyo motivo disparó su arma al aire, yo le entregué la mía á Fonseca, y nos dirigimos á sentarnos á una grada de tienda; esto tenía lugar en una esquina de la plazuela del Sagrario, trasformada hoy en mercado. Como ambos estaban algo ebrios, y temía una desgracia, en un momento en que creí que Z* no me observaba, le quité la pistola á Fonseca y abriendo la cazoleta, le boté la ceba. Tal vez el lector preguntará qué se había hecho de Manuel Palomo? En el momento en que fuí asaltado, desapareció con la rapidez de una exalación; y eso que, según el mismo confesó después, llevaba una pistola, aunque de inferior calidad á las magníficas vizcainas de mi contrario. Desde el momento en que la tentativa de asesinato se convertía en una conferencia, el peligro había cesado. En la conferencia Z* me hizo algunas preguntas que sólo calificaré de *indiscretas*, probando en ello su tontera. Yo las contesté del mejor modo que pude, satisfice sus cargos, y procuré calmarlo, porque, verdaderamente, no estaba en mi interés tener un lance desagradable con aquel hombre.

En efecto, pronto pareció haber prescindido de todo en cono para conmigo, y cuando trataba de dar fin á la conferencia, no recuerdo con

que motivo, entró en choque con Fonseca, y tomando las espadas (una de ellas la mía), se principiaron á tirar, ó más bien á hacer como qué se tiraban, porque los golpes los dirigían no al cuerpo sino á la empuñadura ó guarnición de la espada, resultando en consecuencia "mucho ruido y nada de nueces." Después de un rato de esas "plantas," como se dice entre nosotros, yo me interpuse, diciendo "que bastaba ya de escándalo, y que entre amigos no debían tirarse, ni batirse sin causa justificada," con lo cual, en efecto, se aplacaron. A este momento acertaron á pasar por allí el Secretario de la Legación Mexicana y otro, ambos amigos míos, y viéndome entre tan sospechosa compañía, se detuvieron por si necesitaba de auxilio; pero yo, para evitar que fuera á surjir una nueva dificultad con aquellos calaveras medio ebrios, les hice seña de que siguiesen su camino, y así lo ejecutaron. Puesto que nada hacíamos ya allí, manifesté la intención de retirarme, y tanto *Z** como Fonseca me acompañaron hasta dejarme en la puerta de mi casa, de donde se despidieron muy amistosamente, asegurándome *Z** que en la madrugada salía para fuera de la República, con intención de no volver más, resolución que al fin llevó á cabo,

aunque no al día siguiente, como lo prueba la anécdota que voy á referir.

Hace algunos meses se hallaba en Guatemala una gualanteca que, aunque de condición mediana, era mujer de bastante talento natural, de mucho espíritu y de carácter enérgico. Mis hermanos mayores la habían, desde años anteriores, tratado mucho, porque á su paso por Gualán, y en las estadías que tenían que hacer en aquella población, posaban en su casa. En tiempo de su residencia en Guatemala la visitaba yo amenudo, porque habitando una casita muy cerca de la mía, por la cual pasaba yo dos ó tres veces al día, y siendo persona cuya conversación me agradaba, era raro el día que dejase de verla ó visitarla. Aunque casada (y entonces separada de su marido) no tenía hijos; pero había llevado consigo á una sobrina de 16 ó 17 años, no fea, y á la cual había ella criado. Un cierto oficial del Estado, hombre sin ninguna cualidad que lo hiciese recomendable, se prendó de ella y la pidió en matrimonio; pero ni á la joven, ni á la tía gustó el pretendiente, y así ambos lo rechazaron. Como yo entraba á la casa amenudo, se imajinó el oficial que la joven me quería, y que esta fue la causa de las calabazas que recibió, lo que hizo que me tomase odio. Este majadero también creyó ó afectó creer, que yo

pasaba allí las noches hasta muy tarde, y se propuso hacer un escándalo. Al día siguiente del suceso que acabo de referir, convidó al mismo *Z** que me intentó matar (y que por consiguiente permanecía en Guatemala) y á otros dos calaveras, para ir en la noche á sacarme de la casa de la gualanteca donde, él les aseguró debía yo estar. Se reunieron en efecto y después de la media noche, llegaron á la citada casa y comenzaron á golpear la ventana diciendo: que yo estaba allí; que me echaran fuera, porque de lo contrario forzarían la puerta, entrarían y me quitarían la vida. La gualanteca, desde su cama, les contestó "que estaban locos en creer que yo estuviese allí á semejante hora, que no la molestasen y la dejasen dormir. El oficial persistió en que yo estaba dentro; que me habían de matar, y que si no me echaban fuera entrarían por la fuerza. Irritada ya la gualanteca con aquella necia insolencia; se dirige á la sobrina que dormía en el mismo cuarto, diciéndole en voz alta: "Nacha, dame las pistolas;" oido lo cual por el impertérrito oficial, dice á sus compañeros: "y que lo hace como lo dice, porque yo la conozco;" y sin aguardar más, salió corriendo como un gamo, seguido de sus tres compañeros. La gualanteca toma las pistolas, se dirige á la ventana, la abre, extien-

de la vista; pero ya no se veía un pelo en todo el campo."

Cuando al día siguiente pasé por la casa de la gualanteca, estaba esta en la ventana, talvez aguardándome y me contó riendo la anécdota, y el miedo de mi pretendido rival. Pero volvamos á Manuel Palomo, á quien, creo, no perderá nada el lector en conocer á fondo.

El lance que me había ocurrido con *Z** y la fuga de Palomo, se había sabido en todo el círculo que frecuentábamos, y hombres y mujeres le habían dado sendas zumbas por su cobardía y haber huido dejándome en apurada situación. Palomo sufría las burlas con su acostumbrada sangre fría, haciendo á veces reir sus contestaciones chistosas. Poco después de esta aventura tuve necesidad de que una noche me acompañase, y le avisé que pasaría por el á las doce en punto. Bien comprenderá el lector que al llevarlo conmigo no era con el objeto de que, en un lance apurado ó de peligro, pudiese ayudarme ó defender. Llegué á su casa á la hora citada, se descolgó por la ventanita y cuando se vió abajo, me dijo: "ahora traigo dos buenas pistolas y mi espada, de manera que si esta noche vuelvo á correr, ya no hay remedio conmigo (!)" Por fortuna no hubo ocasión de probar si huía ó no.

Ya que estoy hablando de Manuel Palomo, contaré otras anécdotas que le conciernen, aunque estas se refieren á una época posterior. Había en Guatemala un Coronel de nación irlandés, y que se hacía llamar Galindo, bien que este nombre nada tenga de celta. Este Coronel tuvo cierto motivo de queja de doña Felipa Montúfar, tía carnal de Manuel Palomo. El irlandés encontró en la calle á Palomo y lo paró diciéndole: "Ud. ser sobrino de doña Felipa Montúfar?" "Sí señor, tengo ese honor" "Y Ud. querer mucho á doña Felipa Montúfar?" ¡Oh! por supuesto como que es mi tía y vivo con ella"—"Ud., va, pues, á batirse conmigo, porque doña Felipa me hacer un gran agravio, y como ser una señora yo no poderme batir con ella."—"Vea Ud., contestó con mucha calma Palomo: Doña Felipa Montúfar es, en efecto, mi tía, pero tiene otros parientes más cercanos que yo, y que llevan su propio apellido. Ahí está, por ejemplo, don José Montúfar, que es su sobrino carnal quien tiene el deber, en el caso presente, de batirse con Ud. y aun creo que se ofendería conmigo si yo me arrogase una obligación que á él sólo atañe. Por lo demás, señor Coronel, Ud. sabe cuánto lo he apreciado siempre y sentiría muchísimo tener un duelo con Ud. Con que, adiós señor Coronel" y diciendo esto, dejó

plantado al irlandés en la calle. Cuando Palomo llegó á su casa y vió á su primo le dijo: "te participo, Pepe, que el Coronel Galindo te va á desafiar." "¿A mí preguntó Pepe Montúfar con asombro? ¿y porqué?"—"Porque, dice, que nana Lipa lo ha agraviado, y que como es señora, y no le puede pedir satisfacción, ha dispuesto batirse con uno de sus sobrinos. Ahora me detuvo en la calle con esa pretensión"—¿Y luego, cómo te libraste?—"Le dije que ese era deber de otro pariente más cercano de nana Lipa que yo: que tú eras sobrino carnal y llevabas su propio apellido."—"¿Y tú no eres también sobrino carnal?" contestó Pepe riendo—"Buena gracia has hecho; pero si viene conmigo con algún pretesto te lo echaré encima." Mas Galindo ya no volvió á insistir en el duelo.

Tenía Manuel Palomo un hermano, de nombre José Mariano, ya casado, de carácter no muy bueno, y un tanto aficionado al trago, y cuando esto le acontecía se tornaba en díscolo. Estaba radicado en la Antigua; pero de cuando en cuando venía á Guatemala, junto con su mujer, á hacer una visita á sus tías doña Felipa y doña Antonia Montúfar, y permanecía con ellas algunos días. Sus cualidades eran causa de que no fuese querido, ni aun de sus propios hermanos. En una de tantas temporadas en

que el citado José Mariano estaba en Guatemala, pasaba una noche una hermana mía, en unión de otras amigas (sobrinas también de las señoras Montúfares), acompañadas de mi hermano menor (Ignacio de nombre), por frente de la casa de dichas señoras, y oyeron que la mujer de Palomo daba gritos. Se acercaron un momento á la ventana y comprendieron lo que sucedía. Una de las parientes dijo indignada: "¡qué barbaridad! José Mariano le está segando á la Angela" (este era el nombre de la mujer.) Mi hermano, entonces joven y un tanto calavera, contestó: "¡qué ganas tengo de entrar y pegarle á ese sinvergüenza!" No seas tonto le replicó mi hermana; "no te vayas á meter en eso" y diciendo esto siguieron su camino. Pero mi hermano se quedó atrás, y al pasar por la puerta de calle, sin decir nada, ni hacer ruido, la empujó suavemente, entró y llegando al cuarto del encolerizado marido, sin prevenirle de lo que iba hacer empuñó la espada y principió á darle cintarazos, diciéndole: "Sinvergüenza, que le está pegando á su mujer." El marido trató de disculparse, enseñando que lo único que tenía en la mano era "un par de tirantes." Mi hermano sin contestar á sus disculpas, después de darle algunos látigos, salió á la calle, y andando violento, alcanzó á

la comitiva ya llegando á mi casa. "Ya le pegué" les dijo con mucha calma ¿Ya le qué? preguntó mi hermana con asombro. "Ya le pegué unos buenos cintarazos á ese sinvergüenza" "Ay¡ Nacho! dijo con espanto mi hermana ¿qué has hecho? Quién aguanta mañana á nana Lipa!"

Entre tanto, José Mariano, después que salió mi hermano de la casa, comenzó á hacer mucho ruido y alharaca. Llamó á su tía doña Felipa y le refirió con mucha exageración lo sucedido, y el atrevimiento que había tenido mi hermano, quien decía, se había entrado armado á su cuarto y sin motivo ninguno lo había maltratado y golpeado con la espada "que él, José Mariano, estando desarmado, no pudo defenderse ni castigarlo como debía; que á haber tenido una arma habría matado á ese pícaro, zamarro, etc. etc....." Doña Felipa creyó en este suceso un ultraje hecho á su casa y especialmente á ella, por lo que montando en cólera, pasó á otro cuarto en que se hallaban sus sobrinos, Pepe Batres (el poeta) y Pepe Montúfar, á quienes con vivísimos colores refirió lo ocurrido, exagerando el ultraje cometido por mi hermano Ignacio á toda la familia, concluyendo por decir "que tal insulto no podía quedar impune." Los sobrinos la oyeron con frialdad y sin contestar na-

da; visto lo cual por la entusiasmada tía, salió del cuarto sofocada por la cólera, y diciendo algunas palabras "sobre el poco espíritu de familia de sus sobrinos." Pero en vez de entrarse á su cuarto, se quedó en el corredor esperando á Manuel Palomo, quien como hermano de José Mariano, tomaría el negocio á pechos. No tardó en efecto en llegar, y al verlo, doña Felipa, se le abalanza contándole lo acaecido á José Mariano y ponderándole el gran desacato y atropellamiento á la casa cometido por mi hermano" "¿Esto ha hecho Nacho García? dijo Manuel Palomo con tono irritado; pues mañana corre sangre en Guatemala!" Verá tía, quien soy yo, cuando llegan á ofender el honor de mi familia. No me llamaría Palomo y Montúfar si no castigase á ese bribonazo, zamarro que tal ultraje nos ha hecho. Descuide Ud tía, y déjelo todo á mi cuidado, y no tendrá de que arrepentirse. Tan bién hizo su papel el sobrino, y tanto encono y resolución aparentó de vengar la ofensa, que doña Felipa principió á afligirse de haber provocado aquella tormenta y sin decir nada más se recogió á su cuarto. Cuando Manuel Palomo entró al en que se hallaban sus primos, que habían estado oyendo sus baladronadas y bravatas uno de ellos le dijo: "y deveras, Manuel, vas mañana á hacer todas esas proezas

que le estabas diciendo á nana Lipa?" "No faltaba más, contestó Palomo, para que á mi también me casque Nacho García, y todo por el borrachón de José Mariano? No, no *pas si bete.*

Todo eso se lo dije á nana Lipa para calmarla y se fuera á acostar contenta; pero en lo que menos pienso es en ir á provocar á Nacho, y tenga yo la misma suerte de José Mariano. "Por lo demás mañana, ya no se acuerda nana Lipa de nada y negocio concluido" y en efecto, al día siguiente doña Felipa no creyó prudente volver á hablar *del ultraje hecho á la familia.*

Muchas otras anécdotas pudiera recordar concernientes á Manuel Palomo; pero temo cansar al lector. Referiré sin embargo un dicho muy agudo que tuvo en mi presencia. Concurrían diariamente á mi casa á la hora que concluíamos de comer, Pepe Batres, Pepe Montúfar y á veces Manuel Palomo, quienes nos acompañaban á tomar café. Una tarde, estando de sobre mesa, se hablaba sobre las diferentes opiniones que hay con respecto á nuestra suerte futura. Por su puesto la conversación no tenía un caracter serio y más bien el objeto era embromar á mis hermanas quienes en su calidad de mujeres, eran ortodoxas á puño cerrado. Yo dije que, era ya cosa averiguada que nosotros vivíamos en todos los planetas principiando por ha-

bitar el más cercano al Sol, recorriéndolos todos hasta llegar al más lejano. "Así, agregué, vivimos primero en Mercurio; de Mercurio pasamos á Venus, de Venus á ...."Te equivocas Miguel" me interrumpió Palomo "de Venus pasamos á Mercurio; al menos agregó con cinismo, así me ha sucedido á mí." Esta salida nos hizo reir, á los hombres y una sobrina mía, como de quince años, que se hallaba presente, comenzó á mirarnos con ojos espantados, como queriendo adivinar la causa de nuestra risa.

Por lo expuesto se verá que aunque yo pertenecía á los que fueron vencidos el año de 29 y por consiguiente, se me trató por mucho tiempo, como una especie de "paria" procuraba pasarlo lo menos mal posible. En efecto, los odios que al principio se desplegaron con tanto furor se iban poco á poco calmando, y aunque subsistía siempre la división marcada entre los dos partidos, la acritud iba cediendo, en especial para aquellos, que, como yo eran menos intransigentes. Pero no se entienda por esto que toda hostilidad y deseo de vejarnos había desaparecido; la siguiente anécdota pondrá esto de manifiesto. Una ley del Gobierno de Gálvez obligaba á todos los guatemaltecos á servir en cuerpos de cívicos ó milicias, y en consecuencia se habían formado en la ciudad dos ba-

tallones de infantería, y un escuadrón de caballería, alistándose en éste los que tenían caballo propio, ó podían conseguirlo. Yo fuí uno de ellos. A estos cuerpos no se les daba instrucción alguna, y el único servicio que de nosotros se exigía era el de formar en ciertos días festivos, como 15 de septiembre, jueves de Corpus, día de Concepción y juéves y viernes santos. Para qué estas formaciones? se preguntará. La infantería marchaba en la procesión del Corpus y en la del santo entierro el viernes santo, porque cosa rara, el Gobierno liberal de Gálvez había ordenado que toda la guarnición de la capital (incluyendo las milicias que no estaban sobre las armas y que desde el juéves santo, debían de quedar acuarteladas) marchase en la dicha procesión del santo entierro, dando así á la efigie de Cristo la misma importancia y veneración que á la hostia consagrada en la fiesta de Corpus" Con esta providencia, Gálvez se exhibía más fanático é idólatra que los mismos reyes de España porque éstos, en sus ordenanzas para el ejército, previenen que en la procesión del Corpus marche toda la guarnición que haya en la ciudad, y en la del santo entierro sólo una compañía de granaderos. Como el escuadrón á que yo pertenecía no estaba uniformado, no marchaba en las procesiones, pero

siempre se nos mandaba acuartelar, lo que nos causaba mucho disgusto, por que se nos privaba de pasear por las procesiones, y recorrer los monumentos. La mayoría de nosotros, pues, no concurría al llamamiento, que en esos días se nos hacía, con cuyo motivo se daba orden á varias patrullas de prendernos, donde quiera que se nos encontrase. Esto nos obligaba á andar alerta para escaparnos de ser atrapados, metiéndonos al efecto en alguna casa de conocidos ó amigos cuando divisabamos una patrulla.

Un jueves santo, el año de 39, don Francisco Benítez mi hermano y yo, nos dirigimos en la mañana á Catedral con el objeto de asistir á los oficios ó más bien con el de pasar en revista á la selecta concurrencia del bello sexo que tanto en ese día, como el viernes, se reunía en esa Iglesia. Al acercarnos al atrio, una patrulla de individuos del escuadrón mandada por el ayudante del mismo, nos atrapó, intimándonos que fuesemos presos por no haber concurrido al cuartel, como se nos había prevenido. Nosotros nos enfurecimos, pateamos, y dijimos á gritos mil insolencias principalmente contra nuestro Comandante M ... de quien la crónica escandalosa circulaba cierta especie de un carácter muy feo; pero esto de nada nos sirvió, y fui-

mos conducidos presos al cabildo, y de allí, junto con otros ocho ó diez, como nosotros aprehendidos, trasladados al cuartel del batallón permanente. Algunos amigos y parientes de los presos ocurrieron á Gálvez, solicitando que se les pusiera en libertad. El jefe, que tenía mejores palabras que obras, ofreció que lo ordenaría, pero todo el día permanecimos arrestados. En la noche, el Jefe con todo el personal del Gobierno, y cuerpo militar, salió á visitar monumentos, y de vuelta, á eso de las diez el Comandante del ballón permanente que lo era el Coronel Mariscal, notorio por su opinión de maldad de que gozaba (aunque no por las acciones de guerra en que hubiese ganado sus grados militares, porque no recuerdo que hubiese estado en ninguna) llegó al cuartel y puso en libertad á todos los presos, menos á Benítez, á mi hermano y á mí, quienes dormimos allí esa noche, notificándonos al día siguiente á las seis de la mañana que podíamos retirarnos á nuestras casas. Esa distinción "en nuestro favor" se la debíamos al mismo Mariscal ó provenía de orden superior? ¡quién sabe! Nosotros tres habíamos servido como oficiales en toda la guerra civil anterior, y esta era una causa agravante.

En nuestras familias hubo mucha indignación por esta vejación, y tanto Benítez como mi hermano participaron de ella; pero yo, con más calma y filosofía, le daba á aquel incidente poca importancia.

No podía desconocer que aunque el tal escuadrón y el servicio que de él se exigía, era toda una majadería, y que talvez no tenía otro objeto que el de molestarnos, al fin eramos soldados, y en concepto de tales, debíamos obedecer la orden de acuartelarnos que en aquellos días se nos daba; y si por el deseo de pasear y divertirnos dejabamos el cumplirla, estaban en su derecho al castigarnos, tanto más cuanto que este castigo se reducía á arrestarnos en esos mismos días, (cuando eramos aprehendidos) pasados los cuales nadie se metía con nosotros. Estas pequeñas observaciones, que alguna vez me permito hacer, causaron entre los nuestros, escándalo, y la acusación de que yo me estaba ya volviendo *pirujo*. [*]

(*) Nombre con que en toda la guerra civil, de 27 á 29, se designó á nuestros contrarios.

CAPÍTULO V.

Nuevas amistades que formé en Guatemala.—Orellana.—Don Juan Morel.—Cenas en su establecimiento.—Pivaral.—Don Juan N.—Señor Romero.—Noche borrascosa.—Don Juan *Aguitarreado*, Pivaral herido.—Aventuras con unos muchachos paseadores.—Inspiración que me salva.—El Coronel C....—Quien era el que trabajaba para mí.—El Chapincito.—El Canónigo don José María Castilla; sus cualidades y defectos.—Determino volverme á México, y emprendo mi viaje para aquella República, en fin de abril de 1834.

Pocos meses después de mi vuelta de México á Guatemala formé amistad con varias personas del partido vencedor, lo cual no fué bien visto de la mayoría del partido en que yo había estado afiliado, por que por mucho tiempo vencedores y vencidos se vieron como perros y gatos. Pero yo era menos absoluto é intransigente. Tenía alguna más imparcialidad y creía que si los liberales habían pecado por rojismo y teorías contraproducentes unas, é impracticables otras, los conservadores también, habían cometido faltas graves en sentido contrario. Cuando mis nuevos amigos se fueron persuadiendo de que mis ideas eran liberales, me comenzaron á decir "que yo debía pertenecerles y abandonar á mis antiguos compañeros políticos." Esto, amenudo promovía entre nosotros cuestiones en que yo defendía en lo posible al partido que fué vencido y atacaba las ideas y pretensio-

nes de los liberales exagerados. La conducta que tuvo Morazán con nosotros el año de 29 era otro de los motivos de cuestión, defendiendo yo entonces las mismas opiniones que al presente he emitido en la primera parte mis memorias, pero estos debates los teníamos sin pasión; nunca se agriaron nuestros ánimos y así conservé con ellos la mejor armonía. Entre mis nuevos amigos se distinguía por su talento el Licenciado Máximo Orellana originario de Honduras, pero que había hecho sus estudios en Guatemala. Fué diputado al Congreso Nacional en 830 y después jefe de sección de uno de los ministerios del Gobierno federal. De costumbres bastante libres y de moralidad cuestionable, su trato era sinembargo agradable por su gracia é ingenio. Por ese tiempo el francés don Juan Morel había puesto un pequeño establecimiento en que servía, ya fuese de comer ó de cenar, artísticamente á la francesa y á precios muy cómodos. Algunos de mis nuevos amigos y yo entablamos el cenar amenudo en dicho establecimiento, costeando cada uno por turno la cena. Entre los que con este objeto nos reuníamos, yo era el más escaso de dinero, pero don Juan trabajaba barato, y en aquel tiempo todo tenía precios muy módicos, lo que me facilitaba cumplir mi compromiso,

pagando la cena la noche que me tocaba en turno. Nos reuníamos á las once y salíamos después de las dos de la mañana más ó menos excitados con las botellas de Burdeos y Champaña que vaciábamos y con el *ponche* final, después del cual se terminaba la reunión retirándose cada uno para donde su buena ó mala estrella lo llevaba. Cuasi todas las noches alguno de tantos se propasaba en la bebida proporcionando esto á menudo escenas divertidas. Pero ni Orellana ni yo nos excedíamos, Orellana tenía "buena cabeza" como se dice de los que pueden beber mucho sin achisparse, y yo no la tenía mala, defendiéndome la circunstancia de que, después de haber bebido cierta cantidad, todo vino ó licor me repugnaba, aviso que me daba mi organismo de que no debía de pasar de allí.

Una noche habíamos convidado á don Miguel Pivaral, hombre chistoso y de ingenio en especial cuando se achispaba, lo que infaliblemente le acontecía siempre que comía ó cenaba con amigos. En la cena eramos siete: Orellana, don Manuel Cerezo, administrador de rentas, Irungaray, administrador de correos, don Juan N., un cierto Coronel nativo de uno de los otros estados, Pivaral y yo. Pivaral desde el principio de la cena se achispó y nos comenzó á hacer

reir. Hacia el fin de la noche discurrió ir á tocar y cantar un *tabalito*, á "señor Romero" componiendo al efecto un verso que no carecía de sal. Señor Romero, llamaba Pivaral, á un pobre viejo, padre de una familia, á quien tenía una hostilidad, el cual vivía en el campo de Marte. Don Juan N. había sido pretendiente parece *no* correspondido de una de las muchachas, y le agradó la idea de ir en unión de Pivaral á tocarle la ventana al viejo, y cantarle el *tabalito*. A don Juan N. le tocó esa noche propasarse en la bebida y esta circunstancia, avivando su despecho de amante no correspondido, lo impulsó á ir al campo de Marte con ese mal designio. Orellana que también era hostil á la familia de "señor Romero," apoyó aquella mala idea, excitó á don Juan á que fuese con Pivaral y le ofreció acompañarlo. Cuando me persuadí de que aquella calaverada en proyecto podía efectuarse, reprendí afectuosamente á Orellana por estar exitando á "N." para que cometiese una mala acción, y traté de disuadirlos de que la ejecutasen. Logré en efecto, al momento de separarnos, el que me prometiesen que no irían al campo de Marte. Por lo expuesto se verá que yo, aunque el más joven de la comparsa, era sinembargo el más prudente, (aunque talvez no en todas ocasiones).

Al salir del establecimiento me convidó el Coronel á que fuésemos á buscar á dos hermanos, tocadores de flauta para dar serenata á ciertas jóvenes sus conocidas; y aunque nunca he sido afecto á ese entretenimiento, no sintiendo sueño, condescendí en acompañarlo. Fuimos hasta la plazuela de San Sebastián en busca de los flautistas; pero no los hallamos. Regresabamos con intención de recogernos, y al cruzar una esquina vimos desde lejos venir uno que nos pareció ser don Juan N. La luna alumbraba como si fuese de día, y al acercarse ví que traía la cara llena de sangre. Le pregunté muy alarmado qué le había sucedido, y me contestó "que le habían dado *un machetazo* en tal calle" [en el campo de Marte]. Mis predicaciones, pues, habían sido infructuosas. Nos dirigimos juntos á casa del Doctor "L." joven amigo mío con reputación en su profesión; vivía por Belen. Le toqué la ventana, y cuando me hubo reconocido, me preguntó: ¿Otro desafío? "No, le contesté; pero sí efectos como si lo hubiera habido". Hacía el Doctor alusión á un lance que me había acontecido en dias anteriores. Se levantó el Doctor apresuradamente, entramos á su cuarto, sentó á don Juan en una silla y principió á lavarle toda la parte ensangrentada. La herida ó heridas, por que pare-

cían varias, las tenía en el sentido, del lado izquierdo, y llegaban hasta cerca del ojo. Muy luego extrajo un cuerpo estraño, que examinando á la luz de la vela, resultó ser una astilla grande de ébano, y después extrajo otra semejante, y cuando le hubo lavado bien aquella parte, se pudo ver que tenía varias cortadas horizontales, terminando con una herida poco profunda y otras dos heridas perpendiculares, que no habían penetrado. En resumen, *tenía retratadó el brazo de una guitarra, con sus seis cuerdas y dos trastos*; la herida inferior, sin duda, la había causado uno de los fieles del mismo brazo, y las astillas de ébano eran un comprobante de que la única arma de que se había hecho uso había sido una guitarra, y no un sable ó machete. En efecto don Juan no había recibido un machetazo como me dijo, sino tan solo un fuerte guitarrazo. El doctor curó al guitarreado y sin hacerle preguntas indiscretas y que sin duda lo habrían mortificado, salimos de allí y nos dirigimos con él á su casa que estaba en la calle llamada entonces real, hoy 30 de junio. Serían las ($3\frac{1}{2}$) tres y media de la mañana cuando salimos de casa del Doctor y á poco de haber andado encontramos á seis ó siete muchachos del pueblo [uno ó dos con guitarrillas] que andaban *paseando la luna.* Al pasar uno de

tantos me dijo: "chancletudo, haber un real." yo tuve la sandez de contestarle "que no quería." Tres de ellos, entonces, se me dirigieron, repitiendo: haber un real, dos armados con espadas y uno con puñal, yo les hice frente conteniéndolos con mi espada; pero conociendo que, al negarles el real, había cometido una imprudencia, porque el Coronel se fué retirando de allí con paso apresurado, y el pobre don Juan no venía en capacidad de ayudarme en mucho ó más bien, en nada. Yo con mi espada, dirigiéndola ya á uno ya á otro, procuraba contener á los tres muchachos, pero me principié á ver muy acosado porque N. "se mantenía dos ó tres pasos detras de mí "cubriéndome la espalda" como él decía, cuando posteriormente se hablaba de esta aventura. Estaba yo bien arrepentido de haber negado el real que me pidieron, cuando vi que dos de los muchachos, que no tenían arma corrieron al charco á buscar piedras, [*] y comprendí que estaba irremediablemente perdido, pues es sabida la destreza de los chapines para el manejo de la piedra, para salir de aquel peligroso lance, recurrí instantáneamente á la diplomacia, y bajando mi espada, presenté mi cuerpo indefenso dirigiéndome

(*) En ese tiempo no había en la ciudad charcos subterráneos.

á un joven vestido de negro, que parecía el más atrevido, al que dije "Ah! yo te conezco" ¿Quien soy? me contestó"—Tu trabajas para mí" le contesté.—"Es cierto patrón, y entre nosotros no nay novedad," replicó; "aquí está mi espada." Otro tanto me dijo el compañero y ambos me presentaron sus espadas. "Se nos había acabado el trago; estabamos alegres y por eso le pedimos un real, porque ya no teníamos; dispense patrón." Al oir esta explicación, los que buscaban piedras suspendieron su acción, y el del puñal se quedó inmovil. Yo, entonces, tomando un aire de protección, les dije: Hubieran explicado eso, muchachos" y metiendo la mano al bolsillo, saqué cuatro reales y dándoselos les dije: vayan á tomar un trago á mi salud. Don Juan también se llegó entonces, y sacando algunas monedas se las dió. La partida de jóvenes se retiró al punto, dando gritos de alegría, y cruzó por la esquina inmediata. Yo me quedé con la curiosidad de quien sería aquel joven, que convino en que trabajaba para mí. Pensando en esto estaba cuando fué atravesando á grandes pasos, con la espada en la mano y la capa terciada, el impertérrito Coronel, diciendo á voces "que estos pícaros se quieren burlar de nosotros! eso nó. "Cuando tal cosa ví y oí, no pude ménos de irritarme y con

muy mal modo le dije. "¿Dónde va Ud. á provocarlos para que vuelvan sobre nosotros, y salga Ud. de nuevo corriendo como ya lo hizo? Regrese Ud. en el acto. El Coronel sin darse por ofendido por mis duras palabras, dió media vuelta, y seguimos nuestro camino en santa paz de Dios, para dejar en su casa á don Juan N. quien estuvo muy cerca de perder el ojo, y nunca perdió las señales de las cuerdas y trastos de la guitarra que le quedaron estampadas para toda su vida.

En una casita inmediata vivía don Manuel Cerezo quien, habiéndonos oído pasar, salió á la ventana y nos refirió lo siguiente: Pivaral, Orellana y don Juan N. persistieron en ir al campo de Marte y cantar el *tabalito* á señor Romero; Cerezo é Irungaray se quedaron á distancia para ver el resultado. Al llegar al lugar designado, pasaban por allí dos oficiales de caballería acompañando á unas muchachas. El uno de los oficiales traía una guitarra que venía tocando. Parece que Orellana y N. se acercaron á las muchachas y comenzaron á camelarlas; los oficiales se irritaron y el que tenía la guitarra agarrándola por la caja dió á N. con ella el terrible golpe que se ha visto, haciendo astillas el brazo del instrumento en la sien izquierda del desprevenido N., con lo cual quedó

derrotado Orellana, que no era de armas tomar, salió huyendo, y en esa noche no se volvió á saber de él, Pivaral, que era valiente, empuñó la espada y entró en lucha con uno de los oficiales; pero con la desventaja de estar medio ebrio. Cuando los oficiales se retiraron, Cerezo é Irungaray llegaron al lugar de la contienda, encontraron en el suelo, gravemente herido á Pivaral, lo levantaron y llevaron á su casa: Pivaral tardó mucho en sanar. Aseguraba que estando batiéndose resbaló (ó tropezó) en una piedra; que cayó á tierra, y que ya en el suelo le hirieron; pero la exacta verdad nunca pude saberla. Estas pocas anécdotas podrán dar una idea de nuestras costumbres nocturnas en aquella época.

Pocos días después pasé al taller de mi zapatero para ordenarle que me enviase botas, y lo primero que ví fué al joven vestido de negro quien, sin levantar la cabeza mientras yo hablaba, trabajaba en su oficio. El próximo domingo, llegó á mi casa un aprendiz de la zapatería con mis botas, chapincito como de 12 años, sumamente vivo, y con el cual solía yo entretenerme platicando y antes de despedirse, me dijo: "Niño Miguel, Ud. es muy confiado; derrepente le pasa una mala mano". ¿Por qué dices

eso? repliqué yo, pero el chapincito se salió sonriendo y sin contestarme.

En uno de los capítulos anteriores, he hecho alusión al Canónigo don José María Castilla, persona que tuvo una alta posición social en Guatemala. Pertenecía á una noble familia española; (*) se crió en la corte de Carlos 4º en calidad de paje, y habiéndose dedicado á la Iglesia, con una canongía para Guatemala, donde llegó por el mismo tiempo que mi familia. Lo acompañó su madre y una hermana, fea pero bondadosa y que para Guatemala, cantaba bien. Castilla había tratado con alguna intimidad á mi familia en España, relaciones que conservó mientras vivió, sin variación alguna. Era de maneras perfectamente finas; un verdadero cortesano, muy telerante y servicial hasta la exageración. En estremo afecto á la sociedad, y á las diversiones á las que siempre asistía, con escándalo de la generalidad del clero guatemalteco que llevaba á mal el que Castilla concurriese al teatro y también á los bailes con vestido seglar, y rompiese el baile con un vals. Perfectamente despreocupado y con bastante ilustración, poseía una magnífica librería en la que se encontraban las obras de cuasi todos los

(*) Se decía, no se si con fundamento, que Castilla descendía de un hijo natural de don Pedro el Cruel, rey de Castilla.

libres pensadores modernos, las que prestaba con liberalidad á sus amigos. Yo tuve siempre toda su librería á mi disposición, facultad de que me aproveché constantemente. Con estas cualidades no estraño que Castilla fuese muy popular y querido de la generalidad de los guatemaltecos; pero no así del alto clero, el cual lo veía como á una especie de apóstata ó renegado, haciéndole en consecuencia una guerra sorda que hacia el año de 846, ya en plena reacción, le dió tantos sinsabores que al fin se decidió á salir de Guatemala. Mientras vivió la madre y estuvo á su lado la hermana reunía en su casa numerosa tertulia de ambos sexos; pero después de muerta la madre y que se ausentó la hermana por haber contraído matrimonio con un Capitán español que se retiró de Guatemala, su tertulia solo fué de hombres y aun ésta, con la espulsión del año 29, cuasi concluyó. Castilla, tenía sinembargo, un grave defecto que en su calidad de persona á quien se llamaba de cuasi todas las familias cuando había en ellas algun apuro ó lance desagradable; de aquellos en que hay interés de que no se evaporen, era de grave trascendencia: este era precisamente falta de secretos; defecto muy común en aquellos que, como Castilla, hablan mucho. No había, pues, con Castilla secreto, y ninguno sabía tantos co-

mo él que á la larga no se evaporase. Mi hermana mayor, que en su calidad de mujer era muy curiosa, y que, aún después de faltar la hermana de Castilla se tomaba la libertad de visitarlo, andaba siempre á caza de secretos. Algunas noches, no sabiendo que hacerme, solía entrar allí, y si lo encontraba solo, me acostaba en el sofá, mientras que él, paseando según su costumbre, hablaba sin cesar. Si lo que hablaba no me interesaba, pensaba yo en mis propias cosas; pero cuando decía algo que me pudiese descubrir ó revelar algún secreto, entonces todo yo me volvía atención. Un día estabamos varios en su casa, todos de confianza, y dijo Castilla señalándome: "este diablo, parece que no pone nada de su parte, ni tiene artificio alguno; viene á menudo, se acuesta en el sofá, y tiene un arte admirable para sacarle á uno lo que no quisiera contar ó revelar." Mi solo arte consistía en estarme callado y dejarlo hablar. A esto se agregaba, es verdad, el que Castilla sabía que yo no tenía costumbre de revelar lo que se me confiaba en reserva.

Castilla tenía su rabanillo en haberse criado en el palacio de Carlos 4º y en estar emparentado con muchas familias de la alta nobleza española; y en especial con la de los Guzmán; y si hubiera vivido en tiempo de Napoleón 3º no

habría perdido ocasión de hablar de "su prima Eugenia." Castilla en lo general era prudente, muy tolerante, y tenía mucha paciencia; pero si llegaba á perderla, su pesar no tenía límites, y tardaba mucho en aplacarse. Estas furias eran llamadas, ó se conocían con el nombre de "el mal" y así se decía: "le dió el mal al Canónigo Castilla." Esto acontecía rarísima vez; pero en los últimos tiempos le fueron los clérigos de tal manera agriando el genio que "el mal" le daba ya con más frecuencia.

Las monjas le llamaban á menudo para que las confesase, y cuando la confesión se alargaba, solía dormirse. Una vez la monja á quien estaba confesando echó de ver que estaba dormido, y dispertándole le dijo: "creo que su Señoría durmió." "Es posible," "le contestó Castilla" ¿Vuelvo á empezar la confesión? "No porque me vuelvo á dormir."

Castilla fué Diputado á la Asamblea Nacional Constituyente, y después lo fué también á la Constituyente del Estado que se reunió en 839, pero en ésta sirvió poco tiempo, habiendo renunciado el cargo. Era muy solicitado para predicar, y sus sermones improvisados gustaban por cierta elegancia en el modo de decir, y su agradable metal de voz.

Castilla se ausentó en 846 y murió en Madrid, creo en 848. Fué generalmente sentido por los guatemaltecos.

Hacía ya dos años que había yo vuelto de México y permanecía sin ocuparme en nada útil. Mi género de vida era propiamente el de un calavera, y lo peor era que no veía prospecto de que pudiera cambiarse ó mejorarse porque sin profesión alguna, ni capital para negociar, me era imposible trabajar con algún provecho. Yo había escrito á mi hermano mayor, que se hallaba en Guadalajara, manifestándole deseos de irme con él, siempre que hubiese probabilidad de tener allí alguna ocupación, y á principios de 834 recibí contestación en que me decía que tenía ya arreglado el establecimiento de una casa de comercio en el puerto de Mazatlán, y que podía irme allá donde tendría ocupación. Mi hermano Joaquín, también me invitó á que me fuese á México porque tenía cierto negocio pendiente, en el cual creía hacer una inmensa fortuna. Este hermano se mantenía formando proyectos, ó emprendiendo negocios, que en su opinión, lo harían millonario; pero los proyectos se desvanecían como el humo y los nuevos negocios nunca lo sacaron de pobre.

Con alguna dificultad conseguimos doscientos y pico de pesos, y escogiendo para mi viaje

á la capital de México la vía de Belize, en fines de abril de 834 me puse en camino, no sin bastante tristeza al dejar á mi familia, á mis amigos, y la vida de aventuras que llevaba en Guatemala. Pero me veo obligado á interrumpir mi viaje á fin de referir, aunque suscintamente los sucesos importantes que tuvieron lugar en el Salvador en los años de 33 y 34; sucesos según parece, provocados por la manera violenta é ilegal con que se procedió en aquel Estado el año de 832.

CAPITULO VI.

Administración que establece en 832 Morazán en San Salvador: persecuciones que ejerce.—Tribunal de lufidencia.—Prisiones y confiscaciones.—Los pueblos se sublevan en octubre del mismo año.—La sublevación gana terreno y se hace general.—Se persigue á las autoridades puestas por Morazán.—El vice jefe San Martín toma el Gobierno, y restablece el orden.—Sublevación de Aquino.—Alarma de Morazán.—Deja el Gobierno y se prepara á marchar al Salvador.—Pide auxilios al Gobierno de Guatemala y este se los niega.—El Senado desaprueba su marcha, la que sin embargo efectúa.—Benítez se subleva contra San Martín.—Es derrotado y se reune á Morazán en Ahuachapán.—Otro tanto hacen Menéndez y Angulo.—Pretendida misión de Morazán.—Desconfianza de los salvadoreños.—Morazán levanta gente y pide auxilio á Guatemala.—Los salvadoreños se preparan á combatir.—Aquino es deshecho, y posteriormente fusilado.—Morazán se retira á Metapam, y después á Jutiapa.—Convenio con el Gobierno del Salvador.—Este da un decreto convocando á elecciones de nuevas autoridades.—El decreto es declarado in-

constitucional por el Congreso Federal.—El Senado no sanciona el acuerdo del Congreso.—Morazán va á Comayagua y allí publica un manifiesto.—Se agita en todo Centro-América la cuestión de reformas á la constitución federal.—El Gobierno general se traslada á Sonsonate.—Azonada en San Salvador y muerte del Coronel Menéndez.—Se traslada á San Salvador el Gobierno federal y el del Estado se retira á Cojutepeque.—Acción del 25 de junio.—Triunfo de Morazán.—Persecuciones y venganzas en el Salvador.—Juicio de Marure.

Como ya indiqué en el capítulo 5º, la Administración que en 832, impuso Morazán al Salvador cometió con los vencidos toda especie de persecuciones, confiscando sus bienes y reduciéndolos á prisión. Los principales jefes, como se ha visto, fueron conducidos presos á Guatemala con el intento de juzgarlos militarmente, como traidores, y condenar á los cabecillas á ser pasados por las armas.

Morazán entre tanto, hizo elegir jefe del Estado del Salvador al vice-Presidente de la República, don Mariano Prado, y todas las demás autoridades se eligieron entre los enemigos de la Administración caída. Echó un préstamo forzoso de 100,000 pesos, repartido entre los vencidos, y como éstos, cuasi todos se hallaban presos ó huyendo, se confiscaron sus bienes, vendiéndose en pública subasta, para hacerlo efectivo. Prado, á más, formó un tribunal especial, llamado de infidencia, que perseguía sin responsabilidad á todos los que calificaba de

enemigos ó desafectos á la nueva Administración. Puede decirse que el Salvador pasó, aunque en pequeña escala, por los mismos sufrimientos que había pasado Guatemala el año de 829, haciéndose Morazán también allí responsable de las demasías y persecuciones que padecieron los vencidos. Pero en San Salvador estas persecuciones y medidas de rigor no dieron otro resultado que el de hacer aún más odioso al jefe Prado y demás autoridades, con excepción del vice-Jefe San Martín quien, á pesar de pertenecer á la nueva administración, por su conducta circunspecta y moderada, se había captado el aprecio público. Varios pueblos, y en especial los principales barrios de San Salvador, comenzaron á dar muestras de insubordinación y falta de respeto al Gobierno, y éste por su parte creyó vencer ésta resistencia con medios de rigor que solo sirvieron para exasperar los ánimos.

En ésta situación, y cuando medidas injustas y de suma severidad tenían ya dispuestos los ánimos á sublevarse, se dió un decreto de contribución directa (*) que debiendo pesar sobre todos, vino á ser la chispa que encendiera el combustible acumulado; y aunque Prado en un

(*) Decreto de 21 de agosto de 832.

largo manifiesto. procuró defenderlo, haciendo ver la necesidad que tenía el Gobierno de recursos, éste manifiesto fué mal recibido, siguiendo por todas partes, y en especial en la capital del Estado, los conatos de sublevación.

El 24 de octubre, á eso de las once de la noche, los barrios de la capital del Estado, armándose como pudieron, se dirigieron á la plaza mayor, sorprendieron algunas patrullas y se apoderaron de la guardia principal, cometiendo al mismo tiempo punibles excesos. Pero Prado contaba en la ciudad con algunas fuerzas, las que al mando de los coroneles Benítez y Menéndez, cargaron sobre las turbas sublevadas y en pocos minutos las dispersaron. Tres días después, Prado, de acuerdo con el Consejo, trasladó el Gobierno á Cojutepeque, después de dictar algunas medidas contra los supuestos jefes de los sublevados y mandó suspender la ley de contribución directa. Al mismo tiempo que tenían lugar estos sucesos falleció el Doctor Delgado consejero y apoyo principal de Prado.

La Asamblea fué convocada para la misma villa de Cojutepeque y después de su instalación y de haber confirmado la suspensión de la ley de contribución directa, decretó trasladarse de nuevo con las demás autoridades á la ciudad de San Salvador; y á pesar de que dictó varias

providencias con el fin de conciliar los ánimos, éstas solo sirvieron para inspirar más audacia á los que promovían un cambio de administración. En 14 de noviembre San Miguel se insurreccionó contra el Gobierno y éste envió á Benítez con alguna tropa á sofocar la insurrección, lo que efectuó sin mayor dificultad, desplegando en seguida tal despotismo militar que hizo aún mucho más odiosa la Administración de Prado.

Por este mismo tiempo, el pueblo de Santiago Nonualco, población grande de aborígenes, se levantó en masa acaudillado por Anastacio Aquino contra el Gobierno; obtuvo algunas ventajas sobre partidas de tropa que se enviaron á sofocarlo, y echándose sobre Zacatecoluca y otras poblaciones, esparció el terror y el espanto por todo aquel departamento. La guerra que hacía Aquino era de raza, procurando destruir tanto á los blancos como á todo ladino, sin perdonar á nadie. Izalco y Nahuizalco también se insurreccionaron contra el Gobierno y al mismo tiempo los barrios de San Salvador comenzaron otra vez á conmoverse, de manera que Prado tuvo que conocer que su presencia en el mando era incompatible con la paz y que le sería imposible dominar el movimiento que se hacía general en todo el Estado.

Dispuso, pues, separarse del Gobierno, extendió su renuncia y llamó para que ejerciese el ejecutivo al vice-jefe San Martín, retirándose él á Guatemala para activar el envío de auxilios que había pedido. La salida ó más bien huida de Prado, determinó á los consejeros, diputados y magistrados á hacer otro tanto, por no creerse seguros en medio de un pueblo de quien eran odiados. San Martín fué el único funcionario que se quedó tranquilo en casa. Entre tanto los barrios se amotinaron y exigieron del vice-jefe que convocase al pueblo para que en cabildo abierto hiciese sus peticiones. El vice-jefe accedió y aún ofreció asistir en persona á la junta; pero posteriormente se excusó con diferentes pretestos. El Comandante General Menéndez pidió autorización al vice-jefe para deshacer los agrupamientos del pueblo por la fuerza, y no habiendo accedido á ello San Martín, Menéndez formó su tropa, y sin pedir permiso ni autorización alguna, se puso en marcha en dirección á Ahuachapán. Los amotinados entonces ocuparon la plaza mayor, entraron á los cuarteles, tomaron las armas que en ellos hallaron, y se esparcieron por la ciudad saqueando algunas casas, en cuenta la del mismo San Martín, que se ocultó. Esto tuvo lugar el 9 de febrero de 33. El 10 se reunieron los jefes

de los amotinados, y acordaron nombrar nueva Municipalidad, un Comandante de armas, y reconocer la autoridad del vice-jefe San Martín. En consecuencia buscaron á éste, le hallaron en su escondite, y le obligaron á tomar el mando y á organizar el Gobierno. San Martín, bien que con bastante temor por lo peligroso de la situación, hubo de acceder á la voluntad del pueblo, y sin pérdida de tiempo comenzó á dictar providencias para restablecer el orden é inspirar confianza: ofició á todos los comandantes de los departamentos, participando lo ocurrido y dando instrucciones prudentes sobre la conducta que debían guardar: impidió en la capital toda persecución é hizo poner en libertad á varias personas que se habían reducido á prisión: desconoció las confiscaciones mandadas hacer por la administración de Prado: derogó los decretos relativos á préstamos forzosos, é hizo ingresar al erario los productos de la renta de tabacos y de alcabala marítima pertenecientes á la federación. Esta y otras medidas prudentes bastaron para restablecer el orden en todo el Estado, con excepción de Santiago Nonualco en donde Aquino mandaba como dictador, amenazando destruirlo todo. La posición de San Martín era sin embargo sumamente difícil, por que se encontraba sin fuerzas con que

combatir, tanto á la facción de Aquino, como á los jefes Benítez, Menéndez y Angulo que le eran hostiles. Tuvo, pues, de preferencia que aplicarse á levantar tropas tanto para contener á Aquino como para hacer frente á los mencionados jefes, para el caso de que intentasen atacarlo. Temió también que á Prado le suministrasen los auxilios que había pedido al Gobierno general, en cuyo caso le habría sido imposible sostenerse contra tanto elemento contrario.

La revolución del Salvador causó honda sensación en Guatemala. En el Congreso donde Prado tenía simpatías así com en el Ejecutivo federal, desde luego se condenó con acritud, opinándose porque sin pérdida de tiempo debía marchar una fuerza á reponer al jefe Prado y demás autoridades legítimas; pero en el Senado y en el Gobierno del Estado de Guatemala se manifestó una opinión contraria; esta divergencia de pareceres debía, por lo pronto, salvar á San Martín y á la revolución con la cual se había aquel vice-jefe identificado.

El Congreso invitó á Morazán á que marchase al Salvador con el carácter de pacificador, pero en el fondo, á reponer á Prado y demás autoridades que se calificaban de legítimas. Con éste motivo, Morazán se separó del mando y se alistó para salir en dirección del Salvador con

la poca tropa federal de que podía disponer. El Senado, autorizó la separación de Morazán del Ejecutivo; pero pocos días después, mejor informado de los sucesos y del verdadero intento del Presidente, retiró la autorización, y le manifestó lo inconveniente de su marcha al Salvador, llevando la poca fuerza federal que existía en la capital. Desde el momento que el Senado le retiraba el permiso para separarse del mando, y le desaprobaba su marcha, Morazán no podía llevar misión legal; pero éste, sostenido por el Congreso, no atendió á la voluntad del Senado. El Gobierno federal solicitó que el Estado de Guatemala diese auxilio para la pacificación del Salvador; pero Gálvez que no era hostil á la Administración de San Martín, se negó á ello. Más no por esto desistió Morazán de su intento. Publicó con fecha 7 de marzo, un manifiesto dirigido á los salvadoreños en el cual, al mismo tiempo que lisonjeaba al vice-jefe San Martín "quien, decía, era conducto legal y seguro de sus opiniones y deseos," sostenía: "que las autoridades del Salvador (hacía alusión á las de la adminstración de Prado) eran legítimas y que no era posible obsequiar la solicitud de renovarlas sin someterlas antes á la responsabilidad, (sic) y sin que fuesen los que han fungido judicialmente declarados antes

reos para ser depuestos." Más esta gran dificultad, agrega, ha desaparecido en parte por el generoso desprendimiento del C. Mariano Prado, en renunciar del destino; y desaparecerá del todo, porque igual disposición me prometo encontrar en los consejeros y diputados, contando con el ofrecimiento que me han hecho ya algunos de estos." En seguida da parte al pueblo salvadoreño de que va á tomar una inmediata intervención en sus negocios; que al efecto ha dejado el mando, y se dirige á Ahuachapán: que allí se reuniría la Asamblea (la que los sublevados habían perseguido) que ella tomaría en consideración la renuncia del jefe (Prado) la cual tenía ya en su poder, y que dimitirían en seguida los diputados (no habla de los consejeros) porque los sucesos han debido hacerles conocer lo oneroso de la carga. "Puedo por tanto aseguraros, agrega, de que el decreto de convocatoria á nuevas elecciones será dado y con él cerrará el cuerpo legislativo sus sesiones en Ahuachapán etc., etc." Lo restante de la proclama se dirigía á protestar de su buena fé é intenciones pacíficas, y á inspirar confianza á los salvadoreños, exagerando la admiración y afecto que profesaba á aquel pueblo" que se había hecho "glorioso" antes de encenderse entre ellos la negra tea de la discordia."

Sin aguardar Morazán el avenimiento del Gobierno del Salvador, se puso en marcha para Ahuachapán, llevando 85 hombres de fuerza federal y algun armamento. En Ahuachapán se le reunió Menéndez quien había desconocido al vice-jefe San Martín, y desde luego se ocupó en reclutar gente. Benítez que se hallaba en San Miguel y que al principio había reconocido al Gobierno de San Martín, lo desconoció después, marchó con su corta división al departamento de San Vicente, atentó, según se dijo, á los sublevados de Nunualco, fué atacado y derrotado por las tropas del Gobierno, y se retiró con los restos de su división, reuniéndose con Morazán, en Ahuachapán con 70 ú 80 hombres, que unidos á los que había podido levantar Menéndez, formaron cosa de trescientos. Pero como éstas fuerzas no le bastaban á Morazán para sus planes, pedía sin cesar auxilios al Ejecutivo federal, del cual había quedado encargado en clase de Senador don José Gregorio Salazar. Estos auxilios sin embargo, se dificultaban y Morazán no se encontraba bastante fuerte para dar un golpe sobre San Salvador. Entre tanto San Martín, había obrado con actividad y con prudencia: restableció el orden por todas partes; levantó cuantiosas fuerzas, y derrotó completamente al indio Aquino. Poco tiempo después

logró capturar á aquel jefe cruel y feroz y lo hizo pasar por las armas, quedando así concluida la sublevación de Nonualco, y escarmentados los aborígenes que en ella tomaron parte.

Las ofertas que Morazán hizo á San Martín, inspiraron á este gobernante alguna confianza, y en consecuencia ofició á los consejeros y diputados para que se reuniesen en el punto designado; pero la protección decidida que el Presidente dió á los jefes rebelados, Benítez, Menéndez y Angulo, incorporando en sus filas las tropas que éstos llevaron; la recluta que se hacía en Ahuachapán, y los auxilios incesantes que pedía á Guatemala, lo que no se ignoraba en San Salvador, hicieron abrir los ojos á San Martín y á todo el pueblo salvadoreño, y desde entonces ya no vieron en Morazán más que al enemigo que procuraba someterlos y castigarlos, como había hecho el año de 32, bien que en la actualidad, no encontrándose bastante fuerte, procurase engañarlos con palabras melosas y ofertas que no tenía intención de cumplir. San Martín en consecuencia, se preparó para la guerra, y aun situó una división en Opico. Pero al mismo tiempo dirigió una nota á Morazán haciéndole cargos, en la cual, entre otras cosas, le decía; "Vd. C.º Presidente, ha dicho al vice-jefe del Estado, que sus miras son de paz

y que no desea otra cosa que el restablecimiento del orden en el Salvador, y mi Gobierno ve con sentimiento que no sólo no se restablece el orden y la paz, sino que cada día progresa la alarma, que los pueblos se reputan en estado de guerra, no obstante la confianza que procura inspirarles el Gobierno. Porque, ¿cómo va á hacerse creer que no se trata de hostilizar al Salvador, cuando se reunen fuerzas sin tener para ello ni siquiera un pretesto ostensible? ¿Cómo hacer creer á los salvadoreños que se desea la paz, cuando ellos ven á Benítez reunido á la fuerza de Ahuachapán? ¿Cómo hacerles creer que se desea la paz, cuando ven venir de Guatemala un cargamento de fusiles y municiones? (*) El Gobierno del Salvador concluye protestando contra la permanencia de los disidentes en el territorio del Estado y agrega que "mientras lo ocupen no puede responder de los resultados."

En efecto, la conducta de Morazán en Ahuachapán era, no solo sospechosa, sino contradictoria y aún ilegal. Los coroneles Benítez, Menéndez y Angulo, criaturas suyas, habían desconocido al vice-jefe San Martín, alegando que no era legítimo; pero tanto Morazán como el Eje-

(*) Nota de Cisneros, de 19 de marzo, á Morazán.

cutivo federal no lo desconocían y trataban con él en concepto de verdadero jefe de aquel Estado. Siendo aquellos coroneles, militares al servicio del Gobierno salvadoreño, reconocido como legítimo por el Ejecutivo federal y por todos los gobiernos de los Estados de Centro América, los expresados jefes eran verdaderos reos dignos de un severo castigo. Y sin embargo, éstos reos no solo estaban protegidos por el Presidente Morazán, sino sirviendo á sus órdenes. Por otro lado, Morazán no tenía en el Salvador misión legal alguna, puesto que el Senado había desaprobado su marcha á aquel Estado, y negádole autorización para llevar consigo la fuerza federal existente en la capital. En tal concepto, Morazán no era más que un ciudadano particular, sin misión legal, y por consiguiente, sin derecho ni para hacer la guerra ni concluir convención de niguna especie. Pero el espíritu de partido no atendía á tan obvias razones.

En fines de marzo Morazán levantó el campo de Ahuachapán y se dirigió á Santa Ana. El objeto de esta marcha parece haber sido el hacerse en dicha ciudad de recursos pecuniarios, y ver si podía aumentar su fuerza para obrar contra el Salvador. Al llegar á Chalchuapa encontró comisionados del Gobierno salva-

doreño que traían la misión de hacer un arreglo pacífico de la cuestión pendiente, y al mismo tiempo reclamar á los coroneles Benítez, Menéndez y Angulo para ser juzgados en la capital del Estado. Por supuesto Morazán no había de entregar á sus propios agentes y partidarios, por más que el Gobierno del Salvador estuviese en su derecho al reclamarlos. Una división salvadoreña de 500 hombres (Morazán dice 300) se acercó á Santa Ana y ocupó Coatepeque; Morazán dice, en su manifiesto (publicado el 9 de julio en Comayagua) "que tiene fuerza suficiente para desbaratar esa división; pero que varias consideraciones, y en especial la de que su misión era de paz, lo determinaron á retirarse á Metapán." En ésta población tomó cantidades pertenecientes al erario del Estado é hizo alguna recluta; pero sabiendo que se aproximaba una fuerte división salvadoreña, se retiró á orillas de la laguna de Guija, punto fronterizo entre el Salvador y Guatemala, y talvez no considerándose allí seguro, continuó su retirada hasta Jutiapa. Al mismo tiempo escribió á San Martín aceptando con pequeñas modificaciones, las proposiciones de arreglo que aquel vice-jefe le había hecho, y envió á San Salvador á su Secretario Orellana para concluir y firmar el convenio. El jefe del Estado de Guatemala coad-

yuvó á que este arreglo tuviese lugar y en consecuencia situó en San Salvador un comisionado con este objeto. Según uno de los artículos de este convenio, la Asamblea y Consejo del Salvador deberían reunirse en Metapán con el sólo objeto de convocar á nuevas elecciones de autoridades del Estado y disolverse sin dar otra disposición. San Martín hizo, en efecto, la correspondiente convocatoria; pero ni consejeros ni diputados asistieron en número suficiente al llamamiento que se les hizo y la reunión no tuvo efecto. Al mismo tiempo, Morazán pidió una licencia temporal, y se retiró á Honduras. San Martín, creyendo que el intento del Presidente era procurar hacerse de recursos (como lo hizo en 32.) y volver á atacarlo, tanto más cuanto que uno de los artículos del convenio era que Morazán se retiraría á Guatemala, al cual artículo faltaba, no dió ya paso alguno para que se cumpliese el convenio, y solo pensó en prepararse para la defensa. Al mismo tiempo dió por sí un decreto mandando practicar nuevas elecciones para dotar al Estado de autoridades que fuesen la genuina expresión de la voluntad de los pueblos (*). Este decreto desbarataba los planes de Morazán, de Prado, y de sus partidarios.

(*) Decreto de 10 de mayo de 833.

En la capital de la República los dos cuerpos co-legisladores estaban divididos en opiniones con respecto á los asuntos del Salvador. Mientras el Congreso era hostil á la revolución que tuvo lugar en aquel Estado, y por consiguiente á la administración de San Martín, el Senado favorecía á éste y condenaba la conducta de Morazán y la invasión que contra su consentimiento había hecho al Salvador. El decreto de San Martín convocando á nuevas elecciones de autoridades fué mal recibido del Congreso, y por un acuerdo, se declaró inconstitucional, las elecciones que se hicieren, nulas, y las autoridades que se eligieren, ilegales. Para que este acuerdo tuviese fuerza de ley necesitaba de la sanción del Senado, más este cuerpo se la negó por unanimidad de votos, y en el dictamen de la Comisión se hacía el panegírico de la revolución que se efectuó en San Salvador, y de la conducta que había guardado el vice-jefe San Martín, condenando por consiguiente la de Morazán. Subsistiendo esa divergencia de opiniones entre los dos cuerpos, el Ejecutivo federal permanecía con las manos atadas, y todo lo que emprendiese Morazán, careciendo de facultades legales, no podría calificarse sino de atentados contra la Soberanía de los Estados.

En el Salvador se hicieron las elecciones para nuevas autoridades en el mayor orden; San Martín reunió en su persona todos los votos para jefe del Estado, y gobernó sin oposición alguna. La Asamblea que se eligió, instalándose el 26 de junio se hizo tan popular como odiosa había sido la de la administración de Prado. La política de Morazán fracasaba, pues, por completo en el Estado del Salvador. Este jefe, como ya se dijo, se había retirado á Honduras, y con fecha nueve de julio publicó en Comayagua un manifiesto en que se defendía de los cargos que se le hicieron con motivo de su expedición al Salvador y conducta allí observada, y condenaba la del Gobierno de San Martín. Este manifiesto fué contestado en el Salvador al parecer, victoriosamente, haciendo resaltar la falsía observada por el Presidente en toda su expedición. ¿Qué objeto tuvo la marcha de Morazán á Honduras? Los salvadoreños creyeron que fué á buscar recursos para volver á hacerles la guerra, y esta opinión se generalizó bastante en Centro América. Y es de notarse que Morazán no explicó, ni en su manifiesto ni en ningún otro documento, (al menos de que yo tenga noticia) la causa de ese viaje. Así trascurrieron varios meses sin suceso notable, y aunque algunos enemigos del Gobierno San

Martín hicieron una asonada en San Miguel, de cuya ciudad se apoderaron, ella no tuvo eco y los facciosos tuvieron que huir, lo que efectuaron después de robar algunos intereses.

No teniendo estas memorias un caracter histórico de Centro América omitiré hablar de los sucesos ocurridos en los demás Estados.

Hacía tiempo que en todo Centro América se había comprendido la necesidad de hacer reformas á la Constitución federal. En 832 y 33 esta cuestión se hizo más palpitante y en el Congreso, en las asambleas de los Estados y en la prensa de toda la Nación se trataba esta materia con calor; pero las opiniones estaban divididas, no sólo en la naturaleza de las reformas que debieran hacerse, sino también en la manera de iniciarse y llevarse á cabo. Los empleados federales, pulsando la dificultad de vivir en buena armonía con los Gobiernos de los Estados, celosos siempre del Gobierno general, que pretendía ejercer una soberanía cuasi absoluta; caréciendo por otro lado de recursos y fuerza para compelerlos á cumplir con sus deberes hacia la federación, pretendían que las reformas se dirigiesen á fortificar al Gobierno general á costa de la autonomía de los Estados. Estos, por el contrario, procuraban asegurar su soberanía y aumentar sus derechos, inclinándose en

consecuencia, á establecer una confederación. Aquellos deseaban que las reformas las decretase el Congreso federal; ó en su defecto una constituyente convocada ad-hoc; estos que fuesen acordadas en una convención compuesta de Delegados de los Gobiernos de los Estados. La manera en que cada partido quería que se efectuasen las reformas revelaba por sí sola la idea ó principio que en ellas había de predominar. El Congreso federal decretó ciertas modificaciones á la Constitución que no solo no fueron aceptadas por los Estados, sino que sirvieron de burla á gran parte de la prensa de Centro América. Los Delegados de los Gobiernos de los Estados por su parte convinieron en ciertas bases de reforma que también quedaron sin efecto. Así pasó todo el año de 33 sin que diese resulado alguno la agitación reformista que poco á poco fué calmándose.

A fines del año de 32, el Congreso autorizó al Ejecutivo para que, de acuerdo con el Gobierno del Salvador, señalase una de las poblaciones de aquel Estado para la reunión de la próxima Legislatura federal y en virtud de esta autorización, el Senador encargado de la presidencia designó la ciudad de Sonsonate para la futura reunión de las autoridades nacionales. En consecuencia, el 6 de febrero de 834 el Sena-

dor don José Gregorio Salazar, encargado del Ejecutivo, en unión de sus misnistros y otros funcionarios, salió de Guatemala en dirección á la que iba á fungir como capital de la República. La presencia de las autoridades, hostiles todas (con excepción del Senado) al Gobierno de San Martín debía ser, como fué, una amenaza permanente para dicho Gobierno, y en efecto muy pronto comenzaron sus enemigos á tramar conspiraciones y á fomentar revoluciones que, con la protección de Morazán, podrían terminar en la caida de San Martín y demás autoridades del Estado. En esa época yo viajaba en dirección á la República mexicana, y esta circunstancia, y la de no haber podido encontrar suficiente número de documentos relativos á aquellos sucesos me imposibilitan para referirlos con sus detalles, por lo que me ceñiré á decir lo indispensable.

El Gobierno general, desde Sonsonate, manifestó al de los Estados, que le enviasen algunos auxilios en tropas para dar seguridad á las autoridades nacionales amenazadas, según se pretendía, con motivo de los disturbios que comenzaban á sentirse en el Salvador. Si esta demanda tenía por causa un legítimo temor de que se atentase contra su independencia y libertad, ó si el sólo objeto fué aglomerar fuerzas

para encontrarse en aptitud de dar á San Martín el golpe de gracia, es difícil decirlo al presente; pero las apariencias y los resultados hacen pensar que los auxilios demandados tenían una mira hostil á San Martín. El Gobierno de Guatemala envió un escuadrón permanente al mando del mexicano Yañez, quien lo había formado y organizado. Ignoro si los otros Estados suministraron algunas otras fuerzas con igual objeto.

En 11 de mayo, hallándose preso (en la cárcel) en San Salvador, el Coronel Máximo Menéndez, se intentó una asonada para apoderarse de los cuarteles, y libertar á aquel reo, que, estando en el complot y preparado para la fuga, al intentarla, fué muerto por la guardia que le hizo fuego; al mismo tiempo, los facciosos fueron rechazados y perseguidos. En el mismo mes de mayo el Congreso se instaló en Sonsonate, y poco después decretó trasladarse á la misma Capital del Salvador, lo que verificó en principios de junio. Es de creerse que esta traslación ha de haber tenido lugar contra el gusto del Gobierno salvadoreño; pero probablemente éste no se atrevió á resistirlo. En consecuencia el Congreso prosiguió sus sesiones en dicha capital, trasladándose al mismo tiempo las autoridades del Estado á la Villa de Cojute-

peque. Desde este momento, sin embargo, el antagonismo entre ambas autoridades se hizo más patente, y las hostilidades no podían tardar en romperse. En efecto, después de algunas comunicaciones entre ambos poderes, que solo sirvieron para agriar más los ánimos, las tropas del Gobierno salvadoreño, en número de cosa de mil hombres, al mando del Coronel don José Dolores Castillo, de quien varias veces he hablado en el curso de estas memorias, atacó el 23 de junio la plaza de San Salvador, defendida por Morazán. La acción, que fué sangrienta, estuvo por algún tiempo dudosa, se decidió al fin en favor de Morazán, quien quedó herido de una mano. De parte de los salvadoreños murieron Castillo y varios otros jefes y oficiales, debiéndose talvez el resultado de la batalla, á la muerte del General en Jefe, porque es sabido el desaliento que se apodera de un ejército al tener noticia de haber acontecido tal desgracia. San Martín, después de la derrota, se retiró con cosa de 300 hombres en dirección á San Miguel; fué perseguido, alcanzado en Jiquilisco, y completamente deshecho. Después de esta victoria, como era natural, comenzaron las persecuciones y venganzas; y San Martín, que antes había sido reconocido por el Gobierno federal y por el de los Estados como

legítimo jefe del Salvador, fué después declarado faccioso, intruso y perseguido y juzgado como tal.

Marure en sus incompletas efemérides, lo único que dice con relación á los acontecimientos del Salvador en el año de 834 es lo siguiente: junio 23 "se empeñó un reñido combate en las calles de la ciudad capital del Salvador, entre las tropas del Gobierno de aquel Estado, que mandaba el Coronel José Dolores Castillo y la guarnición federal que existía en dicha ciudad á la orden del General Salazar. La refriega duró cinco horas, al cabo de las cuales la victoria se declaró en favor de los federales. Este acontecimiento dió lugar á un nuevo cambio en la administración pública del Estado del Salvador, en todo semejante al que se había efectuado el año de 32. Ambos fueron del Presidente Morazán, y tanto en este, como en el primero, los altos funcionarios del Salvador se vieron destituidos y proscritos en virtud de leyes emitidas "ex-post facto" (decreto del vice-Presidente de la República de 1º de septiembre de 34) se vió asimismo ejercido el Gobierno del Estado, primero por un General que tomó el título de jefe provisorio, y luego por el vice-Presidente de la República que tampoco tenía

para el ejercicio de éste destino, ninguna misión legal."

El que así juzgaba la conducta de Morazán, no era conservador ó reaccionario, sino un liberal de los del año 29, aunque más juicioso y menos apasionado que la generalidad de aquellos.

Poco tiempo después la ciudad de San Salvador y pueblos circunvecinos fueron declarados Distrito federal, permaneciendo allí las autoridades nacionales hasta la disolución del pacto federal en 839.

CAPÍTULO VII.

Mi salida para México.—Apuro en el lago de Izabal.—Nos baramos en la barra del río.—Mi viaje á Belize.—Llego á Veracruz.—Jalapa.—Ladrones en el camino.—Mi viaje á México.—Puebla sitiada.—Reacción clerical protegida por Santa Ana.—Mejía: su fin.—Mi hermano Joaquín.—Colonia guatemalteca.—Salgo para Mazatlán donde llego en compañía de don Luis Rivas.

En 1834 aún no había vapores que atravesasen el Atlántico. De Inglaterra venía todos los meses un bergatín ó barca-correo, para traer la correspondencia tanto á las Antillas inglesas, como á Centro América y México. Por consiguiente este buque correo, tocaba en Belize, de donde pasaba á Veracruz, y al regresar tocaba en la Habana. En este buque, que generalmente llegaba á Belize del 1º al 20 de cada mes, de-

bía yo embarcarme para continuar mi viaje á la República mexicana. Cuando llegué á Izabal, se me dijo: "que antes de 10 días no saldría ninguna goleta para el establecimiento inglés; pero que cerca de la boca de la laguna se hallaba un bergantín americano que estaba cargando caoba, el cual debía, de un momento á otro continuar para su destino, tocando en Belize: que esa misma noche salía un bongo para el punto en que se hallaba el bergantín, en el que podía yo tomar pasage." Así lo verifiqué, haciéndonos á la vela á eso de las once de la noche. Al día siguiente llegué donde estaba el buque, pagué mi pasaje, y supe que á los dos días nos pondríamos en marcha para la boca del río, donde sería necesario descargarlo para que pudiese pasar la barra en la cual cuasi nunca hay más de seis pies de agua, y el bergantín ya cargado, calaba al ménos ocho. Esto debía traernos mucha demora y comencé á arrepentirme de no haber aguardado á hacer mi viaje en la primera goleta que saliese de Izabal. A esto se agregó que desde que ví al Capitán del bergantín, se me hizo antipático.

En la tarde del día que llegué al bergantín, por haberme metido á hacer lo que ignoraba, me ví en un apuro, del cual llegué á creer que no saldría y que me había causado graves per-

juicios, y puéstome en una posición peligrosa. Al lado del bergantín vi una canoa de las que los naturales manejan con canaletes. Yo sabía remar, y dirigir un bote con el timón; pero manejar solo y sin ayuda, una de esas broncas y pesadas canoas con un canalete, como varias veces lo ví hacer, nunca lo había intentado, aúnque sí, medio conocía la teoría. Yo, sinembargo, me metí en aquella canoa y probé á manejarla sin alejarme del buque. Como estábamos en una pequeña ensenada, sin marejada, porque el viento, un tanto fresco, venía del lado de tierra, me pareció que podía hacerlo bastante bien, y con esta confianza me lancé fuera, y me alejé del bergantín cosa de una milla. Mientras el viento y la marejada me fueron favorables manejaba la canoa sin mayor dificultad, dirigiéndola á uno ú otro lado según mi deseo; pero cuando quise volver, teniendo que luchar contra ese mismo viento y contra la marejada que antes me habían sido favorables, conocí mi insuficiencia, y ví con desconsuelo que, lejos de adelantar, permanecía en el mismo punto ó talvez me alejaba de mi objetivo: redoblé de esfuerzos, pero sin éxito. Un gran temor me asaltó entonces: si como pronto sucedería, se me agotaban las fuerzas, el viento y la marejada me arrojarían á la costa opuesta, (punto in-

termedio entre Izabal y el Castillo, perfectamente desierto–á varias leguas de distancia de ambas poblaciones) y no habiendo en toda la orilla de la laguna ni habitantes ni camino, me encontraría estenuado de los mismos esfuerzos que en vano habría hecho para volver al bergantín; sin tener que comer, lejos de toda población, y expuesto á ser devorado por una fiera. En cuanto al Capitán Yankee del bergantín, no se había curado de averiguar cual era mi paradero, ó que suerte había corrido: mi pasaje estaba pagado y esto era lo único que le interesaba. Al ponerse el sol y cuando hacía yo estas tristísimas reflexiones, comenzó á amainar el viento, y por consiguiente á bajar la marejada. Esto reanimó mis cuasi perdidas esperanzas; hice nuevos esfuerzos, y aunque con dificultad, comencé á adelantar. El viento poco después, cuasi cesó del todo, y por fin conseguí llegar, ya de noche, á donde estaba el buque. Nunca en mi vida he trabajado con más ahinco, ni sudado tanto como en la hora y media que estuve luchando en aquella bendita canoa. En el bergantín nadie demostró haberse apercibido de mí ausencia.

Iban como yo, de pasajeros para Belize, un viejo Cónsul norteamericano, hombre con algún talento é instrucción, pero sumamente ex-

céntrico, y un joven dependiente de una casa fuerte de aquel establecimiento inglés. Al segundo día de haber yo llegado, se levantaron anclas y nos dirigimos á la boca barra donde se halla situado Livingston, nombre que poco antes se puso á aquella naciente población en honor del Legislador norte americano. Tardamos en llegar cuatro días porque en cuanto comenzaba la brisa de mar (y hubo día que entrase á las siete de la mañana) teníamos que anclar, y aguardar para seguir nuestra marcha hasta el día siguiente. En Livingston no había entonces otra población que dos ó tres familias, porque dos años antes, con motivo de la sublevación de Trujillo y Omoa, todos los caribes emigraron.

La barra estaba muy seca por ser la estación del año en que el río lleva menos agua. Comenzó pues, la faena de descargar el bergantín, lo que se hacía con suma lentitud, porque su tripulación era corta y á más, faltaban útiles de toda especie. Como mientras duró esta operación los pasajeros estabamos muy molestos y fastidiados, tomabamos diariamente el bote, el viejo Cónsul al timón y el joven dependiente y yo los remos, y nos ibamos á diferentes puntos de la costa ó del río, sucediendo que hacíamos verdadera vida de marineros. A la vuelta, el

Cónsul destapaba una botella de vino, de la cual traía provisión, y entre los tres nos la bebíamos. Como á bordo lo pasabamos muy mal, porque la comida era infernal, y á más, se enfermó gravemente el Capitán, con cuyo motivo él sólo ocupaba toda la cámara, discurrimos irnos unos días á un pequeño caserío situado en la costa, á dos millas de distancia, habitado por negros emigrados de Belize. Allí estuvimos tres días, comiendo plátano verde y pescado, cuando se podía cojer. Estando en aquel punto tuvimos el disgusto de ver pasar dos goletas que iban de Izabal para Belize. A cualquiera de las dos nos habríamos trasbordado si hubieramos estado en la boca. Aburridos al fin de tanta demora y de la mala vida que pasabamos en el bergantín, resolvimos, el joven inglés y yo, fletar una piragüita de un pescador de Livingston, y arriesgarnos á ir en ella á Belize. Como la piragüita era mala y muy pequeña el viaje era verdaderamente peligroso, y podía costarnos caro; pero preferimos esto á permanecer en aquel buque, con un capitán mísero, ordinario, ya enfermo, y sin prospecto de que concluyera pronto aquel tormento. Nos dimos, pues, á la vela en la piragüita, pudiendo apenas llegar, ya tarde de la noche á la punta de Marravique. Al día siguiente corrimos sobre la

costa, ocupada ya, aunque sin derecho para ello, por colonos de Belize, y llegamos á un punto en que vivía un negro, con alguna comodidad, quien atendió mucho al dependiente, haciéndonos el favor de proporcionarnos un bote con cubierta que manejaba su hijo, joven de cosa de veinte años, entendido en su oficio. Despachamos la piragüita, en la cual dudo que hubiéramos llegado á nuestro destino, y seguimos en el bote que, en comparación del anterior esquife, nos parecía una magnífica fragata. Tres días después llegamos á Belize; pero el paquete correo hacía ya muchos días que había pasado y tuve que esperar á que llegase el siguiente para continuar mi viaje. Afortunadamente éste llegó varios días antes de lo que se le esperaba; y á principios de junio me embarqué para Veracruz. El Capitán, que era un viejo oficial de la marina real inglesa, simpatizó desde luego conmigo, lo que me proporcionó un viaje muy á gusto, llegando al puerto de nuestro destino hacia el 10 del mismo mes. Procuré salir de Veracruz lo más pronto posible porque el vómito, ó fiebre amarilla, estaba dando con una fuerza horrible, y á los tres días llegué en diligencia á Jalapa, que se halla sobre el declive de la cordillera, á cosa de 3,700 piés elevada sobre el nivel del mar, y donde, al menos que yo sepa, nunca ha

llegado el vómito. Al llegar á Jalapa supe que tendría que aguardar dos ó tres días antes de seguir mi camino á México: la causa era la siguiente. En la República mexicana por más esfuerzos que en tiempos tranquilos se hacen para destruir el bandidaje, apenas comienza una nueva revolución brotan de nuevo, como por encanto, partidas de ladrones por todas partes, encontrándose éstas de preferencia en los caminos reales que conducen á las grandes ciudades y esta era en aquel tiempo la situación del país. En consecuencia, las diligencias que corrían entre Jalapa y México, eran infaliblemente robadas, al menos, dos veces en su tránsito; la primera vez antes de llegar á Puebla, y la segunda entre esta ciudad y México. A mi llegada á Jalapa había sucedido que el cochero que corría de esta población á Puebla, que era un joven norte americano, había sido herido por los ladrones, y no tenía allí de pronto la empresa otro con quien reponerlo. Este incidente me obligó á detenerme tres días. Jalapa es una bonita población y en el Hotel de diligencias lo pasé bastante bien, por lo que no me pesó la demora.

El Presidente de la República mexicana lo era entonces el General Santa Ana. Este había, dos años antes, asaltado la silla presidencial como je-

fe del partido liberal; pero así que se encontró en aquel alto puesto, resolvió "cambiar de casaca," y en consecuencia, representando una infame comedia, dirigió bajo cuerda un "pronunciamiento" (que, creo, se llamó de Cuernavaca) en sentido reaccionario y clerical en el cual se proclamaba al mismo Santa Ana como jefe destinado á salvar á la Nación de la anarquía y de la impiedad religiosa etc. Esta revolución, sin embargo, no se efectuó sin alguna resistencia. El General Mejía, de quien hablé en la primera parte de estas memorias, no entró en ella. Santa Ana lo mandó prender; pero Mejía pudo evadirse, llegó á Guadalajara, que no había secundado el plan de Cuernavaca, levantó con suma actividad fuerzas, y las vistió y medio organizó. Pero la mayoría de los mexicanos, influenciados por el clero en aquella época, muy poderoso en México, favoreció como era natural, el movimiento promovido por Santa Ana, y Mejía nada pudo hacer, viéndose en consecuencia obligado á emigrar. Algunos años después, intentando por uno de los puertos del Norte, una invasión para efectuar una revolución contra Santa Ana, fué derrotado, hecho prisionero y fusilado. Puebla, también había resistido el nuevo pronunciamiento, y á la sazón estaba sitiada por fuerzas reaccionarias, lo cual impedía

que las diligencias pasasen por aquella ciudad, viéndose los pasajeros obligados á desmontar en la garita, ocupada por tropa de la fuerza sitiadora, y rodeando por una vereda la ciudad, salir á la garita opuesta que está en el camino que conduce á San Martín Tesmeluca. Esta operación como se puede suponer, era molesta y acarreaba mucha demora.

Hacia el 20 de junio salí de Jalapa en la primera diligencia que se aprontó con la cuasi certeza de ser robados en el tránsito. Venían en la misma diligencia el famoso Doctor Jecker que volvía de Europa y á quien ya había yo conocido en México el año de 831, y tres franceses, uno, comerciante establecido hacía tiempo en la capital, y dos jóvenes que venían á buscar fortuna. Contra nuestra creencia llegamos á Amozoque, pueblo á tres leguas de Puebla, sin ser robados, y allí nos detuvimos con el objeto de buscar mulas ó caballos que nos sirviesen, desde la garita de la ciudad sitiada hasta San Martín, distante nueve ó diez leguas de la ciudad. En Amozoque tuvimos que pasar la noche. Por la mañana, mientras se alistaba nuestro viaje, trabé conversación con el dueño de una tienda de pulpería que se hallaba en el local donde habíamos pasado la noche, teniendo cuidado de hablar en alta voz á fin de que los

que por allí se acercaban pudieran convencerse de que yo no era extranjero ó gringo, como decían, porque la reacción clerical había promovido, un odio inmenso contra estos. Al dueño de la tiendita le pregunté cual era la causa de aquella revolución, y qué objeto tenía el plan de Cuernavaca, á lo cual me contestó "que al fin los mexicanos habían descubierto que les querían destruir la religión, y que eso no lo habían de tolerar; que Santa Ana había al fin abierto los ojos, y se había unido al partido religioso: que otra cosa que no querían en la República, era que viniesen extrangeros porque eran herejes y sólo venían á llevarse la plata." Lo que este pobre y bárbaro tendero decía lo repetían todos los de la clase del pueblo á quienes yo interrogaba, y el perillán de Santa Ana se había hecho jefe de ese partido, traicionando á los liberales que antes encabezó y lo habían elevado al poder; y no sólo los traicionaba, sino que se unía con sus más encarnizados enemigos, es decir, con los clericales y ultramontanos, con el fin de establecer un gobierno absoluto y personal. ¡Qué diferencia entre las ideas fanáticas y retrógradas que dominaban en aquella época en la vecina República, y las liberales y de progreso que pude observar en el año de 1870 que volví á visitarla!

Cuando llegamos á la garita de Puebla donde debíamos dejar la diligencia, y comenzar nuestra peregrinación al rededor de la ciudad para salir á la otra garita, en donde tomaríamos el camino que va á San Martín, ví que todos los individuos de tropa (milicianos) tenían un letrero en el sombrero que decía: "Viva la religión;" y al mismo tiempo nos tiraron una que otra pedrada. Yo me apresuré á hablar en alta voz para que comprendiesen que no era extranjero (error que provenía de mi vestido y en especial de no llevar el típico sombrero mexicano) y entré en conversación cón algunos, explicándoles: "que uno de mis compañeros era el famoso médico Jecker, quien volvía de Europa después de una corta ausencia; y otro de ellos, un francés que hacía tiempo se había establecido en el país, y estaba casado con una mexicana." Esta última circunstancia no era cierta, pero no creí degradarme" echando esta inocente y provechosa mentira. Esta tarea de conciliación con aquellos fanáticos no fué sin efecto, y las muestras de hostilidad cesaron con mis explicaciones. Rodeamos por malas veredas la ciudad, pasamos á la otra garita donde encontramos al principio la misma hostilidad, y después de una larga y penosa marcha, porque no habíamos podido conseguir más que dos malas

mulas, y nosotros eramos cinco, teniendo que irnos remudando en el uso de ellas, llegamos muy cansados, y ya cuasi de noche á San Martín Tesmeluca. Aquí también tuvimos que detenernos dos días aguardando diligencia que nos condujese, porque con motivo del sitio de Puebla habían dejado de correr; siendo lo peor el que se nos acabó el dinero. En la noche del segundo día llegó una diligencia que debía volverse á México sin seguir para Puebla. Esta diligencia había sido robada en Río Frío, que es lugar en que de ordinario acontece éste percance y en ella nos fuimos el comerciante francés, Jecker y yo, porque los otros dos franceses se habían ya puesto en camino á pié y llegamos á México en fin de junio sin novedad. Había tardado en mi viaje desde Guatemala más de dos meses.

En México encontré á mi hermano Joaquín, como siempre, sin dinero, pero lleno de ilusiones para lo futuro, teniendo en perspectiva por entonces un negocio que, decía, lo haría millonario. Esta ilusión se desvaneció como en el curso de su vida se desvanecieron muchas otras.

A mi llegada á aquella capital tuve el sentimiento de no encontrar á los señores Montúfares quienes se habían ido á San Luis Potosí: otros guatemaltecos también faltaban, unos por-

que fallecieron el año anterior, del cólera asiático, y otros porque, lo mismo que los señores Montúfares habían salido de la capital, para establecerse en otros puntos de la República; de manera que la colonia guatemalteca estaba disminuida.

Yo permanecí algún tiempo en México porque mi hermano mayor, á quien avisé mi llegada á aquella capital me contestó que "por algunos atrasos que había tenido no abriría su casa en Mazatlán hasta fines del año, y que entre tanto permaneciese en México;" pero se olvidó de acompañar esa orden de algún dinero y como mi hermano Joaquín se hallaba por entonces "á tres menos cuartillo," ó en otros términos, sin otro capital que algunas deudas (que pagar) mi permanencia en aquella ciudad fué un tanto desagradable.

En noviembre del mismo año, mi hermano mayor me envió algunos recursos y me ordenó irme á reunir con él á Mazatlán. A principios de diciembre salí de México en diligencia hasta Lagos, y de allí á caballo á Guadalajara. Esta ciudad era entonces, en número de habitantes, la segunda de la República. En ella hice una corta estadía, habiéndome alojado en la casa un íntimo amigo de mi hermano, y seguí á caballo á Tepic donde me recibió don José María

Castaños, rico comerciante español y socio de mi hermano en la casa que éste estableció en Mazatlán. Pocos días después se proporcionó en San Blas un buque que me condujo al puerto de mi destino, siendo compañero de viaje un, entonces, joven, don Luis Rivas, quien desde esa época, se hizo amigo mío. Me parece que fué el 1º de enero de 835, que abrazaba yo á mi hermano en Mazatlán.

CAPÍTULO VIII.

Mazatlán.—Su propiedad.—Causa de ésta.—Contrabando con anuencia de la Aduana.—Como se hacía el arreglo entre el comerciante y la Aduana.—Mi primer tiempo en Mazatlán.—Choque con mi hermano, que se arregla.—Bonanza de Guadalajara y Calvo.—Me propone mi hermano ir al mineral y acepto en compañía de un caballero de Guadalajara.—Paso á Durango.—Alacranes en esta ciudad y en otros puntos de la República muy venenosos.—Mi viaje de Durango al mineral.—Situación de éste.—Veta estupenda.—Como fué encontrada, y por quienes.—Construímos casa y abrimos tiendas.—Manera de comprar de los mineros en las bonanzas.—Costumbres relajadas de éstos.—Llega mi hermano al mineral.—Me vuelvo á Mazatlán quedando dueño de media barra en la mina.—Deseo volver á Guatemala, se proporciona una goleta para Istapa y me embarco el 1º de agosto.—Mi viaje á dicho puerto.—Peligro que corro al desembarcar.—Causas de este peligro.—Mi llegada á Guatemala.

Mazatlán, en tiempo del Gobierno español, no había sido puerto habilitado y por consiguiente no tuvo importancia alguna. Poste-

riormente se le habilitó para el tráfico exterior y comenzó á tomar importancia, haciéndose en pocos años centro de un comercio extenso. Para entender las causas de su auge, es necesario entrar en ciertos pormenores relativos á las leyes fiscales de aquella República, y á la manera como éstas eran observadas y cumplidas. Los derechos que, según la ley, debían pagar los efectos extranjeros á su introducción á la República eran de tal manera crecidos que naturalmente habían de dar un gran aliciente para defraudarlos, y este era el objeto de todo comerciante. Pero organizar el contrabando en grande escala sin la cooperación de los empleados de la Aduana es verdaderamente imposible. Los comerciantes, pues, tenían necesidad de coechar á dichos empleados para establecer ese tráfico clandestino, y en cuasi todos los puertos lo conseguían, porque no era fácil que empleados que vivían en lugares, por lo regular de mal clima, donde todo es siempre caro, dotados con sueldos comparativamente mezquinos, resistan á la tentación de hacer en pocos años una buena fortuna. Que si en alguno de los puertos, como sucedió en ese tiempo en San Blas, alguno de los principales de la Aduana, ya fuese por timidez ó por pundonor, se negaba á prestarse á aquel fraude, nada ganaba en ello el era-

rio, porque los buques que allí hubieran llegado, se dirigían á otro en que la Aduana fuese de más blanda composición.

En Mazatlán hacía años que los empleados de la Aduana tenían connivencia con las casas de comercio ya establecidas, connivencia que se mantenía el año de 840 que fué el último que allí estuve, y de aquí el gran incremento que en pocos años tomó aquel puerto, al que también favorecía el que su clima no fuese enteramente malo. El orden era el siguiente: supongamos que llegaba un buque cuyo cargamento surtido tenía de costo en Europa 200,000 pesos; los derechos, con corta diferencia, importaban una suma cuasi igual. Desde luego el comerciante procuraba engañar al Administrador y demás empleados, presentando, como verdadera, una factura falsa del cargamente que venía. El arreglo entre el comerciante y la Aduana (por medio del Administrador) era poco más ó menos el siguiente: en ese cargamento en que los derechos importaban cosa de 200,000 pesos, pero en cuya factura falsa, que se mostraba al Administrador, como verdadera sólo aparecía que ascendía á unos 180,000 pesos, se convenía en presentar un manifiesto en que la mayoría de los efectos fuesen de aquellos que menos derechos debían pagar y que el monto total de es-

tos subiese á 32 ó 33,000 pesos. Los empleados de la Aduana se repartían otra suma igual, y lo restante lo ahorraba el comerciante. Resultado final: el fisco percibía la sexta parte de lo que debía recibir; los empleados de la Aduana se repartían otra sexta parte, haciéndose el reparto en proporción á la categoría de cada uno de ellos, y llevándose el Administrador la parte del león; y el comerciante ahorraba las dos terceras partes. En los cargamentos pequeños, no podía sacarse tantas ventajas como en los grandes. Cuando el vista era astuto, procuraba pillar el fraude que el comerciante hacía en la Aduana, lo que sólo le era posible en uno que otro artículo, y en éste caso lo manifestaba en privado al dueño del cargamento, quien se veía obligado á gratificarlo con una suma, en proporción al fraude encontrado, suma de la cual no participaban ni el Administrador, ni los demás empleados. Así, pues, la Aduana en general, engañaba al Gobierno; el vista al resto de la Aduana, y el comerciante los engañaba á todos. Lo que aquí refiero es lo que pasaba entre mi hermano y la Aduana, é indudablemente, igual negocio hacían las demás casas allí establecidas, puesto que todos vendían á los mismos precios, y se enriquecían. De aquí, la gran importancia que en pocos años adquirió aquel

puerto, el cual llegó á surtir de efectos á una buena parte de la República. Estos son los resultados que, infaliblemente, dan tarifas excesivas ó exageradas que presentan á los empleados de las aduanas la perspectiva y el aliciente de enriquecerse en pocos años, acostumbrando, además, á la gente á ver que se hace un fraude que se califica de benéfico, por cuanto él viene á corregir el error é injusticia del legislador, al intentar recargar demasiado los impuestos.

Mazatlán, al tiempo de mi llegada (1º de enero de 835) tendría una población de 1,500 ó 1,600 habitantes, población que fué considerablemente aumentando de año en año. Su clima, si no es enteramente bueno, tampoco es malo. Su rada es peligrosa, por hallarse abierta al Sudeste, que es precisamente el rumbo del cual suelen soplar fuertes temporales. Los meses más peligrosos son, septiembre y octubre, especialmente este último. El comercio de importación lo hacían seis casas, siendo la de mi hermano, en el tiempo que permanecí en aquel puerto, la que hizo más negocios.

Mi permanencia en Mazatlán el primer año no tuvo nada de agradable. Sin tener parte en los negocios de la casa, y por consiguiente, sin perspectiva de hacer fortuna, con poca afición á los trabajos que mi hermano me exigía, el

cual como ya he manifestado, era absoluto y exigente, mi vida debía ser allí molesta y sin atractivo alguno. En efecto, á poco de estar allí, tuvimos un desagrado, que apesar de lo difícil de mi situación, me decidió á separarme de su lado. Pero mi hermano conoció que se había propasado, y me escribió exigiéndome que volviese á la casa, y que olvidase lo sucedido.

Por los puertos de la República mexicana cuasi toda la exportación consistía en metales preciosos, en especial el de plata. Esta exportación no era permitida sino en moneda acuñada, pero por Mazatlán la mayor parte se hacía en pastas, en lo general ya quintadas, de acuerdo con la Aduana. Como en aquella República el derecho de acuñación era muy fuerte (en la plata de 6 $\frac{1}{4}$ % y en el oro una fracción menos) el comercio reportaba utilidad en hacer sus retornos en dichas especies, cuasi todas ya quintadas, las cuales recibían en pago de los efectos que vendían á los comerciantes del interior, por que teniendo éstas un valor legal, todos los pagos se hacían en ellas. Por Mazatlán, á más del oro y de la plata se exportaba palo de tinte, muy abundante entonces en los bosques. Las cosas que sirven para el sustento diario y las comodidades de la vida eran allí

caras, escasas y de mala calidad. Con el tiempo, algo se mejoró en este particular. La gente era en lo general alegre y amiga de divertirse, y en los meses de abril y mayo venían muchas familias del interior, en cuyos meses las diversiones se hacían más frecuentes. Las costumbres no brillaban por su moralidad; pero la población vivía en paz y buena armonía, pudiendo decirse que, en lo posible, los habitantes eran felices.

Hasta el año de 840, que fué el último en que visité á Mazatlán, no había en aquel puerto, que ya entonces contaba cosa de 5,000 almas, ni cura, ni Iglesia, y la gente no se apercibía de esta falta.

El año siguiente al de mi llegada á Mazatlán, principió á causar mucho alboroto una gran bonanza ó mina nueva, sumamente rica, que se había descubierto recientemente en la Sierra Madre, en territorio de Chihuahua. Estaba situada en lo más agreste y despoblado de la Sierra; pero lo que se contaba de su riqueza era tal, que trabajadores y comerciantes en todo ramo comenzaron á afluir á ella, y en poco tiempo se formó una población en medio de aquel desierto, á una muy considerable altura sobre el nivel del mar. Yo hice un viaje á Tepic á pasar allí un carnaval, y á mi vuelta mi hermano me propuso que fuese con efectos á ese mi-

neral, en negocio en compañía de un caballero de Guadalajara, Herrera de nombre, quien había sido gobernador de aquel Estado, y al cual don José María Castaños, socio de mi hermano, deseaba proteger. Me resolví, pues, á hacer ese negocio el cual, aunque tuviese sus penalidades, me presentaba prospecto de hacer fortuna. Tal vez al lector no le desagradarán algunas noticias y pormenores de como son esas *bonanzas* y de las costumbres de los mineros en ellas.

Mi futuro compañero había ya marchado para aquel mineral que le se puso por nombre Guadalupe y lo hizo con el fin de fabricar una casa sin demora y de que cuando llegasen los efectos se encontrase, si posible era, ya instalado, y abrir una tienda. Yo, en vez de tomar para aquel punto por la vía más directa, que es pasando por Culiacán, capital del Estado de Sinaloa, distante de Mazatlán cien leguas, me dirigí primero á Durango con el objeto de llevar moneda de plata, siempre escasa en Mazatlán. Mi hermano había contraído el compromiso de pagar en aquel mineral $10,000 pesos en dicha especie, y de no verificarlo tendría que abonar un interés de 10% mensual. En una de esas bonanzas este premio no se considera absurdo. En fines de abril me puse en camino para la mencionada ciudad de Durango, en compañía

de Juan Parrot, socio de una casa de comercio de Mazatlán, y actualmente riquísimo banquero de San Francisco de California. El camino atraviesa la Sierra Madre por esa parte de la República, muy ancho y completamente desierto; por lo que se hace necesario dormir algunos días en despoblado. En esas cumbres, el frío es intenso, en especial en la madrugada, y como no llevábamos tiendas de campaña, las noches se nos hicieron molestísimas. Tardamos en llegar á Durango seis ó siete días y en aquella ciudad nos alojamos en casa de nuestro corresponsal, alemán, allí establecido, y á quien hace cuatro años ví en Bronn retirado ya de los negocios.

Durango era una bonita población, situada al lado de la Sierra Madre, de unos veinte y tantos mil habitantes. Tiene, sinembargo, la plaga de que apesar de estar cosa de 6,000 piés sobre el nivel del mar, hay tal abundancia de alacranes venenosos que cierta estación del año, en que esos bichos abundan, se hace la permanencia en la ciudad para las familias que tienen niños, sumamente peligrosa, porque cuando éstos son picados, rarísima vez escapan con vida, y aun los adultos, sino son atendidos eficazmente, corren peligro de morir. En la República mexicana hay muchas localidades en que el piquete del alacrán es mortal, en especial para los

niños. Un hermano mío, vió en el Rosario, población del Estado de Sinaloa, morir á un trabajador en pocas horas después de ser picado, y otro hermano vió igual cosa en Acapulco. Pero los más afamados de todos son los de la Loma del Toco, á pocas leguas de Tepic. Un sobrino mío me ha asegurado que pasando con tropa por ese punto, vió morir á un soldado *en pocos minutos* quien procurando matar con una piedrecita á uno de esos diminutos alacranes, fué picado en un dedo. En ninguna parte de Centro América existen, al menos que yo sepa, alacranes cuya picada cause la muerte de un niño, y mucho menos de un adulto. Qué razón haya para que en aquella República sean tan venenosos, sería motivo digno de estudio. En Durango, la abundancia de ese bicho en cierta estación es tal que la policía comisiona muchachos para que los cojan, pagándolos á seis, ocho ó diez por medio real, (según es la abundancia) y emplea en esto, todos los años 1,500, ó dos mil pesos. Lo más singular es, según se me aseguró, que al atravesar un arroyito que se halla al salir de la población, desaparecen los alacranes.

Después de haberme hecho en Durango de la moneda que debía llevar, y comprado algunos objetos que necesitaba, me puse en camino para

el mineral, acompañado de dos buenos criados que saqué de Mazatlán, y de otros cuatro mozos que me consiguió allí nuestro corresponsal, todos perfectamente armados, á fin de estar en aptitud de resistir el asalto de una partida de ladrones. Pero los cuatro criados que saqué de Durango muy luego se me hicieron sospechosos, de manera que no sabía ya á quien temer más, si á mi propia escolta ó á las partidas de ladrones.

La distancia de Durango al mineral será, á lo que recuerdo, de unas 150 leguas, y la mayor parte del camino va por un hermoso y fértil valle á la orilla de la Sierra Madre, pasando por ricas haciendas, que muchas de ellas pertenecieron al Conde de Guatimapé, pero que en época á que me refiero había ya pasado á sus hijos. Posteriormente estas haciendas han sido arruinadas por las invasiones de indios bárbaros, los que al mismo Durango han puesto más de una vez en conflicto. Después de costear la Sierra Madre por más de cien leguas, encontrando en el tránsito tan sólo haciendas ó pequeñas aldeas, subí á la misma Sierra, caminando por su despoblada cumbre tres días, hasta llegar al mineral. Este estaba situado en un lugar agreste, á una fuerte elevación sobre el nivel del mar, y por consiguiente muy frío en

invierno; pero la fama de la riqueza de la veta, ó vetas, porque en efecto eran varias reunidas en una sola, habían atraído allí una población considerable. La manera como esta famosa veta se descubrió fué la siguiente. El río que baja, por aquel punto, de la Sierra traía muchos granos de oro; varios mozos de los que en él lavaban arenas para recoger el oro, habían buscado la veta que, en semejantes casos, se supone surte al río de esos granos. Los que procuraban hallar la veta llegaban hasta un salto del arroyo, pasado el cual dejaban de encontrar oro. Naturalmente buscaban por allí, haciendo *tientas* ó ensayos de uno y otro lado, aunque por mucho tiempo sus esfuerzos fueron vanos. La veta, sin embargo, estaba no sólo á la vista, sino descubierta en varios puntos hasta una altura de más de veinte varas; pero estaba tan ennegrecida superficialmente que no se sospechaba que ella fuese la veta que suministraba granos de oro al río. En un reconocimiento que hicieron 12 trabajadores, uno de ellos al fin arrancó un pedazo de aquella, al parecer, roca, y resultó que aquella piedra era un rico metal de oro. Entonces estos doce trabajadores denunciaron la mina, y siendo "nuevos descubridores," y proponiéndose "trabajarla en compañía," se les concedieron cuatro "pertenencias,"

ó sean 800 varas de veta corrida, que es lo que previene la ley. La mina era de oroche, es decir, que el metal contenía al mismo tiempo oro y plata; el oro era, generalmente, de ley 13 á 14 quilates, y las lamas que quedaban se beneficiaban por azogue para extraerles la plata, la cual también sacaba alguna ley de oro. De las vetas allí reunidas, en unas predominaba más el oro que en otras. Según la ley española, que era la que regía en la República mexicana, las minas se dividían en 24 partes, que se llaman barras, y por consiguiente, á cada uno de los 12 descubridores le tocaron dos baras. Como una gran parte de la veta sobresalía de la superficie del cerro, los dueños, siendo pobres y no pudiéndola trabajar toda á un tiempo, daban esa parte á trabajar "á partido," señalando á los que lo pretendían un trecho de cuatro á seis varas, en el cual el arrendatario trabajaba por su propia cuenta; pero con la obligación de dar á los dueños (ó amos) la mitad del metal que sacasen. En esto había fraude, no tanto en la cantidad del metal que entregaban, cuanto en la calidad, porque siempre se reservaban el mejor ó más rico. Estos trechos se llamaban "descargues," y en una extensión de más de 200 varas la veta fué dada en este concepto. A más, pues, de los 12 dueños primitivos, había otros

cuarenta ó más mineros que en estos descargues trabajaban por su propia cuenta, y sacaban semanariamente algún oro, más ó menos, según la riqueza que le había tocado en el descargue que le designaron. El precio en que se vendieron algunas barras al tiempo de mi llegada al mineral fué el de 700 pesos cada una. Mi compañero compró para mi hermano una en este precio, y después compramos otras dos aún más baratas. Este precio parecía entonces ínfimo porque según la riqueza que aparentaba contener la veta, se creía, por los más grandes inteligentes, que dentro de algunos años cada barra valdría, por lo menos, 100,000 pesos. Nada da, sin embargo, tantos chascos como las minas, y así sucedió en ésta, al parecer, tan famosa, en la cual las barras ó acciones, en vez de ir con el tiempo subiendo en valor, fueron por el contrario, bajando de precio y disminuyendo la riqueza de la mina. Cuando yo llegué al mineral, mi compañero comenzaba á construir la casa que, como constaba de lo muy necesario, en poco tiempo se terminó, y cuando llegó nuestra carga pudimos abrir la tienda sin demora. En una bonanza en que hay tantos mineros que trabajan á partido y en que por consiguiente circulan con mucho oro y plata, el expendio de efectos en una tienda es agrada-

ble porque aquellos mineros, y aún los simples barreteros y demás trabajadores, nunca regatean el precio que por ellos se les pide; y por el contrario amenudo hacen entender al vendedor que el precio que piden por tal ó cual artículo es barato, porque en otras tiendas, siendo de peor calidad, se halla más caro; sucediendo, á más, que siempre compran más de lo que necesitan. No sucede lo mismo con el oro ó plata que van á vender, en el cual regatean el precio, y también engañan al comerciante cuando pueden. Pero, por regla general, nada adelantan con sacar en una semana oro ó plata por valor de cien ó doscientos pesos, porque en uno ó dos días ya no tienen un real, sea que lo han jugado ó gastado en orgías. Las poblaciones mineras de metales preciosos se distinguen siempre por su falta de moralidad, economía y buenas costumbres. En mi opinión la riqueza minera de metales preciosos es una calamidad para un país.

Hacia fines de octubre mi hermano mayor llegó á Guadalupe y Calvo á fin de examinar por sus propios ojos el mineral, y el negocio que allí teníamos. Habiéndose ya comprado algunas barras ó acciones de la mina, el interés que en ella tenía era grande. Yo me alegré sobre manera de su llegada porque aunque con

mi compañero, no había tenido ningún desagrado serio, llegué á comprender que no haríamos buena junta. Entendido esto por mi hermano, me propuso que volviese á Mazatlán, cediendo mi negocio á Herrera; que yo quedaría dueño de la última media barra comprada en esos días, y que el negocio de la mina quedaría manejado por el mismo Herrera, supliendo entre tanto mi hermano el dinero necesario para los gastos mientras esa negociación comenzaba á producir. Yo acepté gustoso esta propuesta porque tenía tal concepto de la riqueza de la mina, que creía firmemente que aquella sóla media barra constituiría con el tiempo una riqueza. Al mismo tiempo salía yo de aquel embrión de población, situado entre cerros y asperezas, en un desierto y con un clima horrible. Indudablemente, quedándome en aquel mineral, yo habría hecho en pocos años fortuna, pero preferí mi bienestar, y renuncié al prospecto de la riqueza futura. Al principiar, pues, noviembre, salí de Guadalupe y Calvo en unión de mi hermano, y pasando por Culiacán, capital del Estado de Sinaloa, llegamos al puerto á mediados del mismo mes.

A poco de estar de vuelta en Mazatlán se me avisó el deseo de volverme á Guadalupe, y contando con algunos recursos, bien que no mu-

chos, resolví satisfacer mi deseo. Mi hermano mayor y yo no hacíamos muy buena junta. Como ya he manifestado él era exigente, dominante y absoluto, y yo enemigo del trabajo, independiente hasta el exceso, y nada sumiso. Formé, pués, la resolución de volverme á Guatemala en cuanto se me proporcionase un buque que me trajese á Iztapa, ó por lo menos á Acajutla, cosa que no era fácil porque entre nuestros puertos y los de la costa mexicana no había comercio alguno, nacido esto de que aquel Gobierno ha tenido siempre la manía de ser "proteccionista," y como en aquella República se produce lo mismo que en Centro América, azúcar, café, tabaco y demás frutos intertropicales, prohiben la introdución de dichos frutos para proteger á los del país, resultando que, por ejemplo en Mazatlán, donde podían haber consumido azúcar de Sonsonate y Santa Ana á tres pesos arroba, y café de Costa Rica, á 14 ó 15 pesos el quintal, les costaba su azúcar nacional de 5 á 6 pesos la arroba y su café, de inferior calidad, treinta ó treinta y dos pesos. La población pues, pagaba estos artículos el duplo de lo que los habría pagado con alguna franquicia comercial; pero en cambio tenía el honor de no consumir productos extranjeros.

En el mes de julio de 837, se anunció que una goleta inglesa que se hallaba en Mazatlán, al regresar para Inglaterra, tocaría en Iztapa á fin de desembarcar allí á Mr Aslutchead, caballero inglés establecido en México, y que pasaba á Guatemala á negocios propios. Aprovechando esta coyuntura tomé pasaje en ella y nos hicimos á la vela el 1º de agosto, debiendo tocar en San Blas para dejar en ese puerto á mi hermano que se dirigía á Tepie. En San Blas donde estuvimos un día, recibimos á nuestro bordo á don Pedro R. de Negrete, jovencito entonces que iba á reunirse con su padre, residente á la sazón en San Salvador, según creo, en calidad de Cónsul del Ecuador. El Capitán de la goleta era un joven inglés instruido en su profesión, de excelente carácter, é intrépido como son en lo general los marinos. Desde los primeros días simpatizamos y fuimos amigos. La estación en que hacíamos aquel viaje era malísima en esta costa. Desde junio hasta fin de octubre soplan amenudo temporales, se sufren tormentas tremendas, y los chubascos son frecuentes y muy fuertes. Apesar de lo malo de la estación, las cualidades que desde luego observé en el Capitán me hicieron concebir que el viaje sería agradable. Una circunstancia tan sólo me infundió algún recelo: el Capitán, ya fuese

que confiase demasiado en la construcción de su goleta, ó ya que habiendo navegado muy poco entre los trópicos no conociese la fuerza con que en esas latitudes soplan habitualmente los chubascos, tenía la peligrosa costumbre de dejarse sorprender de ellos sin acortar previamente vela, y en especial la mayor, como acostumbran hacerlo los capitanes precavidos, y como siempre se lo había yo visto hacer al Capitán Chasteau la primera vez que me embarqué. En las goletas y balandras, esta precaución es mucho más necesaria que en los buques mayores de aparejo redondo, porque, si aquellas, por la fuerza del viento se tumban demasiado sobre uno de sus costados, el timón ya no funciona, y en este caso se hace imposible arriar la mayor. Viendo yo, pues, que en este punto, el Capitán era un tonto falto de precaución, valiéndome de la familiaridad que entre los dos pronto se estableció, un día le indiqué mis temores; pero me contestó que no tuviese cuidado, y no atendió á mis insinuaciones. No debían sin embargo, pasarse ni tres días sin que reconociese la justicia de mis observaciones.

El cargamento de la goleta era de palo de tinte. En las oquedades de este palo se anidan muchos alacranes los cuales, sin duda por el mucho calor, procuran salir en busca de fresco.

Desde los primeros días de navegación maté dos de estos venenosos bichos en mi camarote, lo cual me lo hizo tomar en horror, y determiné dormir sobre cubierta. Las noches en que el tiempo era bueno, la estancia sobre cubierta era agradable; pero en los que había tormenta, ó chubascos, lo que era muy frecuente, lo pasaba mal. Una noche ibamos corriendo un medio temporal, el que, amenudo, se agravaba con fuertes chubascos. El viento soplaba el sudeste con mucha marejada. Yo estaba acostado cerca del timón, viendo con disgusto que el Capitán se dejaba sorprender por los chubascos sin acortar previamente vela. Los timoneles se cambian, creo, cada dos horas. En uno de estos cambios, tomó el timón un joven marinero perteneciente á la tripulación de un bergantín americano que se había perdido en Mazatlán, y que iba, en unión del Capitán y Piloto simplemente de pasajero en nuestra goleta. La noche era muy oscura y el Capitán, que se hallaba á la mitad del buque, desde donde daba las voces de mando, no podía ver lo que hacía el timonel. En esto viene un fuerte chubasco que cogió á la goleta con todas sus velas: ¡orza! gritó el Capitán; pero el joven marinero, que nunca había navegado en goleta sino en buques de aparejo redondo, pasó la caña del timón al

lado opuesto del que debía. Yo, que por estar acostado cerca de él, ví su error, principié á gritarle desaforadamente: orza ¡orza! y el joven, con mis gritos, pasó la caña al otro lado; pero aunque el error se enmendó con alguna prontitud, esta no fué tanta que la goleta no se tumbase lo suficiente para que se hiciese ya muy difícil el que obedeciese al timón. Al fin, sin embargo, esto se consiguió, aunque lentamente y se pudo arrear la mayor; que de no haberse logrado, talvez zozobramos. El Capitán al día siguiente me prometió que no se dejaría en lo sucesivo sorprender por los chubascos, sin acortar previamente vela, confesándome que no tenía idea de que fuesen tan fuertes en aquellas latitudes. También me decía, riéndose, "que yo había cometido un grave delito, dándole "órdenes" al timonel, y que me iba á llevar á Inglaterra para ser allí procesado.

El 31 de agosto, á eso delas 9 de la mañana, dimos fondo en Iztapa; no había en la rada ningún buque. Una hora después, el práctico, que era un negro de Trujillo, muy hábil en su oficio, echó su cayuquito al agua y vino á nuestro bordo. Nos dijo, "que no había en el puerto andarivel para podernos desembarcar;" pero viendo una muy buena chalupa ballenera que el Capitán había comprado en Mazatlán, y que venía

en la goleta, nos prometió llevarnos en ella á tierra; pero no aquel día, sino el siguiente entre seis y siete de la mañana, "porque, dijo, la marea está ya subiendo." Nos resignamos, pues, á aguardar hasta el día siguiente.

Después de comer (á las dos de la tarde) me propuso el Capitán que fuésemos en la chalupa á ver de cerca la reventazón. Yo acepté, se armó la chalupa con cuatro buenos remos, y poniéndose él con otro á popa (esa especie de botes no se manejan con timón) nos dirigimos hacia tierra. Cuando llegamos cerca de la reventazón, me dijo el Capitán: "No me parece muy difícil ó peligroso ir á tierra."' Ni á mí tampoco," le contesté. Probemos á ir "vamos" ¿Qué te parece? preguntó el Capitán á un marinero en quien tenía confianza. "No sé," le contestó éste. El Capitán me volvió á consultar y siempre lo animé. Le preguntó de nuevo al mismo marinero, pero esta vez tampoco le dió opinión. Al fin el Capitán, después de observar las olas que venían por nuestra popa para escojer la ocasión propicia, dió la orden de remar, y partiendo la chalupa como flecha pasamos sin novedad la reventazón fuerte, encontrándonos por consiguiente junto á tierra. En este estado lo que debíamos hacer era embicar en la playa y procurar saltar con prontitud,

más el Capitán, dando pruebas de falta de conocimiento en la materia y práctica de lo que estaba haciendo, ordenó á los marineros que saltaran al agua, creyendo talvez que podrían tirar la chalupa á tierra. El piloto americano, que iba en uno de los remos, conociendo el error que se cometía, gritó: "no; rememos," y en efecto él remó; pero todos, en cuenta el Capitán habían ya saltado al agua, y la acción del piloto al remar, sólo dió por resultado atravezar la chalupa. El piloto, entonces, también se arrojó al agua, gritándome que hiciera otro tanto. Más antes de que hubiese yo podido tomar resolución sobre el particular, una ola reventó, y á todos nos aventó contra la playa; pero estando ésta muy acantilada, y la marea plena, la resaca nos echó otra vez á fuera. Tan luego como pasó esta ola, la cual creí que volteaba la chalupa, fijé la vista en el Capitán y marineros, quienes, con el agua arriba de la cintura, luchaban, aunque, en vano, para salir al médano y no sabiendo yo nadar, y teniendo por consiguiente, miedo al agua, no me resolví á tirarme al mar, á pesar de haberlo todos hecho así. En efecto el riesgo que yo estaba corriendo, era inmenso porque si, como á la larga era seguro, una de tantas olas volcaba la chalupa, el sólo golpe que yo recibiría me dejaría en el acto

muerto. Cuatro ó cinco olas reventaron consecutivamente y en cada una de ellas tocabamos á tierra, y la resaca nos volvía echar fuera. En esto vino ùna tan furiosa que sin saber de que manera, chalupa, Capitán y marineros nos encontramos sobre el médano, y por consiguiente, salvos. ¡Aquella ola tremenda se había convertido en "ola providencial." Todos nos encontramos más ó menos golpeados, aunque yo, que era sin duda el que había corrido más peligro por haberme quedado en el bote, salí menos lastimado que los otros. En este momento vimos al Capitán del puerto que, seguido de dos ó tres hombres venía á todo correr con el objeto de auxiliarnos, porque una muchacha, que pasaba por la playa con un poco de leña, vió el apuro en que estabamos y dió de ello aviso á dicho Comandante. Este, entonces, nos explicó "que estando la marea plena, [y era el día de la conjunción de la luna y por consiguiente la marea muy alta] y la playa en esa estación bastante acantilada, sin un socorro eficaz de la parte de tierra, sólo una gran casualidad pudo salvarnos. En efecto, nuestra salvación provino precisamente de lo fuerte de la ola que nos puso encima del médano. A las siete de la mañana del día siguiente desembar-

caron Whitehead y Negrete, y la goleta siguió su ruta.

Como en aquel tiempo no había en nuestro puerto del Pacífico medios seguros de comunicación con la capital, y mucho menos en la estación en que yo llegué, puse sin demora un correo expreso á Guatemala para que me enviasen avío, y pocos días después llegaba yo á mi casa, víspera, según recuerdo, de que se efectuase el enlace de la menor de mis hermanas con don Luis Batres Juarros. Ese día llegó también, como caído del cielo, (porque todos ignoraban que se hallase en camino para Guatemala) el menor de mis hermanos, Ignacio de nombre, quien, después de una ausencia de tres años, y de correr algunas aventuras en la Península española, volvía al seno de la familia.

CAPÍTULO IX.

Causas que prepararon la reacción que triunfó en 839.—Poder del clero.—Reformas prematuras: leyes á que el país no estaba preparado.—Código de Livingston.—Matrimonio civil.—Invasión del cólera.—Incidente Croquer.—El cólera en el Distrito de Mita: los habitantes lo atribuyen á envenenamiento de las aguas.—Acusan de ello al Gobierno.—Reuniones sediciosas.—Exasperación de los pueblos.—Rebelión general á las órdenes de Mejía.—Atacan al Magistrado ejecutor que va á intimarles que se dispersen.—Marcha el General Salazar contra los sublevados y los derrota en Santa Rosa.—Rafael Carrera es nombrado por el mismo Mejía

General de la facción y es reconocido como tal por los pueblos.—Quien era Carrera y cual su físico y antecedentes.—Cambio de conducta que se observa en Gálvez.—Convoca extraordinariamente á la Asamblea, se derogan varias leyes populares, y se hace dar facultades extensas.—Alarma de Barrundia.—Correspondencia entre éste y Gálvez.—Se organiza la oposición.—División del partido liberal.—Incremento de la facción: esta pide la vuelta del Arzobispo y de los frailes; la abolición del Código, de la ley de matrimonio civil etc.—Partidarios que le quedan á Gálvez.—Anécdota.

Para comprender la revolución reaccionaria que se inició en 837, y que triunfó definitivamente en 839, es necesario investigar sus causas: como principió, cuales los elementos con que contaba, y que sucesos ó medidas gubernativas la incrementaron. Desde que el partido ultra liberal triunfó en 829, manifestó su decisión por disminuir el influjo y poder del clero que, en Centro América, lo mismo que en los demás países españoles, y aún puede decirse, en todo país católico romano, era inmenso. Ageno de este libro es entrar á un examen del orígen de ese influjo y poder; para esto sería necesario escribir, aúnque sólo fuere en compendio, la historia de la Iglesia católica, explicando la manera como el papado se fué engrandeciendo y aumentando en poder y los medios de que se valió para llegar á ser cuasi absoluto para hacer temblar aún á los mismos reyes; obra sería esta muy superior á mis fuerzas. Baste, pues,

decir, que los hombres que regentaban la administración que se estableció en aquella época en Centro América no tenían ni una verdadera conciencia de la empresa que acometían, ni la fuerza y medios suficientes psra llevarla á buen fin. En países mucho más adelantados que Centro–América, y en que los reformadores han contado con elementos inmensos, cuasi siempre han escollado. Para no citar otro ejemplo, me ceñiré al que nos presenta Francia, nación ilustrada y poderosa, y en la cual pululan hombres eminentes en todos los ramos científicos y administrativos. Y aunque allí los reformadores, por lo pronto, parecieron conseguir su objeto y destruir por completo el poder del clero, sobrevino después una reacción clerical, y al presente se ha visto, al que se creía perdido influjo, renacer con fuerza pertinaz luchando contra el establecimiento de instituciones liberales. En la ilustrada Francia no se llegará á ver que el fanatismo religioso adquiera las proporciones que en países ignorantes y semi-bárbaros. Sin embargo, es de llamar la atención el influjo que allí mismo (y aún en la alta Alemania) ha recuperado el clero, al observar esas inmensas reuniones de peregrinos que todos los años van á visitar Madonas, supuestas autoras de milagros ridículos; y esto en fines del tan decanta-

do siglo diez y nueve ¡qué debemos, pues, esperar, ó más bien, temer nosotros!

Por otro lado, la misión de reformas ha sido y será siempre ingrata. Rarísimo es el que ha visto su obra coronada en vida de un felíz éxito; y muchísimos los que han escollado en ella, recogiendo, algunos, tan sólo la palma del martirio. La razón de esto es, según mi corto entender, que no se puede en pocos años, menos en algunos meses, destruir el edificio cuya construcción ha sido obra de los siglos. Es un axioma en ciencias naturales "que la naturaleza no obra á saltos"; y esto mismo puede aplicarse á las reformas sociales, ya tengan un carácter puramente político, ó ya se dirijan á cuestiones que atañen al culto religioso ú organización de la Iglesia, siendo éstas mucho más delicadas que las otras.

Pero se podrá deducir de lo expuesto que los hombres encargados de conducir un país por la vía del progreso, y gobernarlo deban detenerse ante las dificultades que presenten las reformas que se consideren necesarias, ya sean políticas ó ya sociales, y retrocedan cobardemente sin afrontar los peligros que el promoverlas les acarreen? Oh! no: lejos de mí aconsejar tan pusilánime y aún punible, (por ser egoísta) conducta. Lo que quiero inculcar es "que para que

las reformas sean sólidas, y no estén expuestas á provocar reacciones atroces, que siempre hacen retroceder á los países, y se les aleja por muchos años de la vía en que inconsideradamente se les lanzó, es indispensable hacerles marchar con paso lento, pero firme y prudente. Se debe saber á dónde se va, cómo se va, qué tropiezos hay en el camino, y cómo podrán éstos vencerse ó apartarse. Dirigir á un país de otra manera, y como lo hicieron nuestros reformadores de 29 á 37, es lanzarlo á la ventura, y demostrar la falta de conocimientos prácticos que debe tener todo hombre de estado. No se crea por esto que yo admito el paso atrás: éste sólo debe darse para arremeter con más fuerza y decisión al contrario que se tiene al frente.

Pero el tino y la prudencia no implican la falta de resolución.

Marchando de esta manera, el progreso es seguro y constante. Cada paso que se dá, cada escalón que se asciende, no hay temor de desandarlo ó volverlo á descender, haciéndose el retroceso ya imposible. Pero no así cuando se quiere caminar á saltos, y mucho menos si estos saltos se dan en la oscuridad, y por consiguiente, á riesgo de estrellarse contra un obstáculo imprevisto. A nuestros reformadores del año de 29 les faltaban esos conocimientos prácticos

que no se adquieren con la lectura de unas cuantas teorías inaplicables á nuestro país. Inglaterra, de dos siglos á esta parte, ha hecho inmensas reformas en su organización política y aún en la religiosa. Puede decirse que ha habido, en aquella nación, una trasformación completa en sus instituciones y en el espíritu de su legislación; pero esta transformación se ha verificado paso á paso. Cada reforma se discute por muchos años; y cuando la mayoría de la nación se halla ya persuadida de su excelencia, ó de su necesidad, entonces se acepta y se decreta. Así es como se ha ido efectuando ese cambio pacífico que causa la admiración de los extranjeros que se han tomado la pena de estudiar aquella nación eminentemente práctica y sensata.

En la federación Centro Americana, el Estado de Guatemala se puso á la cabeza de reformas atrevidas, dando algunas leyes inadecuadas á la falta de civilización y de los elementos con que contaba el país. Estas leyes debían escollar bajo más de un punto de vista. El clero había sido atacado y por consiguiente tenía que ser hostil á aquella administración. ¿Había fuerza, había elementos suficientes para luchar abiertamente contra él? Me inclino á creer que no, y los resultados fueron contrarios al expe-

rimento. En un país fanático y, con excepción de un corto círculo, muy ignorante, el poder del clero, que á más del púlpito, tiene al confesonario, por necesidad ha de ser inmenso y muy difícil de destruir. Sólo la educación puede ir minando ese poder; pero esta no es obra de unos pocos años sino de algunas generaciones; y esto suponiendo que se cuente con recursos, y que haya prudencia y tino en los que gobiernan.

Una de las leyes más atrevidas que se dieron en Guatemala, debida á la iniciativa de Barrundia, fué el establecimiento del juicio por jurados (en lo criminal) adoptándose al efecto el Código que Livingston escribió para la Luisiana. Según este Código eran llamados á ejercer el cargo de jueces jurados todos los ciudadanos guatemaltecos, y como por la Constitución lo eran todos los nacidos en el Estado eran llamados á ejercerlo aborígenes que no solamente no sabían leer ni escribir, sino que una gran mayoría de ellos ni hablan ni entienden una palabra de castellano. Supóngase el lector una reunión de doce jurados, perfectamente bárbaros é ignorantes oyendo el relato de una causa intrincada, en un idioma que no entienden, sin conciencia de lo que estan haciendo y por consiguiente, de sus deberes! ¿Podrá imaginarse

un tribunal más risible y que menos garantía diese al acusado? Pues esto tenía por necesidad que verse en el Estado de Guatemala después del plantamiento del Código de Livingston. Él establecimiento de ese Código se hacía aún más difícil por su complicación y por lo despoblado, generalmente hablando del país, haciéndose la concurrencia de los testigos á distancias grandes molestas á la par que dispendiosas. No es, pues, estraño, que la nueva institución no fuese recibida con favor por los pueblos y gentes del campo; y el clero que no perdía ocasión de hacer una guerra sorda al Gobierno se aprovechó de aquella mala disposición y fomentó el odio contra el Código. Así fué como esa gran institución del jurado, por la falta de prudencia y de tino con que se quiso plantear, se hizo odiosa y anti-popular, viéndose poco tiempo después obligada la Asamblea á derogar el Código y volver al antiguo régimen.

Otra ley que causó mucho escándalo y desacreditó para con los ignorantes y fanáticos al Gobierno de Guatemala fué la del matrimonio civil. La Iglesia católica, como un legado de la ley judía, se apoderó del derecho de unir á dos personas de sexo diferente, en matrimonio, dándole á este acto un carácter sacramental. En ello la Iglesia ganaba influjo, considera-

ción y poder. Pero la sociedad moderna, desprendida ya de toda preocupación, no ha podido ver en el matrimonio, para los efectos legales, sino un contrato civil, que debe verificarse con acuerdo y anuencia de los jueces locales; de aquí el establecimiento del matrimonio en esta forma, único que la ley deba reconocer: libres las partes que contraen ese enlace á darle al acto la sanción religiosa. Esto, en sí, nada tiene de inmoral ni de irreligioso. La Iglesia, sin embargo, en todos tiempos y en todas partes, ha combatido esta idea moderna, sosteniendo que el matrimonio es un acto sacramental que sólo ella puede autorizar y sancionar, y declarando, en consecuencia, concubinato toda unión de los sexos en que no se hayan cumplido esos requisitos, y que no haya sido efectuada por su medio. En Guatemala se dió la ley de matrimonio civil en abril de 837, y el clero, como era natural, la combatió y procuró desacreditarla como inmoral y herética, bautizándola pérfidamente con el apodo calumniante de "la ley del perro." Todo esto, obrando sobre gentes ignorantes y fanáticas, fué haciendo odioso al Gobierno, y aumentando un material que la menor chispa debía encender, formándose una hoguera terrible muy difícil de extinguir. Esta chispa fué el Cólera Mórbus.

En 833 esa cruel epidemia, después de recorrer toda la República mexicana, llegó á nuestra frontera por el lado de Chiapas amenazando invadirnos. El Gobierno cortó las relaciones con aquel Estado y la epidemia no penetró. En 836 el cólera había ya desaparecido, tanto de Europa, como de toda la América, y era de suponerse que en Guatemala nos hallabamos completamente libres de él. Pero, precisamente entonces fué cuando nos invadió. Esto, á lo que entiendo, aconteció de la manera siguiente. En fines de 836 fué apresado por un bergantín de guerra inglés, un buque negrero procedente de la costa de Africa, el cual estaba infestado del cólera. Este buque fué destinado al establecimiento inglés de Belize el que se contagió de la epidemia. Tan luego como el Gobierno de Guatemala tuvo noticia de ese acontecimiento, mandó cortar las relaciones con Belize, así como con los puertos del Norte de Honduras á los cuales, se dijo, que la epidemia se había trasmitido. A este tiempo se hallaban en Belize varios pipantes de Gualán los que, no pudiendo volver al punto de donde habían salido á causa de la incomunicación decretada, se dirigieron á Omoa. Poco después comunicó el Gobierno de Honduras al de Guatemala, que sus puertos del Norte estaban limpios ó libres de

epidemia y nuestro Gobierno levantó la incomunicación con ellos. Los pipantes detenidos en Omoa se dirigieron entonces, por el Motagua, á Gualán, y á pocos días se declaró el cólera en aquella villa, desde donde comenzó á extenderse por el Departamento de Chiquimula. Claro era que la tripulación de los pipantes había llevado la epidemia á Gualán.

Esta noticia alarmó en extremo á la capital, y el Gobierno tomó diferentes medidas, en lo general, acertadas, para combatir la enfermedad. Se dictaron órdenes de limpieza y de higiene pública; se formó una junta de sanidad, la cual nombró médicos que fuesen á los diferentes puntos infestados, tanto á estudiar la enfermedad como para curar en los pueblos que se hallasen atacados, llevando consigo botiquines surtidos de las medicinas más recomendadas para su curación. Entre los médicos nombrados con este objeto, fuelo don Mariano Croquer, quien debía ir á los pueblos de Acasaguastlán y Magdalena, invadidos ya del cólera. Croquer se excusó alegando enfermedad, y acompañó al efecto certificaciones de tres médicos, uno de ellos el doctor Molina. La junta de sanidad, probablemente después de consultar con Gálvez, no admitió la escusa, y el Gobernador local le intimó orden perentoria de

salir á desempeñar su comisión. Croquer, entonces, pidió auto de exhibición, "por hallarse restringido en su libertad." El auto, que según la ley no podía dejar de otorgarse, lo fué en efecto; pero el Gobernador lo retornó escusándose con que "tenía que cumplir las órdenes del Jefe del Estado." El Juez, en vista del retorno, puso á continuación el auto siguiente: "Intímase al ciudadano Jefe del Estado el auto que precede, por medio del Magistrado ejecutor." Este marchó á cumplir la orden, y á poco volvió con el auto dividido en dos pedazos, y por consiguiente sin retorno, diciendo: "El Jefe se ha enfurecido y ha despedazado el auto" (*) El Juez Diéguez, en su vindicación, intentó probar "que estaba autorizado por el Código para poner el auto en los términos que lo drigió al Jefe del Estado, y en vista de la solicitud de Croquer, acompañando la certificación de los médicos, no podía escusarse de darlo;" pero Gálvez, en la polémica que posteriormente se suscitó, disentía de esta opinión, sosteniendo que,

(*) Relación que hace el Juez de Distrito, don Domingo Diéguez, para conocimiento del público, de ese suceso, (impreso el 22 de abril) en la cual explica que obró en un todo conforme lo previene la ley, habiendo, á más, antes de expedir el auto contra el Gobernador local, escrito confidencialmente al Jefe del Estado por si este quería dar al asunto "un corte suave y prudente." Este paso no dió resultado alguno.

en su calidad de primer Magistrado del Estado, no le debió haber requerido aquel Magistrado ni menos en los términos que lo hizo.

Este incidente metió mucho ruido en Guatemala, y causó un gran escándalo entre los partidarios del nuevo Código; pudiendo decirse que vino ó ser el principio de las desavenien-cias de éstos con Gálvez, por que concurría, á más, la circunstancia de que Croquer, á quien se obligó á salir al desempeño de su comisión, era pariente de Barrundia. Gálvez se afectó por la presentación del auto de exhibición, y su encono contra el Juez fué tal, que trató de destituirlo, nombrando para subrogarlo al Licenciado don Pedro N. Arriaga. Esto consta en un expediente que se siguió, y que se hallaba en el Consejo representativo. Ignoro si al presente existirá en los archivos de aquel Cuerpo. Gálvez cooperó al establecimiento del Código de Livingston en Guatemala, pero se ha creído que, por lo menos desde el suceso de Croquer, le fué hostil y procuró desacreditarlo.

El cólera, después de extenderse por Chiquimula, invadió lo que, según la nueva división territorial, se llamaba Distrito de Mita, que comprendía parte de lo que antes fué Chiquimula, y parte de lo que hoy es Santa Rosa. Entre aquellos habitantes sencillos é ignorantes se

difundió la voz de que las aguas estaban envenenadas, y cayó la acusación, como en semejantes casos acontece sobre lo que se hallaba más antipopular y odiado, y á la sazón lo era el Gobierno, tanto por el establecimiento del Código, como por la ley de matrimonio civil, y otras hostiles al clero. Este se sirvió de su influjo con aquellas gentes fanáticas para hacerles creer que todos los que formaban la administración eran herejes, enemigos de los pueblos, y que ellos habían envenenado las aguas. Gálvez entre tanto, en el deseo de que esos mismos pueblos se aliviasen, y defendiesen contra la epidemia terrible que había invadido el Estado, les remitió botiquines surtidos de todas las medicinas que más se recomendaban para la curación del cólera y para prevenir sus efectos; por supuesto, en ellos iba láudano y cloruro para desinfectar la atmósfera. Los enviados del Gobierno, encargados de suministrar las medicinas, desde luego fueron motivo de desconfianza en los pueblos, sospechando que lo que se les remitía, como remedio para la enfermedad, debía contener veneno, y para satisfacer sus dudas, exigían que tomaran de las medicinas que llevaban, queriendo obligarlos á que echasen tragos de láudano y de cloruro; y al resistirse los médicos y practicantes á beber, era para la gen-

te ignorante un comprobante, no sólo de que el Gobierno les había envenenado las aguas sino que con pretexto de curarlos, les enviaba veneno. Se formaron, con este motivo, reuniones sediciosas en varios puntos del citado distrito, y los cabecillas comenzaron á concertar medidas de defensa contra "el Gobierno ingrato" que, según ellos, quería destruirlos y vender el país al extranjero."

Los sublevados se reunieron en la villa de Santa Rosa, eligieron por general en Jefe á Teodoro Mejía, pequeño propietario del lugar, desconocieron al Gobierno y comenzaron á tomar medidas para darse alguna organización. El Magistrado ejecutor de Cuajiniquilapa, por orden del Gobierno, marchó con una escolta de 40 dragones á Santa Rosa, á intimar á los sublevados que se dispersaran, y volviesen pacíficamente á sus casas; pero apenas estos lo divisaron, se le echaron encima y mataron algunos dragones, escapando el Magistrado con dificultad.

Conocidos estos sucesos en Guatemala, salió el General Solares con una división de tropa regular, atacó á los amotinados en las inmediaciones de Santa Rosa el 15 de junio y los deshizo, sin que hiciesen mayor resistencia (*). El

---

(*) Salazar en su parte del 15 de junio, dice que el enemigo tuvo 4 muertos; pero en otro parte del 16 asegura que los muertos llegaron á 20. Este número reducido se hace sospechoso, aúnque, si, no dudo que las víctimas pasaran de 4, y talvez de 10. Hay falta de documentos sobre esos sucesos.

18 hubo otra acción cerca de Mataquescuintla, dada por el Comandante Yañes en que, parece, que los facciosos, aunque en mucho menor número, pelearon con más valor. Solares desde Santa Rosa, regresó á Guatemala, sin curarse de si el país quedaba ya completamente pacífico ó no.

Don Manuel Arrivillaga, que tenía medios para conocer los sucesos que tuvieron relación con la facción, y que conoció personalmente á cuasi todos los principales cabecillas que en ella figuraron, por tener su familia fincas en las inmediaciones de Santa Rosa, me refirió: que el cuerpo de Mataquescuintla lo mandaba Rafael Carrera: que derrotada la facción en Santa Rosa, Mejía, no creyéndose á propósito, ó apto, para seguirla capitaneando, y habiendo observado en Carrera condiciones de valor, actividad y viveza, lo nombró General en Jefe de las fuerzas sublevadas, y ordenado á los pueblos y aldeas que le obedeciesen, cuya orden fué acatada, y desde entonces reconocido como tal General en Jefe en toda la facción. ¿Pero quien era Rafael Carrera, y como se encontraba en Mataquescuintla al tiempo de la sublevación? Carrera era natural del barrio de Candelaria en la capital de Guatemala; el tercero según entiendo, entre los varones de su familia. Siendo aún muy jo-

ven, su genio inquieto lo hizo abandonar el hogar paterno, y trabajó como peón en varias fincas, distinguiéndose siempre por su carácter un tanto díscolo, y por su genio vivo y atrevido. Rodando de lugar en lugar fué á dar á Mataquescuintla donde el cura Aqueche lo protegió y lo hizo contraer matrimonio con una de las principales del pueblo, Petrona Alvarez (cuyo padre tenía por apodo Chua) de condición bastante superior á la de Carrera, y de carácter altivo y resuelto. Esta fué la causa de que Carrera se hallase en Mataquescuintla al tiempo de la sublevación de Santa Rosa y demás pueblos de Oriente. Ha habido la costumbre de llamar á Carrera "indio," pero, sin duda, estaba lejos de ser de raza pura aborígena, bien que, talvez, esa fuese la que más predominase en su familia. Es de notarse, sin embargo, que en sus otros tres hermanos, no aparecía predominar esa raza, aunque, sí, una mezcla de las tres: española, aborígena y africana. Carrera, en lo físico, tenía una de las constituciones más privilegiadas que sea posible encontrar. El doctor Drivon, hombre sumanente ilustrado, que algunas veces lo asistió, me dijo, que no había nunca encontrado hombre alguno, que bajo este respecto se le igualase.

Cuando Carrera comenzó á fungir como General en Jefe de la facción, tendría de 22 á 23 años. Luchó por algún tiempo con sólo una pequeña partida mal armada, y talvez debió, en gran parte, á los desórdenes y demasías de los jefes militares que el Gobierno mantenía en los lugares sublevados, el que se hubiese ido engrosando y crecido su popularidad, y que las fuerzas de Guatamala se hiciesen más odiosas. Otra circunstancia que lo favoreció fué que, Gálvez, por atender y hacer frente á la oposición, que contra su administración se organizó en Guatemala, desatendió á la facción, con lo que dió lugar á que esta tomase más cuerpo.

Al observar la conducta que desde el incidente Croquer, y más aún, desde la sublevación de Santa Rosa, y demás pueblos de Oriente, siguió el Jefe Gálvez, es imposible dejar de creer que determinó gobernar, en lo de adelante, bajo otros principios que los que hasta allí había seguido, y por lo mismo, derogar muchas de las leyes que en su propia administración se dieron. Con este fin, de improviso, y sin evaporar su plan, convocó extraordinariamente á la Asamblea, fijando para la reunión sólo tres días, á fin de que no pudieran hallarse, al tiempo de la instalación, los diputados residentes en los Departamentos lejanos. De esa manera

estaba seguro de contar con una mayoría que exclusivamente le perteneciese, derogar con precipitación ciertas leyes que para el logro de sus planes le estorbaban, restablecer el fuero de guerra para todos los militares, aún los cívicos, aunque no estuviesen en servicio activo, y hacerse dar facultades amplias y extraordinarias que lo constituyesen un cuasi dictador. Este era un paso atrevido é ilegal, porque la ley establecía "que para la reunión extraordinaria de la Asamblea se necesitaba la concurrencia de los diputados que habían asistido á las sesiones ordinarias, así como" fijar con anticipación los negocios que debían de tratarse." Todo esto se omitió, sucediendo á más que, faltando un diputado para hacer número ó quorum, se llamó á un suplente, que lo era precisamente el portero de la Asamblea. Esta en efecto se reunió, y con pretexto de urgencia, y omitiendo trámites, se derogaron las leyes que el mismo Gálvez indicó, y se decretaron amplias facultades al Jefe del Estado, revistiéndolo de un poder dictatorial.

Barrundia, autor de las leyes que se trataba de derogar, y enemigo también de la concesión de facultades extraordinarias al Ejecutivo, desde la convocatoria de la Asamblea, vió claro y comprendió las miras de Gálvez. No quiso asis-

tir á las sesiones; protestó de nulidad de cuanto se hiciese, y con fecha 16 de junio dirgió una apasionada carta á Gálvez en la cual "reprobaba la reunión extraordinaria de la Asamblea, reunión que calificaba de inconstitucional, condenaba su conducta, y auguraba el retroceso político, y la pérdida de la libertad." Sin respeto á la Constitución "decía," han hollado los trámites para aprovechar el momento de su infausta mayoría; han omitido lecturas, y hasta han presentado los artículos de su resolución, y los han discutido y aprobado sin apoyarlos en nada, ni razonar sobre cosas tan delicadas; han llamado al portero en lugar de un propietario, sin respeto ni decoro á la Constitución que establece: que en las sesiones extraordinarias entren los mismos diputados que en las ordinarias. Y todo este atropellamiento y desconcierto, para presentar un proyecto lleno de facultades absurdas y atentatorias á todo principio; para revestir de ellas al Gobierno, y colmarlo de odiosidad y tiranía en tiempos tan críticos y delicados; para derogar después las leyes más populares; para destruir las libres elecciones de jueces y consejos; para anúlar el sistema de Hacienda, decretado con tantos trabajos; para dar fuero militar á toda la población, hecha ya, como debe serlo, de soldados ciudadanos; y en fin,

para completar su demencia, haciendo una irrisión feroz del Código que mandan observar por último. (*) Barrundia concluía su apasionada carta excitando á Gálvez "que pusiese remedio á aquellos escándalos etc." Es decir, lo requería á que pusiese fin á los escándalos de que el mismo Gálvez era autor, lo cual era un imposible.

Gálvez contestó esta carta con astucia y con talento, manifestando de un lado "los conflictos en que se hallaba el Gobierno, y la necesidad de fortificarlo para hacer frente á la crisis; y del otro defendiendo la precipitada reunión de la Asamblea con las necesidades perentorias de la situación etc." Pero á pesar del talento que en su defensa desplegó era imposible dejar de ver que las medidas en cuestión carecían de legalidad; que tenían por objeto un cambio en su política, y gobernar en lo de adelante dictatorialmente. Barrundia contestó esta carta el 20 de junio insistiendo en sus primeras ideas y pretensiones la cual también fué replicada por Gálvez el 25 del mismo. Esta correspondencia, en vez de disponer á un avenimiento, no hacía más que agriar los ánimos, y era fácil de prever que

---

(*) Carta de Barrundia al Jefe Gálvez, con fecha 16 de junio de 837.

el resultado sería un rompimiento completo. En efecto, era claro que cuando Gálvez se decidió á ese cambio radical en su política, tomando medidas tan opuestas á las ideas de Barrundia, no podía desconocer que este las combatía con todo el ardor propio de su carácter. No era pues, de esperarse que esas cartas lo hiciesen desistir del plan de conducta que se había propuesto seguir, y la correspondencia terminó con un completo rompimiento, ofreciendo Barrundia encabezar una oposición al Jefe del Estado.

El tres de julio Gálvez publicó, en forma de carta á Barrundia, una especie de manifiesto en que le atacaba bajo muchos puntos de vista, procurando indisponerlo con el clero, y en especial con los militares á los que procuraba hacer creer que Barrundia les era hostil. En él se defiende de todos los cargos que Barrundia le hizo en el curso de su correspondencia; se presenta como un gobernante sumiso á la ley y que, sin ambición personal, se sacrifica por el bien de la patria, y á Barrundia lo exhibe como á un hombre violento que profesa opiniones anárquicas. Barrundia contestó extensamente este manifiesto el 11 de julio, defendiéndose de las acusaciones que Gálvez le hace, y condenando de nuevo la conducta del Jefe, agregando otros nuevos cargos que había omitido en la corres-

pondencia anterior. En estas dos últimas publicaciones, el lenguaje de ambas partes se hizo más acre y provocativo, de manera que en lo sucesivo la guerra entre Gálvez y sus secuaces de un lado, y Barrundia y demás opositores del otro, tenía que ser, como fué, á muerte.

Mientras estos sucesos dividían á los liberales en dos bandos irreconciliables, la sublevación de la montaña tomaba incremento, y Carrera se fué haciendo de algún nombre. Se comenzó á pulsar la dificultad de destruir una facción, en país tan montañoso, propio para la guerra defensiva y de guerrillas, en que la facción está favorecida por todos los habitantes, al paso que las tropas del Gobierno no encuentran auxilios de ninguna especie, careciendo á menudo aún de lo más necesario. A estas dificultades naturales para hacer esa clase de guerra con buen éxito, se agregaba la falta de recursos que tenía el Gobierno, tanto en hombres como en dinero; la ineptitud de los jefes militares de que se había rodeado, y por último, los embarazos que le acarreaba la oposición que neutralizaba parte de sus fuerzas. Aumentaban la mala situación del Gobierno, creciendo su odiosidad, los desórdenes y tropelías que cometían los jefes militares que empleaba en la persecución de la facción, haciendo estos mucho más mal

que bien. Es una cosa sabida y probada que, en esa especie de guerra, si bien es indispensable usar de una cierta severidad, á la larga más hace la política, la astucia y ciertos medios, que la fuerza bruta. Pero esta conducta, ó sistema de pacificación era el que menos se usó ó puso en práctica en aquel tiempo, talvez porque no se conocía.

Los excesos de los militares los revelaba Barrundia en el periódico "La Oposición" que principió á publicar después del rompimiento final con Gálvez, así como las medidas crueles que tomaba el Gobierno con algunos pueblos sublevados. De aquí la acusación de parte de los ministeriales de que Barrundia favorecía á los facciosos, y de que tenía connivencia con ellos.

Mientras los partidos de Guatemala se despedazaban en publicaciones diarias, el descontento y odiosidad contra el Gobierno crecía en las masas sublevadas, odiosidad que alcanzaba á todos los guatemaltecos, por componerse las tropas que combatían á la facción en su gran mayoría de éstos. Entre las masas semibárbaras de Oriente se creía á puño cerrado lo del veneno. En sus demandas se revelaba la acción del clero, consistiendo estas: en que volviesen el Arzobispo y los frailes, y que se deroga-

se el Código y la ley de matrimonio civil, ó "ley de perro," como la llamaban. Los extranjeros, también eran objeto de su zaña, "por ser herejes, decían, y venirse á llevar la plata."

En Guatemala, entre tanto, la oposición, en que á más de Barrundia, figuraban en primera línea, el vice-Jefe Valenzuela, el doctor Molina, don Manuel Arrivillaga (amigo mío, que había hecho las campañas de 27 á 29 en el Ejército de Guatemala) los dos Vasconcelos, don José María Samayoa, Escobar y otros antiguos liberales, hacia cada día nuevos prosélitos. No quedaban, pues, á Gálvez, del antiguo partido liberal más que algunos pocos, en lo general hombres sin crédito, como Gorris, Mariscal, y el Coronel X. Conservaba, es verdad, al General Salazar, y á don José M. Vidaurre, y á más había sabido atraerse, con sus zalamerías y condescendencias, á la clase del comercio, lo que, en sus apuros financieros, le fué de mucho provecho.

Gálvez la daba de popular, y no economizaba atenciones y cumplimientos, aún con los más puros é intransigentes de los del año de 29, esperando por estos medios conciliárselos, y talvez ganárselos. Esto solía disgustar á los de su camarilla, y se cuenta que á uno de ellos, que le hizo reconvenciones por su condescendencia para con los serviles, le contestó: "no tienen UU.

razón para quejarse. Yo me manejo con ellos de la misma manera que lo hace un padre de familia para con los estraños. Llega alguno á visitar, ó se queda á comer, se le hacen toda especie de atenciones: en la mesa se le da el asiento preferente, se le sirve el primero, y del mejor plato etc." Pero se trata de una herencia, ó de un negocio lucrativo, estos se quedan en la familia, nunca van á dar al extraño. "*Si non é vèro é ben trovato*, porque en efecto esta era su conducta, y la anécdota lo pinta bien. Esta era la situación política de Guatemala cuando, el 6 de septiembre, llegué de vuelta de Mazatlán, después de una ausencia de tres años y medio.

CAPÍTULO X.

Estado de Guatemala á mi vuelta de Mazatlán.—Baile el 15 de septiembre.—Don Manuel Arrivillaga, uno de los jefes de la oposición.—Simpatizo yo con ese partido.—Contraigo amistad con Barrundia.—Ideas de este en política.—Gálvez.—Elecciones, desórdenes en la capital, se le rompen las ventanas á Barrundia.—Progresos de la facción y nombradía de Carrera.—Gálvez se retira del mando, y llama á ejercerlo al vice-Jefe.—Este toma posesión del Ejecutivo y á las tres horas exige Gálvez que se le devuelva el mando, alegando un pretexto frívolo.—Morazán ofrece auxilio á Gálvez para combatir la facción y éste no los admite porque, dice, no lo necesita.—Se organiza una junta de conciliación.—Plan que propone esta junta, que lo adopta el Consejo.—Opinión de un Consejero.—Ministerio del 13 de diciembre.—Sale la guarnición á las órdenes de Gorris, á combatir la facción: se rebela en Arrazo-

la, y se vuelve sobre Guatemala.—Algunos militares buscan á Barrundia en su casa y no lo encuentran.—Alarma de los opositores. Los patriotas, tanto de la capital como de la Antigua piden armas, y no se les dan.—Gálvez engaña á sus ministros.—Progresos de la facción.—Morazán nombra una comisión pacificadora.—La Municipalidad y la junta patriótica dirige peticiones para que Gálvez se aparte del mando.—Prem Comandante General.—El Ministerio renuncia y ésta es admitida.—Guatemala y Sacatepéquez bajo el régimen militar.—Se suspenden las garantías individuales. —La Antigua desconoce el Gobierno de Gálvez.—Relación de la noticia al Congreso federal.—Amenaza á los opositores.—Arrivillaga sale precipitadamente de la capital.—Sublevación del Batallón Concordia.—Hace cabeza el sargento 2.° Merino.—Prem aplaca al parecer al Batallón y jura obediencia al Gobierno.—Junta de jefes en Palacio y proyectos sanguinarios contra los opositores.—Acta de los sargentos, que autoriza Gálvez.—La división de la Antigua se acerca á la capital.—Sale la guarnición de la capital á batirla.—Desórden del Batallón al llegar á San Gaspar.—El Escuadrón permanente lo carga y lo disuelve.—Merino con una parte ocupa la plazuela de Guadalupe.—Terror en la capital.—El 27 por la mañna salgo de Guatemala y encuentro á los antigüeños en el Guarda Viejo.—Disposiciones militares del jefe que los mandaba.—Me retiro en unión de don Lorenzo Zepeda á Villanueva, paso allí la noche, y al siguiente día subimos á la cumbre en busca de una división de Carrera.—En la Hacienda Nueva sabemos que ha llegado á Arrazola y nos abocamos con Sotero Carrera que la mandaba.—El Padre Durán —Baja Sotero en auxilio de los antigüeños.—Al siguiente día llega Carrera.—Siguen entrando divisiones de cachurecos.—Defensa valiente de la guarnición.—Salazar se ofrece á entrar á la plaza y mediar.—Convenio con Prem, que ofrece obedecer al vice-Jefe.—Sale la guarnición y ocupa San Agustín.—Entran los sitiadores á la plaza, y Carrera ocupa el Palacio donde encuentra 2,000 fusiles.—Muerte del vice-Presidente J. Gregorio Salazar. Dificultades en que se encuentra el nuevo Gobierno.—Mi hermano y yo armamos de nuevo los restos de la guarnición de la plaza, incorporándolos á un batallón antigüeño.—Propuesta que nos hace Mangandí.—A éste lo pone preso Carrera.—Empeño que toma el Gobierno en que se quede Carrera en Guatemala, Carrera se resiste.—Peligro en que me pone

el Comandante Hernández el día que salió Carrera de Guatemala.—Los cachurecos medio sublevados.—Sale Carrera con toda su tropa, y va nombrado comandante general del Distrito de Mita.—Temores para lo futuro.

A mi llegada á Guatemala pude observar que se había efectuado un cambio notable desde mi salida el año de 34. El cultivo de la grana se había considerablemente aumentado, tanto en Amatitlán como en la Antigua. El comercio había recibido incremento, y se veía en todas las clases de la sociedad algún mayor bien estar. La tirantez entre vencedores y vencidos el año de 29 había disminuido de una manera notable, debido en parte á la conducta conciliadora del Jefe Gálvez; y en un gran baile que el mismo Jefe dió en su casa para celebrar el 15 de septiembre. Por primera vez desde aquel aciago año, se vió concurrir á aquella fiesta todo lo que se llamaba "la aristocracia." Una persona estraña que sin antecedentes hubiera observado la brillante concurrencia que esa noche se reunió en casa del Jefe, y la armonía que reinó en la fiesta, habría asegurado una época de paz y prosperidad para el Estado, y de ninguna manera sospechado que estábamos sobre un volcán, y en vísperas de atravesar por una crisis terrible, de inmensas consecuencias para nuestro porvenir.

Como uno de los jefes del partido opositor lo era mi amigo don Manuel Arrivillaga, con quien desde mi llegada estreché más mis relaciones, pude pronto comprender el verdadero estado del país, bien que yo también participara del error, muy común entonces, de no dar á la sublevación de Oriente toda la importancia que en sí tuviera. Desde luego yo simpatizé con el partido opositor porque era indudable que el espíritu que movía á Barrnndia y demás opositores principales estaba, al parecer, exento de ambición ó miras indignas de partidarios que desean el bien de su patria; y también, que los cargos que hicieron á Gálvez y á su Gobierno eran fundados y no pudieron defenderse de ellos. En cuanto á que las teorías gubernativas de Barrundia fuesen prácticas, y las reformas que inició y se plantearon diesen un buen resultado, esta era cuestión que pocas personas se hallaban con los conocimientos y la previsión suficientes para resolver. De todos modos, el mismo Gálvez había coadyuvado con Barrundia á plantearlas, bien que, talvez, comprendiese ya que habían ido demasiado lejos, y creyese necesario retroceder.

Por éste tiempo comencé á tratar de cerca á Barrundia porque estando éste unido con Arrivillaga á quien veía yo diariamente, entré en

contacto con aquel, y formé una amistad no interrumpida, que duró hasta el año de 849, en que Barrundia tuvo que emigrar de Guatemala. Desde luego me pareció un hombre entusiasta por la libertad, y apegado á sus ideas, por cuyo triunfo estaba dispuesto á exponerlo todo. Era honrado y de buena fé; pero sus teorías de gobierno no eran las más prácticas ni aplicables, en especial en países tan atrasados como el nuestro. Al parecer, Barrundia era de aquellos que creén que una bella teoría política se puede plantear en todo país, cualquiera que sea el estado de civilización en que se encuentre, ó la educación que haya recibido. No comprendía que que una legislación que choque abiertamente con las costumbres de un pueblo y que ataque sus creencias inveteradas, tiene por necesidad que fracasar. Un hombre con tales ideas y creencias tenía, por necesidad, que recibir muchos engaños en el curso de su vida. Gálvez, por el contrario, era hombre menos entusiasta, más flexible y que se plegaba mejor á las circunstancias; pero al mismo tiempo con mucha tenacidad de intento, astuto, ma .... é intrigante, procuraba conseguir aquello que deseaba por medio del dolo ó el engaño; y esta disposición de su carácter lo obligaba á servirse

de hombres poco honrados y perdidos en la opinión pública.

El antiguo partido conservador, vencido en 829, y destruído con la expulsión de todos los principales miembros de él, con muy pocas excepciones, no tomó parte en la contienda entre opositores y ministeriales. Algunos pocos, como los Arrivillagas, Zepedas (parientes estos de Barrundia) mi hermano Joaquín (que por este tiempo logró volver á Guatemala) y yo nos afiliamos á la oposición. Otros pocos, especialmente si eran comerciantes, sostenían á Gálvez, condenando á la oposición como inoportuna, injusta, y aún anárquica. En los departamentos, la opinión contra el Gobierno se fué haciendo general.

En el estado de hostilidad en que se hallaban los dos partidos, el resultado de las elecciones para diputados, que debían elegirse á fin de año, era para el Jefe Gálvez, de interés vital. Si las perdía, sus enemigos tendrían mayoría en la Asamblea, sería acusado, se le declararía la responsabilidad y seлía despojado. Gálvez, pues, para ganarlas, desplegó todos los recursos, no siempre muy legales de que disponía como cabeza del Gobierno. En algunos departamentos, como en el de Sacatepéquez que elegía cuatro diputados, todos sus esfuerzos fueron vanos; pero

en el de Guatemala, y en algún otro, las ganó. Para celebrar en la capital aquel triunfo salió en la noche la banda militar, victoriando al Gobierno y echando mueras á la oposición y á Barrundia. Algunos opositores que aquello presenciaron contestaron con "mueras" á los ministeriales, lo que dió por resultado, que fuesen perseguidos por oficiales armados, que iban en la comitiva ministerial. Se ha acusado á Gálvez de ir él mismo en ella, celebrando el triunfo; pero no podré atestiguarlo porque aunque yo estaba en Guatemala, estuve ocupado, no salí á la calle, y sólo oí la música militar á alguna distancia. Parece que un oficial con tropa, fué esa noche á la casa de Barrundia, echando á este "mueras," le golpeó la puerta de calle, y le rompió los vidrios de las ventanas. "El oficial que mandaba esta partida fué acusado ante un Tribunal, al cual no obedeció el oficial, protegido por el fuero de Guerra poco antes decretado." (*)

En la Antigua el partido opositor dominaba por completo. El Jefe Político de aquel departamento, don Doroteo Vasconcelos, hombre

(*) "Noticia al Congreso federal de la revolución de Guatemala" firmada por el vice-Jefe Valenzuela y por los diputados Molina (D. Pedro) Gándara, Barrundia, Escobar, Molina (D. Felipe) y Padilla.

enérgico, laborioso y de talento, era opositor y estaba querido de los antigüeños. Esta disposición de aquel pueblo le atrajo varias vejaciones cometidas por oficiales del Gobierno. Indignados con tal motivo los antigüeños, resolvieron levantar fuerzas á fin de hallarse en aptitud de resistir cualquier atentado ó vejación que de nuevo se intentase centra ellos. Faltáronles, sin embargo, armas, y no había de ser Gálvez quien se las diese.

Entre tanto, la facción capitaneada por Carrera progresaba visiblemente, aumentando su caudal de armas y pertrechos, y mejorando su organización. La sublevación cada día se hacía más extensa y general, pudiendo decirse, á fines de 37 que desde que se salía de las garitas, ya fuese hacia el Norte, ya al Este ó Sudeste, todos eran carreristas, ó como se les llamaba en Guatemala "Cachurecos." Su Jefe Carrera, comenzó á tener alguna nombradía, refiriéndose de él anécdotas y hechos más ó menos fabulosos. En su gran mayoría, toda la facción se componía de gentes sencillas é ignorantes; pero, como era natural, á ella acudían para afiliarse, todos los pillos y malvados, unos para librarse de la persecución de la justicia, otros en busca de un campo propio para robar y ejercer toda espeice de maldades.

Viéndose Gálvez combatido de todas partes, pareció querer abandonar la situación. Convoca al Consejo representativo: expónele las críticas circunstancias en que se encuentra, y protesta que desde aquel momento se retira del mando, usando de una licencia que anteriormente le dió la Asamblea. El Consejo llama á conferencias á los caudillos de la oposición; se conviene en que por parte de los partidos cesen las hostilidades, y entre á ejercer el ejecutivo el vice-Jefe Valenzuela, quien en la misma tarde y precipitadamente toma posesión del mando. Entre tanto Gálvez, ya fuese que se hubiera arrepentido del paso que acababa de dar, ó ya que cediese á las representaciones de sus amigos y partidarios, en la misma noche y cuando el vice-Jefe no llevaba más de tres horas de estar en el mando, exigió á éste que se lo devolviese, alegando el frívolo pretexto que "el Consejo aún no había dado posesión al vice-Jefe, ni el mismo Gálvez podía apartarse del Gobierno por tener un compromiso con su Ministro Salazar, de no dar este paso sin admitirle antes su dimisión."

El vice-Jefe fué de nuevo llamado al ejercicio del Ejecutivo; pero éste, de acuerdo con sus amigos políticos, no accedió al llamamiento, expresando con moderación las razones en que

fundaba su resistencia. Hubo motivos para creer que si el vice-Jefe hubiera accedido, posesionándose del mando, habría ocurrido un motín militar, y sacrificádose las vidas de los principales opositores. Una especie parecerá extraordinaria: en los mismos momentos en que Gálvez reunía al Consejo para manifestarle lo difícil de la situación, y su resolución de apartarse del mando, por no poder dominarla, recibió una comunicación del Presidente Morazán ofreciéndole auxilios para someter la facción de Carrera, y la oferta no fué admitida, asegurando Gálvez en su contestación "que le sobraban fuerzas y recursos para someter á los rebeldes." (*)

La guerra á muerte que se hacían los dos bandos políticos, y el incremento que iba tomando la facción, fué alarmando á la gente pensadora. En consecuencia el Consejo organizó una junta cuya misión fuera la de proponer medios de conciliación entre ambos partidos. Esta, después de conferenciar con los jefes opositores, y de acuerdo con el Consejo, determinó: "que el Ejecutivo organizase un ministerio de dos personas imparciales: que cesaran en sus empleos y comisiones del Gobierno, con-

(*) Noticia al Congreso federal ya citado.

forme á la Constitución, los diputados y consejeros: que estos destinos los desempeñasen sujetos de confianza: que el número de empleados se redujese en lo posible: que se estableciera el sistema más económico de hacienda: que se mantendrían la división de los poderes, y el sistema de jurados, y se trabajaría en su reforma; y finalmente, que se organizase y armase á la milicia cívica." (*) Esto pasaba el 11 de diciembre; pero algunos consejeros, jefes militares, se opusieron á que se efectuase este convenio, propusieron un régimen severo y fuerte, avanzándose uno de ellos á opinar: "que el medio de salvar la patria era dar muerte á los principales opositores." Gálvez por lo pronto optó por seguir el consejo de los jefes militares, y en consecuencia anunció en la junta patriótica que "nada existía de aquel convenio: que una conjuración espantosa con Carrera lo precisaba á emplear el terror y no la ley." Pero dos horas después se presentó Gálvez en el Consejo y dijo: "que no existía cosa alguna de lo que se había anunciado y temido; que era una equivocación, y estaba pronto á admitir el plan de la junta conciliadora." (**) Este cambio repentino de Gálvez parece que se debió á una

(*) Manifiesto del Jefe Gálvez, publicado el 13 de diciembre.
(**) Noticia al Congreso federal.

carta del Presidente Morazán, y ciertos papeles públicos de San Salvador, en los que se decía, "que la suerte de los patriotas de la capital de Guatemala no sería indiferente al Gobierno general.

Verificóse, pues, el 13 el cambio de ministerio, bajo la nueva base de administración, siendo los ministros don Juan José Aycinena y don Marcial Zebadúa. Tanto Aycinena como Zebadúa eran, bien que conservadores, hombres de ideas liberales; pero al mismo tiempo sencillos y fáciles de engañar, en especial teniéndoselas que haber con un hombre tan astuto y mañoso como Gálvez. (*) Este ministerio, de "hombres imparciales," como se le llamó entonces, en el estado de exaltación en que se hallaban los ánimos, no podía ser remedio para la situación, ó crísis por la cual se atravesaba. Los opositores eran exigentes en sus demandas, y radicales de ideas, y Gálvez, bajo apariencias de seguir en un todo lo que le aconsejaban sus mi-

---

(*) A los que sólo hayan conocido al Presbítero Aycinena en los últimos años de su vida, podrá parecer raro que yo lo califique de liberal en el año de 37. Pero el que lo dude, que lea los folletos que escribió en los EE. UU. del Norte en 833, y en especial que examine la ley de garantías que Aycinena redactó para el Estado, el citado año de 373 y que fué decretada, creo, en septiembre, la cual, si algún defecto tiene es ser demasiado radical atendidas las circunstancias del país.

nistros, no cedía en nada, ó al menos, en lo esencial.

Desde que entró á fungir el nuevo ministerio, se convino en que toda la guarnición disponible en la capital saliese á operar contra la facción, la cual se acrecentaba de día en día. En consecuencia marchó una división á las órdenes del General Gorris; y hallándose en Arrazola, hubo un motín militar, dando por resultado que esa división volviese á Guatemala. Ese hecho se refiere en la "noticia al Congreso federal de la manera siguiente: "El diez y seis de diciembre se sublevó, ó tuvo orden de sublevarse la tropa que se hallaba en Arrazola al mando de Gorris. Marchó en la noche sobre la capital, y proclamando muerte y exterminio á los opositores, invadió la casa del representante Barrundia, y no encontrándolo se retiró, amenazando una nueva agresión para el día siguiente. El ministerio la vió, oyó la reclamación del agraviado; y lejos de hacer castigar á los rebeldes, ni aún siquiera hizo iniciar un proceso."

Este hecho grave y significativo hace patente el grado á que habían llegado el encono y hostilidad entre los dos partidos, y por lo mismo, que toda transacción era imposible. En cuanto á "hacer castigar á los rebeldes," si la subleva-

ción de la tropa había sido inspirada, ó dictada como es probable, en altas esferas, claro es que esto no estaba en la mano de los ministros.

La vuelta desde Arrazola, de la tropa sublevada causó en los opositores, una justa y profunda alarma. En consecuencia, se reunieron en gran número y en conformidad con el convenio celebrado, pidieron armamento para repartirlo entre los ciudadanos, organizándose en milicia cívica. De la Antigua también se pidieron armas con el mismo objeto; pero Gálvez estaba muy lejos de suministrar elementos de guerra á los enemigos declarados de su administración, y pretestó que no existía en los almacenes armamento sobrante. Dió sin embargo 25 fusiles, medio inútiles, asegurando ser los únicos que había. Los ministros, hombres, como ya dije, sencillos, dieron crédito á Gálvez; pero en esto los engañaba porque en los sótanos del Palacio Arzobispal, en cuyo edificio se hallaba el despacho del Gobierno, tenía 2,000 fusiles nuevos, de los cuales se apoderó Carrera mes y medio después cuando el triunfo definitivo de la oposición.

El 28 de diciembre debían efectuarse definitivamente las elecciones para diputados. (*) Se

(*) Las elecciones se hacían en dos grados; las primeras tenían lugar el primer domingo de diciembre.

creía generalmente que los candidatos de Gálvez eran Gorris y Mariscal, jefes militares de su devoción; pero como estos estaban muy odiados y eran temidos de los opositores, quienes alegaban que había habido inconstitucionalidad y fraude en las actas electorales, Gálvez, por medio de sus agentes, procuró hacer creer que esos jefes no serían electos. Los ministros, que deseaban que los elegidos fuesen otras personas que causasen menos alarmas fueron los primeros en dar crédito á las promesas de Gálvez y así lo aseguraron á los opositores, manifestándose escandalizados cuando éstos, con más previsión, dejaban ver su incredulidad. Pero llegó el día 28 y Gorris y Mariscal fueron electos. Los Ministros, para que no se dudase de su buena fé, debieron renunciar porque parecía imposible que no hubiesen comprendido que Gálvez había jugado con ellos; pero permanecieron en sus puestos contra la opinión de los opositores, quienes desde entonces los vieron con desconfianza y aún aversión.

Como la facción capitaneada por Carrera no era combatida por mantener Gálvez cuasi todas las fuerzas concentradas en la capital, hacía nuevos progresos, y tomaba proporciones alarmantes. Las noticias de este estado de cosas conocidas en San Salvador, decidieron á Mora-

zán á nombrar una comisión pacificadora compuesta de Castilla (el Canónigo), Barrundia y Orantes. "Fué esta, dice la noticia al Congreso federal, la época en que comenzaron las relaciones del ciudadano Barrundia con la facción de Carrera, para preparar su comisión á un buen suceso; para comenzar á inspirar la regularidad; para libertar prisioneros, devolver ganados ó cargamentos, y dar seguridad á las personas y al comercio. A su correspondencia con éste hombre y al influjo que le daba sobre él su carácter de escritor popular y contrario al régimen de muerte que estableció el Gobierno, se deben, pues, la devolución de bienes, la libertad de algunas personas; y alguna regularidad que tuvo en estos días la fuerza de las hordas."

La Antigua, que como ya se ha dicho, estaba decidida en favor de la oposición, procuraba armarse á fin de estar en posición, llegado el caso, de resistir al Gobierno. Gálvez con el objeto de debilitarla, dió orden de que, de los cívicos allí armados, salieran cien hombres á obrar contra la facción. Pero mientras se mandaba salir esa fuerza, toda la guarnición de la capital permanecía allí ociosa, abandonando el campo á los rebeldes. Los antigüeños se resisten á salir. Gálvez, entonces, ordena que aquella guarnición se reduzca á 40 hombres, y esta orden tampoco

es obedecida, haciéndose la hostilidad entre aquel pueblo y el Gobierno ya abierta y descarada. Entre tanto, el sentimiento público se va exaltando; la Junta patriótica y la Municipalidad dirigen peticiones para que Gálvez se aparte del Ejecutivo, y éstas no son atendidas; por el contrario, Gálvez se decide á obrar militarmente y con energía, y nombra á Prem Comandante general. Estas medidas aumentan la agitación, y los Ministros hacen un último esfuerzo, conferenciando con los jefes opositores á fin de ver si aún se pueden transar las dificultades y llegar á un avenimiento; pero era ya demasiado tarde y la lucha tenía que decidirse por las armas. Los Ministros, entonces, presentaron sus renuncias, las que fueron admitidas, dando los dimisionarios un manifiesto en el que explicaban su conducta, y las causas que los obligaban á abandonar sus puestos. Ese mismo día se pusieron los departamentos de Guatemala y Sacatepéquez bajo el régimen militar y, cosa que llamará la atención, se exceptúa de esta medida á los distritos sublevados, con pretexto de hallarse bajo el cuidado del Presidente de la República, bien que ninguna fuerza federal estuviese aún obrando contra la facción. A continuación, Prem publica bandos suspendiendo las garantías individuales, y Sa-

catepéquez, entonces, celebra una acta desconoeiendo al Gobierno de Gálvez. Vasconcelos, Jefe Político de aquel Departamento es el alma y director de esas medidas audaces. Veamos ahora la manera en que se refieren los sucesos subsiguientes en la "noticia al Congreso federal ya citada."

"En estas circunstancias, llega el día de la primera junta preparatoria de la Asamblea. Algunas entrevistas de diputados de diferentes opiniones se habían dirigido á formar una especie de convenio; para que la junta preparatoria, que se hallaba en un momento crítico, entre la fuerza armada por la solicitud de los jefes que pretendían llevar adelante la elección hecha por la fuerza militar, y la incontrastable resistencia de los patriotas, pudiera reunirse pacíficamente y resolver sin riesgo. Mas apareció este día y él manifestó desde luego las disposiciones más hostiles del Jefe de la fuerza armada contra la mayoría de diputados que rehusaba la aprobación de las credenciales de Gorris y Mariscal, y que sostenía las de Sacatepéquez. Siendo estas practicadas por un pueblo opositor, Gálvez se esforzaba á anularlas á toda costa, y aún á declararlas criminales. Para este caso, él tenía ya preparado autos de prisión contra los representantes de Barrundia y Moli-

na con que disminuiría el número de votos libres en la junta, introduciría en ella el terror, y se abriría el paso á sus manejos. Pero no siendo secundado por otros diputados á quienes se mostraron tales autos, ellos no tuvieron efecto. Se les ocultó después, y aún se negó su existencia. La junta se verificó entre agitaciones y amenazas, en términos que algunos representantes no querían permanecer en la sesión. La discordia civil iba á levantarse sangrienta de entre los mismos representantes del pueblo, y á estallar en el mismo seno de la junta. A los dos días se publicó el bando que exacerbaba las violencias contra el vecindario y que lo sometía al furor caprichoso del Comandante Prem, motivándolo en la combinación de las fuerzas de la Antigua con las de Carrera......En tal conflicto, vieron los patriotas el gran riesgo que amenazaba al orden y á los principios que profesan; en el interior mismo, por el régimen de violencias establecido por el Jefe; y por fuera amenazándoles una fuerza imponente, con miras destructoras de la civilización y de todas las ideas de los opositores; llaman á una conferencia á los Ministros pasados, y les representan el gran riesgo. Entonces, reunidos todos por el peligro común, el vice-Jefe y los diputados de diverso sentido, celebran un convenio solemne

con el Jefe Gálvez. En él se establece una amnistía general, sin excepción alguna, desde la publicación de la ley fundamental del Estado. El reconocimiento de toda la deuda y contratas del Gobierno. La conservación en sus empleos de los funcionarios civiles y militares. Y por parte del Jefe, su renuncia luego que la Asamblea se reuniese. El restablecimiento del orden constitucional. Conviniendo salemnemente ambas partes en que si algunas fuerzas de Carrera se acercaban á esta ciudad, las de la Antigua, en combinación con las del Gobierno obrarían contra ellas. Una conferencia pública preparó este grande acuerdo. Todos los ánimos estaban dispuestos á esta medida de paz y de libertad. El Jefe se resistía sin embargo á la base principal. Esta era el restablecimiento de la Constitución y de la libertad de la prensa. Una comisión fué á allanar este punto objetado vivamente por Gálvez; más al fin él cedió estrechado, y el convenio se firmó por todos y fué aplaudido con trasporte."

Aguardábase al día siguiente su publicación solemne en medio de las aclamaciones públicas, por un sentimiento vivo de reposo, que afectaba ya y reunía á todos los partidos, y anunciaba la calma y la paz general. Este era puntualmente el día de la segunda junta preparatoria. La

mañana se pasa, y el Gobierno permanece en un silencio funesto. Un fermento militar anuncia el rompimiento. Sordas amenazas y una agitación hostil se manifiesta ya contra la junta. Los diputados reciben avisos secretos de que se prepara una agresión sangrienta sobre el mismo lugar de las sesiones. Los diputados tardan ya en presentarse, y se leé en todos los semblantes el atentado que amenaza sobre la junta. El Presidente de ella esperaba á la faz de un pueblo silencioso. Se tiene la osadía de prevenirle por medio del portero, que no principie la sesión aunque haya número suficiente, mientras no se presenten allí los jefes Mariscal y Gorris personajes de la explosión militar. Más la sesión se abre sin su concurrencia, y se remite para la siguiente el punto principal de la cuestión. Al retirarse el Presidente de la junta, se le avisa que va á estallar contra los representantes una asonada de las tropas."

Esta asonada en efecto estalló. Ese mismo día á las doce, y mientras estaba reunida la junta preparatoria de que habla "la noticia," arriba citada, pasé á ver á Arrivillaga, al que encontré en traje de camino y ya con su caballo ensillado pronto para partir, y al verme me dijo: "Ahora mismo me voy porque estamos corriendo un gran peligro. Tengo aviso que hoy se intenta-

rá algo serio contra nosotros." ¿Y á dónde te vas? le pregunté. Barrundia debe estar en el Ojo de Agua (hacienda de Arrivillaga) ó en Santa Rosa, y voy á reunirme con él." Barrundia, en unión de Castilla y Orantes en virtud de la comisión que les confirió el Presidente Morazán, habían salido pocos días antes en aquella dirección.

Dos horas después de separarme de Arrivillaga, estaba yo comenzando á comer con mis hermanas y las señoritas Nájeras. Se hallaba allí también don José Montúfar, quien, en unión de otros, fué dado de alta en el batallón Concordia cuando se organizó el Ministerio "Imparcial," Aycinena Zebadúa. Ese batallón Concordia, único cuerpo de infantería que existía en la ciudad, formado entonces del batallón permanente y unas compañías de milicias un tanto organizadas, que hacía algún tiempo estaban sobre las armas. El batallón Concordia reunía así más de 500 hombres efectivos.

Hablábamos en la mesa del estado crítico de la situación, cuando oímos una porción de tiros de fusil en dirección al cuartel de dicho batallón. Montúfar salió corriendo á su cuartel, y poco después supimos que la compañía de cazadores, capitaneada por su sargento 1º, Merino, mexicano de nación, se había sublevado, y que

habiendo querido su Capitán Paredes contener el motín, la tropa le hizo fuego, aunque sin herirle. Todo esto nos pareció raro y poco natural. Entre nosotros nunca se había visto que los sargentos sublevaran á la tropa, y sólo la circunstancia de ser ese sargento de orígen mexicano (porque en México, amenudo se han visto hechos semejantes), podía explicarlo. Sin embargo desde luego creí, y al presente estoy cierto de ello, que aquella sublevación fue promovida por personas en alta esfera. (*) Pero sucede cuasi siempre que un movimiento de esta especie se sabe como empieza, más no el curso que en adelante toma, ni menos cual será su desenlace, y esto fué lo que aconteció en aquella ocasión.

El Comandante general, Prem, al saber lo que pasaba, corrió al cuartel y logró apaciguar el motín; y sacando la bandera, hizo que el batallón jurase obediencia al Gobierno. Este suceso, como era natural, llenó á la ciudad de espanto. Afortunadamente, el escuadrón permanente no había dado señales de participar de la

(*) Un antiguo oficial, que era capitán en ese batallón, me ha referido "que cuando Mariscal supo lo de la sublevación, se irritó, y dijo: esos imbéciles se han precipitado." Probablemente la mira sería que la sublevación tuviese lugar cuando la junta preparatoria estuviese reunida, y coger allí á los diputadas opositores.

insubordinación del batallón, y esto era un consuelo. Había en la capital un escuadrón de patriotas ó cívicos, (el mismo en que estuve alistado en los años de 33 y 34) al que se citó precipitadamente para que formase en el edificio municipal. El Comandante de ese escuadrón lo era entonces don Francisco Vidaurre, y el mayor don Francisco Benítez; ambos de reciente nombramiento. Yo, aunque en aquel tiempo no estaba alistado en ningún cuerpo, me presenté esa tarde á él, y con el objeto de poder estar mejor al tanto de lo que pasaba, dije á Vidaurre, con quien tenía amistad, que me tomase como su ayudante, á lo que accedió. Esto tendría lugar como á las cuatro y media de la tarde, y un momento después llegó el batallón Concordia, con banderas desplegadas, y llevando á su cabeza una pieza de montaña que tenía en su cuartel. Pasó en columna delante del edificio municipal que ocupábamos nosotros, y se formó en batalla, dando la retaguardia al Palacio y Corte de Justicia. El escuadrón permanente, mandado por Yáñez, también se formó en la plaza. A poco llegó un ayudante á citar á Vidaurre y á Benítez para una junta de jefes que iba á tener lugar en el Palacio. Yo, en clase de ayudante, acompañé á Vidaurre; pero, por supuesto, no asistí á la junta, que-

dándome en el corredor, con mucha curiosidad de saber lo que se trataría en ella. Como á la media hora salió Benítez en mi busca, y me dijo en voz baja: "ve que Manuel Arrivillaga se esconda ó se vaya sin pérdida de tiempo, porque se trata de fusilar á todos los principales opositores." Arrivillaga ya salió de Guatemala," le contesté, y por él ya no hay cuidado." En seguida me acerqué á hablar con Montúfar, que era habilitador ó pagador del batallón, y éste me dijo: "que la tropa estaba siempre sublevada, y que las conversaciones que tenían los soldados así lo demostraban: que no obedecían más que á los sargentos primeros, y en especial á Merino: que él mismo les había oído decir, "que á los primeros que iban á matar era á sus oficiales: que enseguida se dirigirían sobre los niñitos (estos eramos nosotros los del escuadrón) y agregando la burla, decían: ¡pobres! no saben lo que les va á suceder." A Montúfar le decían: "U. no tenga cuidado, porque nos dá el pisto y lo necesitamos."

No teniendo yo ya necesidad de saber más, traté de salir de la plaza, antes de que se efectuase la amenaza que se nos hacía. La calidad de ayudante, con que fungía, me lo facilitó, y más tarde, teniendo todo el escuadrón noticia de las miras del batallón Concordia contra él,

se disolvió con anuencia de su Comandante. El batallón Concordia y el escuadrón de Yáñez permanecieron toda la noche en la plaza. A los opositores se les mandó buscar, más ninguno fué capturado, habiendo á lo que entiendo, corrido un gran peligro el vice-Jefe Valenzuela.

Entre tanto, Gálvez, ya fuese que aquellos hechos escandalosos lo hubiesen acobardado, ó ya que desease que la fuerza militar fuese la sóla responsable de las persecuciones contra los opositores, se mantuvo ese día oculto y sin dar la casa. Al siguiente apareció una "acta de los sargentos" que tal fué el nombre que se le dió, firmada por los cinco sargentos primeros del batallón, pero que sin duda fué inspirada por un jefe de clase superior. Este documento es tan curioso que no puedo menos de insertarlo íntegro y textualmente: dice así. (*)

(*) El referido oficial de quien hablé en la nota anterior, también me ha dicho: que estando ese día con Gálvez, este le dijo: "que iba á hacer á Merino, Capitán," y de hecho se puso á escribir el nombramiento: que el oficial, entonces, contestó á Gálvez: "pero señor, si Merino siendo tan sólo sargento ya nos dá órdenes, cuando sea Capitán nos fusila." Que á este tiempo, el General Salazar, que estaba allí, se acercó á Gálvez, y le quitó el papel en que estaba poniendo el nombramiento."

Al público.

"Deseando el cuerpo de sargentos y demás clases del batallón Concordia expresar los motivos del movimiento de dicho cuerpo, á nombre de él acuerdan la acta siguiente.

1º El batallón Concordia, alistado bajo este nombre, proclama el cumplimiento de la ley y la obediencia.

2º Declara que su movimiento no amenaza sino que protege á todas las personas y propiedades.

3º Que resiste solamente que el Jefe del Estado separándose entregue el mando á un amigo de las facciones contra las cuales ha peleado y pelearán hasta el último trance por su deber y por su opinión.

4º Que para dar un desenlace como exige el cumplimiento de la ley el evitar los horrores de la anarquía piden con la debida sumisión (la sumisión es curiosa) al Jefe del Estado. 1º Que mande poner la capital en estado de completa defensa contra toda agresión: 2º Que decrete una suspensión de armas mandando que todas las fuerzas mantengan sus respectivas posiciones hasta la venida del General Presidente de la República al cual irá una comisión nombrada por el cuerpo de sargentos. 3º Que todas las cuestiones públicas sean terminadas bajo la mediación del mismo Presidente á cuyas órdenes protesta obrar la fuerza. 4º Que se restablezca el Ministerio que se separó por los agravios de la oposición hasta la llegada del Presidente. 5º Que se hagan las variaciones de jefes y oficiales que presente en lista el cuerpo de sargentos. 6º Que bajo estos artículos el Ejército reunido jure no apartarse de ellos ni de la decisión en que está de sostener á las legítimas autoridades. 9º (Así en el original.) Que en el momento se publique en bando haciendo saber

á los habitantes de esta ciudad que si los enemigos del orden han propagado de que la tropa armada atenta contra sus vidas é intereses, es todo lo contrario, pues sólo aspira á sostener las leyes, y convida á todos los que quieran acreditar que las aman á que vengan á unirse á ella con este objeto y el de estrechar con ella la fraternidad.

Y último, la fuerza armada no dejará las armas de la mano hasta que no se decrete el cumplimiento de los anteriores artículos.

Guatemala, enero 26 de 1838.

MANUEL MARÍA MERINO.—BENITO AGREDA.—MANUEL MATAMOROS.—JUAN CORONA.—SANTIAGO ORTEGA.—SATURNINO PISALA.

Guatemala, 26 de enero de 1838.

El Jefe del Estado acuerda de conformidad en todas sus partes con la anterior petición y ordena que todo se publique y circule inmediatamente.

GÁLVEZ.

Viendo despacio esta celebérrima acta, es imposible dejar de observar que la pluma que redactó el inciso 9º es diferente que la que escribió lo restante. Están omitidos los incisos 7º y 8º Talvez uno de estos sería el que aparece al fin y que comienza con estas palabras: Y último etc. En el citado inciso 9º se ven dos comas, y en los demás ninguna. ¿Cómo Gálvez no se cortó antes la mano que autorizar ese papel infame? es lo que no se comprenderá, pues ese sólo hecho lo llenó de oprobio.

Ese mismo día llegó noticia de que la división organizada en la Antigua se acercaba á la capital, y desde luego se pensó en salir á batirla. La tropa que estaba toda ébria, acogió la idea con alegría y entusiasmo, exigiendo, si, que saliese el Jefe ("que venga el jefecito," decían) Gálvez con ellos. Gálvez, pues, que en toda su vida había andado en compañía ni asistido á una acción de guerra, tuvo que montar á caballo y se puso á la cabeza de la división. Serían las seis de la tarde cuando el batallón, seguido del escuadrón, dando muestras en sus gritos del estado de insubordinación y ebriedad en que se hallaba, desfiló por la calle real. Al llegar al Guarda Nuevo unos soldados de la vanguardia dispararon sus fusiles; esto vino á ser una señal ó motivo para que todo el batallón rompiese el fuego á derecha é izquierda, entrando la tropa en el mayor desorden. Gálvez, y cuasi todos los jefes y oficiales huyeron en diferentes direcciones. El escuadrón, entonces carga sobre el batallón, y este se retira en dispersión sobre la capital. La compañía de cazadores, guiada por Merino, se dirige á la plazuela de Guadalupe, cubre las bocas calles, y se hace fuerte allí. El resto del batallón se esparce por la ciudad en desórden; unos entran desde luego á la plaza; otros son sucesivamente recogidos, y

por esfuerzos de algunos jefes y oficiales se logra reunir una buena parte del batallón. La población estaba aterrorizada. El escuadrón permanente, siempre subordinado, se dividió en secciones, y rondó toda la noche, recogiendo cuanto soldado del Concordia encontró en las calles.

Viendo la peligrosa situación en que se hallaba la ciudad, yo dispuse irme á reunir á la división de la Antigua, y en la mañana del 27, á eso de las seis, monté á caballo y me dirigí por el camino que conduce á Mixco. Al otro lado del Guarda Viejo me encontré con los antigüeños, ya en marcha sobre la capital. Los mandaba el Teniente Coronel Carrascosa, lo que desde luego me disgustó, porque ese hombre era mal reputado, y sin concepto alguno, agregándose la circunstancia de haber sido algún tiempo antes, condenado á presidio por delito militar, debiendo á la condescendencia ó favor de Gálvez el que no estuviese cumpliendo su condena en el lugar designado. Fungía en la división, de mayor general el Teniente Coronel Carballo, colombiano de nacimiento. Los antigüeños se compondrían de unos 600 hombres, con algunos buenos oficiales; pero la tropa recluta, indiferentemente armada, y sin disciplina ni organización puesto que se componía de

cuerpos improvisados. Para mí era claro, que aquella pequeña división no habría podido resistir el empuje del batallón Concordia, ni tampoco una carga del escuadrón permanente. Sólo pues, la desorganización en que había entrado el Concordia, y las bajas que necesariamente debía haber tenido, podían salvar á los antigüeños de ser deshechos.

En esa misma mañana, y mientras yo salía de la capital, una antigua vivandera conocida con el apodo de "la pelona," tomó sobre sí el reconciliar á la compañía de cazadores, que se hallaba en Guadalupe, con la autoridad superior, y después de varios mensajes que por su medio se cruzaron, persuadió á Merino y su sección que entrasen á la plaza. Para tal general, tal agente diplomático.

Merino debió haber comprendido que estaba perdido, y fué un necio en entregarse á los que no habían de perdonarle, aunque por otro lado no se ve claro que otro recurso le quedase. En efecto, apenas formó con su sección en la plaza, se le enfrentó con ademán hostil, el escuadrón permanente, fué llamado de orden de Prem, no se atrevió á desobedecer, se le redujo á prisión en Santo Domingo, y al día siguiente se le pasó por las armas, ó según otros, se le dió muerte con arma blanca.

La división de Sacatepéquez se detuvo un momento en el Guarda Viejo, donde el vice-Jefe Valenzuela, que se le había ya incorporado, recibió al Capitán Paredes que llegó proponiendo un convenio, que aunque admitido por parte del vice-Jefe, no tuvo efecto. En seguida, la división marchó sobre las lomas de Buenavista y Guarda Nuevo, el que ocupó el resto del día. Estando allí, se nos reunieron algunos guatemaltecos, en cuenta uno que otro soldado del Concordia.

Cerca de las seis de la tarde, Carvallo dió orden de retirarse sobre el Guarda Viejo, y digo que Carvallo dió orden porque, desde luego, pude observar que este Jefe y no Carrascosa, era el que todo lo disponía y ordenaba, no curándose, ni aún por pura política, de consultar al que se decía "Comandante de la división." Carvallo, en vez de pasar la división al otro lado del Guarda, ocupar este edificio, y parapetarse detrás de la ancha y profunda zanja que en ese tiempo corría á uno y otro lado de este edificio, la colocó de este lado de la zanja, apoyando su cabeza al pié de las lomas que dominan la llanura que existe, entre éstas y el Guarda, (*) y quedando á la izquierda igualmente sin apoyo

(*) Esta llanura está al presente ocupada por la población que allí se ha formado.

ninguno, á cosa de 150 varas de la puerta del Guarda. A la caballería (cerca de 200 hombres) la formó detras de la infantería y á la misma orilla de la zanja. Era imposible discurrir una colocación más torpe ni más antimilitar: tanto esto, como la calidad de la tropa, me desconsolaron mucho.

Venía junto con la división, aúnque no con grado militar ni en servicio, don Lorenzo Zepeda, amigo mío, que había hecho las campañas de 827 á 29 en nuestro ejército. A éste amigo le hice observar la disparatada disposición militar que Carvallo había escogido, así como la inferior calidad de aquella tropa, mal armada y falta de organización, y agregué: si esta noche se dejan venir tres ó cuatro compañías del Concordia por esas lomas que dominan nuestra posición, y al mismo tiempo el escuadrón carga por la llanura nuestra izquierda, amenazando quitarnos toda retirada por la puerta del Guarda, que es la única que tenemos, en el acto entra el pánico en la tropa, y se echan todos en desórden sobre la puerta del Guarda para procurar ponerse en salvo. Zepeda convino con migo en un todo, y después de reflexionar un momento, me dijo: "Se asegura que una división de Carrera se halla en la cumbre, aunque no sé á punto fijo en qué lugar de ella. ¿No se-

ría conveniente que fuésemos á buscarla y la trajésemos en auxilio de los antigueños? "Sería muy bueno," le contesté, por que estoy seguro de que esta división por sí sóla no es capaz de vencer á la guarnición de la plaza, por desmoralizada que ésta haya quedado después de la sublevación." Dispusimos, pues, salir en el acto con tan delicada comisión, y recabando una nota, que nos sirviese de credencial, de Carrascosa para el Comandante de la división de Carrera, que se suponía hallarse en la cumbre, nos dirigimos á Villanueva, acompañados de don Miguel Zepeda, (hermano menor de don Lorenzo) que venía en clase de oficial en uno de los escuadrones de la Antigua. Dormimos en dicha población y á la mañana siguiente antes de amanecer, nos pusimos en camino para la cumbre, informándonos en todas las rancherías sobre la supuesta tropa de Carrera. Unos nos dijeron que se hallaba en Arrazola y cuando llegamos á este punto, que estaba en la Hacienda Nueva. En Arrazola se nos reunió un oficial de caballería de la Antigua, el que nos dijo "que venía enviado por el General en busca de Carrera para pedirle auxilio." Que los antigüeños estaban en la plazuela de San Francisco (hoy Concordia) de la cual tomaron posesión en la madrugada de aquel día; y que

había habido una acción entre nuestras tropas y las de la plaza en la cual las nuestras quedaron victoriosas etc." Le preguntamos si traía alguna nota ó comunicación del General para Carrera, y nos dijo que no. Colegimos, pues, que aquel oficial venía desertado ó huyendo, y le obligamos á volver junto con don Miguel Zepeda, el que condujo además, 15 ó 20 hombres que voluntariamente se nos reunieron, aunque sin armas, en el tránsito.

Cuando llegamos á la Hacienda Nueva encontramos allí á su dueño, don Francisco Arrivillaga, el cual no tenía noticia de hallarse en aquellas cercanías tropa alguna de Carrera. A eso de las ocho de la noche, recibió don Francisco una cartita de su sobrino, don Manuel Arrivillaga en que le decía: "que aquella misma noche llegaría á Arrazola una división de Carrera, mandada por su hermano, Sotero, á la cual habían despachado á fin de que auxiliase á los antigüeños. A eso de las tres de la mañana nos dirigimos á Arrazola, fuimos introducidos con Sotero, y le entregamos la nota de Carrascosa. Allí nos encontramos con el padre Durán (hermano de don Joaquín) quien, en particular nos principió á alabar el orden y buena conducta que guardaba la tropa de Carrera, y en especial aquella división mandada por Sotero. Nos di-

jo también "que ya habían modificado algunas de las cosas que pidieron anteriormente, prescindiendo ya de la vuelta de Casaus; pero que si exigían que se nombrase un Arzobispo que fuese centroamericano." Es decir, que Durán se había recetado para sí el arzobispado de Guatemala. Pasada esta conversación, nos dirigimos adonde Sotero haciéndole ver la necesidad de que bajase á proteger á la división de Sacatepéquez que se hallaba ya en la plazuela de San Francisco. Sotero nos objetó "que sin orden de su hermano, no se atrevía á pasar adelante; pero nosotros le hicimos entender: "que si los antigüeños no eran pronta y eficazmente auxiliados, serían destruídos por su corto número y falta de organización, lo que daría por resultado que la facción militar que se había, dos días antes, apoderado de la capital, quedaría triunfante, cometiendo toda especie de desórdenes. Durán tomó parte en la cuestión, y acabó de persuadir á Sotero de que marchase sin demora sobre la capital en auxilio de los antigüeños.

En la cuesta conté la división de Sotero, la que encontré que se componía de 300 infantes, medianamente armados, y de 50 lanceros bastante bien montados. Nos dirigimos por el Guarda de la Barranquilla, y la división tomó posesión de Santo Domingo y Plaza vieja. Yo

me reuní á los antigüeños y dí parte de que Sotero había ocupado los puntos indicados. En la tarde llegaron don Manuel Arrivillaga y Barrundia.

Al siguiente día entró Carrera con su tropa favorita, los Mataquescuintlas, y en la entrevista que desde luego tuvo con Barrundia, dijo á este "que ahí lo tenía para servirlo." Para servir á la patria contestó Barrundia. Con don Joaquín Durán también estuvo algún tiempo, mostrándole mucha deferencia, aúnque no creo que lo conociese personalmente, sino tan sólo por relación que de él le hubiese hecho su hermano el padre. Carrera era entonces un joven de ojo vivo, de mirada poco franca y desconfiada, y con una movilidad estremada. Hablaba, al menos con nosotros, muy poco, y su manera de expresarse era en extremo vulgar. "*Ansina es:* ¡Veya eso! Estas eran las expresiones que amenudo le oí decir. Ordenes militares á sus subalternos no oí que diera ninguna. "No me desonoren," decía de cuando en cuando á sus soldados. Se movía de un lado á otro: tiraba un pistoletazo al pasar por una boca calle de las que conducían á la plaza, bien que la bala, se quedase á la 3ª ó 4ª parte de distancia de donde se hallaba el enemigo: llegaba á Santo Domingo, se sentaba con los que labraban municiones,

ayudaba en este oficio, y después de un momento, se levantaba para seguir su movimiento incesante. Una cualidad desde luego pude observar: ninguno lo dirigía ni dominaba. Carrera no sabía leer ni escribir y no creo que posteriormente haya aprendido ni á leer, bien que tomase empeño en hacer creer que sabía hacerlo. Tenía sin embargo talento natural, y mucha aptitud para aprender todo lo que se proponía.

Ese día y aún el siguiente no cesaron de entrar partidas de cachurecos al mando de diferentes capitanes, y ésta contínua entrada de turbas comenzó á preocupar y aún á afligir á los jefes opositores, así como á toda la población porque fueron comprendiendo que les sería imposible dominar á Carrera, apoyado por tantas masas, y que en definitiva, él se haría dueño de la situación. Desde el momento que comenzaron á entrar las divisiones de Carrera, los antigüeños se mantuvieron quietos sin emprender nada sobre la plaza, y guardando un orden admirable, pudiendo decirse, que su conducta fué ejemplar. Las tropas de Carrera, por el contrario, fueron ocupando la mayor parte de la ciudad atacando á la plaza en todas direcciones. En la guarnición que en ella había el peligro había restablecido la disciplina. Me-

rino había sido muerto, y los demás sargentos no pensaron más, ó no se atrevieron en insistir en dar la ley. Gálvez se mantenía oculto, y en la plaza, solo Prem disponía de todo.

En esos días llegó la noticia de que Chiquimula, Zacapa y Salamá se habían pronunciado contra el Gobierno de Gálvez, secundando la acta de la Antigua y al mismo tiempo los departamentos de los Altos se segregaron de Guatemala, formando Estado separado; de manera que á Gálvez no le quedaba más que la capital, ó más bien su plaza mayor. Alguna parte de los vecinos pacíficos se refugió en la plazuela de San Francisco, creyendo y con razón, que este sería el punto en que tendría más garantías. En esta situación, el General Salazar se ofreció á mediar con la guarnición de la plaza para venir á un arreglo. Aunque esa guarnición había peleado con gran denuedo, y rechazado cuantas tentativas de asalto se hicieron, su situación era desesperada y era imposible que lo desconociesen. Rodeados de todas partes por una turba inmensa, y sin posibilidad de recibir auxilios de ninguna especie, no podían esperar otro desenlace que el de ser víctimas del furor y deseo de venganza de los cachurecos. Tan luego, pues, como Salazar se abocó con la guarnición, ofreció ésta obedecer al vice-Jefe Valenzuela, y poner-

se enteramente bajo sus órdenes. Pero Carrera no era de tan fácil composición y quería ejercer algunas venganzas, y por un momento ví el arreglo tan difícil, que lo creí imposible, y algo se habló en privado sobre reunirse los antigüeños á la guarnición de la plaza, y ambas fuerzas batir á Carrera. Entre las quejas que alegaba Carrera contra los de la plaza, era una "que tenían á un hermano suyo sirviendo por la fuerza." Se hizo venir éste á la plazuela, y en cuanto lo vió Carrera, después de abrazarlo, le dijo: "te tenían por la fuerza, ¿no es verdad? "No, contestó el hermano, "estaba con mi voluntad." Esta respuesta, aplacó á Rafael, y no puso ya dificultad en ratificar el convenio celebrado con el vice-Jefe. Por orden de éste, la guarnición de la plaza la desocupó y fué á acuartelarse al mesón de San Agutín. El escuadrón permanente al atravesar una boca calle, le gritan algunos cachurecos "que rinda las armas," con cuyo motivo el escuadrón, en vez de ocupar el cuartel que se le designó, parte al galope, toma hacia el Guarda del Incienso, lo atraviesa, y se dirige para los Altos. La división de Sacatepéquez entra á la plaza marchando por la calle real; Carrera con más prontitud también la ocupa y toma posesión, antes que lleguen los antigüeños, del Palacio Arzobispal, donde había

tenido su despacho el Gobierno. Allí, en uno de los sótanos, halló Carrera dos mil fusiles nuevos que Gálvez tenía escondidos. Este, sin embargo, pretendió, é hizo creer á los Ministros Aycinena y Zebadúa, que no tenía más armamento que el que estaba en mano. Carrera, con estos 2,000 fusiles armó á sus mejores soldados, desechando las malas armas que traía. El resto de los cachurecos que acudió á la ciudad, en número de otros cinco ó seis mil, salieron de ella dirigiéndose á sus respectivos pueblos ó rancherías. Y aquí no puedo menos de hacer notar que, aunque cuasi toda la ciudad estuvo por espacio de tres días en poder de aquellas hordas salvajes, nó hubo robos, ni otros desórdenes lamentables que cuasi siempre acontecen cuando tropas enemigas, aún las más disciplinadas, ocupan una ciudad que asedian, ó están atacándola. Una desgracia hubo: la muerte del vice-Presidente de la República, don José Gregorio Salazar, hermano del General don Carlos. Aquel se hallaba en casa de Flores, contigua á la plaza del Sagrario. Alguna tropa de la plaza la ocupó para tirotear al enemigo desde las ventanas. Los sitiadores atacan esta casa, la toman á viva fuerza, y suponiendo enemigos á todos los que en ella se encuentran, matan al vice-Presidente. Un cu-

ñado de éste es después hallado, y aunque escapó con vida, lo amarraron y llevaban cuasi arastrándolo para presentárselo á Carrera. Al pasar por la Plaza vieja, lo vimos don Manuel González y yo, y pudimos quitarlo, aunque con trabajo, á los que le conducían. El nos informó de la muerte de Salazar.

Después de ocupada la capital, y que el vice-Jefe Valenzuela tomó posesión del Gobierno comenzaron nuevas y graves dificultades que preocuparon los ánimos de los jefes opositores: ¿qué se hacía con Carrera? Podría éste ser dirigido ó dominado? Y en caso de que Carrera se prestase á serlo, ¿podría éste dominar á su indisciplinada tropa? Esta era la cuestión que para muchos no tenía solución. Veamos ahora la manera como se presenta y describe la situación en "La noticia al Congreso." "Las propiedades, dice, y casas principales del comercio fueron respetadas, en medio de las hordas que ocuparon esta plaza con los edificios públicos. Carrera se mostró moderado y obediente al Gobierno, á pesar de que su fuerza no podía admitir la regularidad necesaria, ni sus jefes persuadirse ni comprender los principios del orden social. Se luchaba, pues, de contínuo, para impedir todo exceso de insubordinación y desórden. Una pequeña gratificación á

esta numerosa fuerza pudo contentarla y proveer á su desnudez y necesidades. Pero dueños de un armamento regular, no era posible desarmarlos sin empeñar un choque sangriento y esponer de una vez la libertad y el honor de la revolución con todos sus sacrificios. Entre tanto sus protestas y su sometimiento actual á la autoridad pública, no daban lugar al empleo violento de la fuerza, ni al esterminio, en tal caso indispensable, de estas tropas. Carrera había hecho salir de la ciudad multitud numerosa de gente desarmada, que se había introducido entre los suyos, y que propendían al desórden. El acudía á todas partes á donde se temía el saqueo ó el robo; y él prestaba contínuos auxilios al Gobierno para mantener el orden público. Si en tales circunstancias se confió el patriotismo en el orden regular de las probabilidades, no podía tacharse á lo más, sino de un engaño ó error tan inocente como inevitable. Más ni esta nota ha podido recaer sobre los opositores. La necesidad sola y la absoluta imposiblidad de otros medios fueron los límites de su vigilancia y esfuerzo. Habían conseguido el triunfo sobre la tiranía, sacando el bien del mal, y sirviendo á la libertad y á los principios con las fuerzas mismas del desórden y de la ciega ignorancia. La razón, la civilización y la

ley habían triunfado por los agentes mismos del fanatismo y de las preocupaciones vulgares. Era necesario y glorioso llenar el objeto de la revolución, y no sólo terminar de un golpe la guerra contra los tiranos y contra los bárbaros, valiéndose de estos mismos, sino nulificar la fuerza salvaje; convertirla y regularizarla para la civilización, por la libertad, no por la espada. Se proyectaba detener á su jefe en la capital con la parte más arreglada de sus fuerzas, rodearle de los alhagos de la sociedad, amalgamarle con la fuerza del orden y con los intereses del Gobierno, y restablecer estas grandes masas á la patria.

Pero tristes circunstancias frustraron la obra; el vecindario intimidado no sufría ya el aspecto de las hordas; el esfuerzo contínuo para moderarlas se agotaba; las pretensiones absurdas y las excitaciones desordenadas de varios partidos imprudentes ú hostiles, que ya se desarrollaban, disolvían rápidamente la unidad de la opinión, quitaban todos los recursos, y debilitaban al Ejecutivo. (*)

Los restos de la guarnición de la plaza acuartelados en San Agustín, se desertaban sin cesar, saltando al efecto las paredes del edificio, y con

(*) Esta "Noticia al Congreso," sin duda, fué escrita por el mismo Barrundia.

este motivo á los que quedaban, se les mandó desarmar; más dando las tropas montañesas muestras de insubordinación y temiéndose que el mismo Carrera no las pudiese sujetar, y viniésemos á un rompimiento con ellas, se dipuso trasladar ocultamente los restos de la guarnición, que aun permanecía en San Agustín, el principal batallón de la Antigua, mandado por el Coronel Hernández, y el Gobierno comisionó á mi hermano Joaquín que pocos días antes había venido de Chiquimula, y á mí para que los armásemos de nuevo, formando con ellos dos compañías. También se hizo un llamamiento á la clase acomodada dela capital para que se reuniese en el mesón de la Aduana y formase un batallón, á las órdenes del antiguo Comandante, don Manuel González. Pocos, sin embargo concurrieron, diciendo algunos "que preferían morir en sus casas, al lado de sus mujeres, que presentarse á tomar las armas."

El batallón antigüeño en que armamos á los restos de la guarnición .de la plaza, tenía su cuartel en la Calle Real, casa del finado don Manuel Nájera, (hoy de los señores Ziriones) y por consiguiente á menos de una cuadra de la Plaza mayor. El mismo día que organizamos esas compañías, se nos presentaron en el cuartel varios jefes cachurecos, capitaneados por un

viejo de nombradía, (cuyo verdadero apellido no recuerdo, pero conocido generalmente por el apodo de Mangandí,) deseando tener una conferencia con nosotros. Nos reunimos en el cuarto de banderas, y tomó la paladra Mangandí, diciendo: "que recordásemos que la presente guerra había comenzado por lo del veneno, y porque el Gobierno y los nobles querían tener *contrincadas* á las *pleves*: que ahora que las *pleves* habían triunfado no debían quedarse las cosas como estaban antes, y los enemigos sin castigo: que lo que ellos querían era que se híciese un *saqueyo* ordenado á los ricos que les hicieron la guerra, y á los extranjeros que eran herejes y que venían á llevarse la plata" etc. Comenzábamos á combatir esas ideas, cuando llegó Carrera, con una patrulla y se llevó á todos presos; y así concluyó la conferencia. Ese Mangandí era un viejo revoltoso que al mismo Carrera le dió tantos disgustos, que al fin lo fusiló.

El Gobierno tomó al principio empeño en que Carrera se quedase, pero éste era demasiado astuto y desconfiado para admitir esta propuesta. Fuera de Guatemala Carrera era absoluto y si se guardaba en la capital, despachando antes sus fuerzas, no habría sido nada. Podría, es verdad, apoyado en su división, decir:

"yo mando aquí," más á esto no se atrevió. Se le nombró pues, Comandante general del Distrito de Santa Rosa, instándosele al mismo tiempo á que apresurarse la salida de sus tropas de la ciudad para calmar á la población, y se dispuso que saldrían al siguiente día. Llegó este, y á eso del medio día hubo una alarma, susurrándose que las tropas de Carrera estaban sublevadas. Poco después se vió á esa misma tropa ocupando la Plaza muyor. El Coronel Hernández entonces, forma precipitadamente mi compañía y él mismo la conduce á tapar la boca de la Plaza que sale á la Calle Real, retirándose en seguida á su cuartel. Al ver las tropas de Carrera aquel movimiento que debían suponer hostil, principiaron á aumentar su frente sobre nosotros, y llegué á creer que muy pronto romperían el fuego sobre mi diminuta compañía. Afortunadamente, á este tiempo llegó Carvallo á la plaza, vió á mi compañía, galopó á la esquina, y me preguntó con aire alarmado "de orden de quien estaba en aquel punto? Le contesté "que el Coronel Hernández me había situado allí." Retírese U. al momento," me replicó, y en el acto me retiré, dándome parabienes de haberme librado de aquel peligro en que estúpidamente me había puesto Hernández. Las tropas de Carrera siguieron

entonces su movimiento, formando todas en derredor de la plaza. Así que dejé á mi Compañía en el cuartel, me volví al portal de la Plaza con el objeto de oír y ver y lo que pasaba. En efecto las tropas estaban medio sublevadas, y lo que pude entender es que no querían salir sin que se les declarase. Que era lo que con esto pretendían, no podré decir ni entonces comprendí.', Los que parecían más sublevados eran los que formaban la cabeza de la división, los cuales vociferaban bravatas dirigidas á toda la población. En esto Carrera, en unión del vice-Jefe del Estado comenzaron á recorrer las filas, hablando á las tropas para aplacarlas y dándoles seguridades sobre la conducta que en lo sucesivo tendría el Gobierno etc. Al fin la tropa apareció medio aplacada, y á eso de las tres de la tarde emprendieron la marcha y salieron de la ciudad. Cuando los vimos ya fuera, encontrándonos libres de aquellos 2,000 cachurecos perfectamente armados, todos respiramos como quienes se ven fuera de un gran peligro.

Quedaba en pié, sin embargo, la cuestión del futuro: Carrera dueño de dos mil hombres armados, ¿se creía obligado á obedecer al Gobierno? ¿Su conducta sería regular y acataría la ley? ¿No surgirían con el tiempo dificultades que

darían por resultado la renovación de la guerra? Imposible parecía que la situación se pudiese desenlazar de una manera regular y pacífica; y la lucha que en este caso se seguiría necesariamente tenía que ser destructora y de dificilísima terminación. El resultado comprobó estos temores.

CAPÍTULO XI.

Desprestigio del nuevo Gobierno.—Sus causas.—Defectos del vice Jefe.—Su Ministerio.—Mal estado de la Hacienda.—Se acuerda levantar un batallón, se nombra á don Manuel González su Comandante.—Se me nombra Comandante de escuadrón.—De Chiquimula llega un refuerzo.—Se suspenden los códigos de Livingston y se deroga la ley de matrimonio civil.—Sotero Carrera choca con Barrundia.—Noticias alarmantes de preparativos de Carrera sobre la capital.—Cita de la Noticia al Congreso.—Representación de propietarios y comerciantes al Gobierno.—Minuta de las peticiones que presentaron.—Piden que se deponga á Carrera.—Se nombra á Salazar Comandante general de la división de Sur.—El Gobierno accede con excepción del artículo 4.°, á los puntos de la minuta.—Se levanta el batallón de San Francisco, y se le dá á mandar á don Manuel González.—Venida de Morazán.—Nombra una comisión pacificadora compuesta de Castillo, Barrundia, Ortiz y Zeceña.—Salida de la división de Corral de Piedra.—Yo salgo de ayudante de Salazar y renuncio mis sueldos.—Nos encontramos con Morazán.—Saget, Mayor general, Orellana, Secretario del Presidente.—Paso yo de ayudante con éste.—Nos movemos sobre Santa Rosa.—Acampamos en dos haciendas contiguas.—Comida á Morazán.—Conducta de éste.—Llegan los comisionados.—Relación de la Noticia al Congreso.—Morazán marcha á Mataquescuintla.—Carrera se sitúa en la cumbre de la montaña.—Fortifico la Iglesia.—Escalamos la montaña y Carrera la desocupa escapando por la Soledad.—De quien fué cul-

pa.—Falta de ánimo de Carrera.—Dormimos en la cumbre de la Soledad.—Conversación con Saget en que toma parte Morazán.—Volvemos á Mataquescuintla.—Traigo á Guatemala el parte de nuestras operaciones.—Vuelvo al cuartel general.—El suegro de Carrera es fusilado.—Pido licencia para venir á Guatemala, se me concede, y en el tránsito corro gran peligro de caer en una partida de cachurecos.—Los propietarios envían comisionados á Morazán instándole á que venga á la capital.—Viene Morazán y se le hacen grandes demostraciones.—Esfuerzos de galvistas y conservadores para ganárselo.—Asombro de Orellana.—Se sitúan diferentes destacamentos.—Victoria de mi hermano Joaquín en el Chaparrón.—Falta de un plan de campaña metódico y eficaz.

La oposición, que tan potente y fuerte se presentó para combatir á Gálvez y á su administración, cuando después de habertriunfado, inauguró su gobierno presidido por el vice-Jefe Valenzuela, se encontró, éste no sólo sin crédito y sin prestigio, sino odiado, y aún despreciado en la capital. Varias razones contribuyeron á esta fatalidad, siendo la principal de ellas el haberse unido, á última hora, los opositores con el cachurequismo- En vano alegaban estos todas las razones que, de un lado, los obligaron á dar aquel paso, y del otro, las ventajas que de esa misma unión se podía sacar para morijerar y aún destruir el cachurequismo. (*) Pero la ciudad se había quedado aterrorizada á la vista de las hordas de Carrera, y la oposición pública se exacerbó contra los que se suponía que las traje-

(*) En la "Noticia al Congreso" se discute este punto con talento.

ron y facilitaron su venida. Barrundia se hizo el blanco de todos los tiros y de muchas maldiciones. Se le comparaba al que, para destruír algunos bichos nocivos, ó que le son antipáticos, pega fuego á una casa. A los antiguos opositores pues, se les principió á llamar cachurecos, bien que nada hubiera más diametralmente opuesto al cachurequismo, el cual era clerical, fanático y reaccionario, que las ideas y principios de los opositores. Yo, tanto en mi calidad de opositor como por mi malhadada expedición, en compañía de Zepeda, en busca de una división de Carrera, y haber venido con ella, era uno de los más señalados como cachureco. Valenzuela, también para gobernante, tenía defectos que, en tiempos tan críticos eran vitales; se habría necesitado de uno de aquellos hombres superiores, ó más bien dicho, de un genio, para dominar la situación, y Valenzuela estaba lejos de pertenecer á esa categoría. Desde luego organizó su gobierno con dos Ministros, ambos de talento, don Manuel Arrivillaga y don Felipe Molina; pero estos tampoco eran capaces de salvar la nave del Estado, rodeada de tanto escollo. Una de las más grandes dificultades con que la nueva administración se estrelló fué la falta de hacienda pública, ó recursos pecuniarios, elemento indispensable en aquella

crisis, en que era necesario mantener en pié crecidas fuerzas, y pagarlas con regularidad. Las rentas del Estado eran cortísimas, (*) y estas, en el último año de su administración, se las había gastado anticipadamente Gálvez, habiendo contraído, además, multitud de deudas que no era posible pagar. Como el comercio, y cuasi todos los capitalistas eran, ó galvistas, ó antiguos conservadores, los cuales después de la entrada de Carrera, se habían irritado contra los opositores, y por consiguiente coadyuvaban á hacer la guerra al nuevo Gobierno, no se prestaban á facilitarle recursos, ni á servirlo de manera alguna; y por el contrario, no perdían ocasión de mostrarle su hostilidad. Facil es, pués, de comprender las dificultades en que se hallaría el nuevo Gobierno, falto de opinión, sin enerjía, y desprestijiado con cuasi todas las clases de la sociedad. Faltábale también, tino en el nombramiento de algunos empleados de categoría, habiendo sido muy mal recibido el que hizo en Carrascosa, para Comandante general.

Como la división de Sacatepéquez, compuesta de milicianos cívicos voluntarios, tenía que

(*) La renta de alcabala marítima, que entonces era corta, pertenecía á la federación, y la de aguardiente, con el sistema de "estancos," cuasi nada producía.

volverse, al menos en su mayor parte, á proseguir sus labores y trabajos de campo, era perentoria la necesidad de levantar fuerzas para la defensa de la capital y respetabilidad del Gobierno, y desde luego se designó para que levantase un cuerpo y lo organizase, á mi antiguo Comandante, don Manuel González. Este cuerpo debía constar de cuatro compañías, y vendría á reponer al batallón Concordia, disuelto en virtud de la capitulación de la plaza. Pero el desprestijió del nuevo Gobierno era tal, que sólo se pudieron reunir dos compañías, compuestas, en su mayoría, de aquellos que, ya sea por afición, ó ya por necesidad están siempre prontos á tomar el fusil. Una de estas se dió á mandar á mi amigo don José Montúfar, y la otra á mi hermano Ignacio, quien vino y sirvió en igual clase en la división de Sacatepéquez. Yo también estaba dispuesto á servir porque creía urgente que todos contribuyésemos á la defensa de Guatemala, y á dominar la crísis por la cual atravesaba el país; á lo que se agregaba mi natural afición á la milicia, ó más bien á la guerra, puesto que en tiempo de paz, el servicio, no tenía para mí atractivo alguno. Pero habiendo elegido, por sus antiguos méritos á don Manuel González para que organizase un batallón de infantería, único que por lo pronto se creyó ne-

cesario levantar, á mí se me nombró Comandante de escuadrón. Esto no fué de mi agrado. Yo nunca había servido en caballería, mientras que en infantería tenía la vanidad de creer que, al menos en táctica, no tenía superior en Guatemala. Tampoco había ningún escuadrón que se me pudiese dar desde luego á mandar, porque el que existía, falto de organización y de elementos, lo mandaba ya don Manuel Angel Molina, hijo del Doctor, quien, militar improvisado poco antes, estaba protejido en altas rejiones, asegurándose, á más, qua era muy valiente. No era tampoco posible levantar un nuevo escuadrón de algún valer porque, á más de que esto cuesta dinero y el Gobierno estaba muy pobre, esa arma no se improvisa como la infantería. Para formar un escuadrón mediano, y que pueda ser de verdadera utilidad, se necesita un año, y esto suponiendo que hay cuadros inteligentes y recursos de toda especie; y de éstos se carecía, principiando por el Comandante nombrado que, como ya dije, núnca había servido en caballería. Este nombramiento de Comandante de escuadrón, sin tener cuerpo que mandar, también dió motivo á las bromas de mis amigos y conocidos, lo que aumentaba mi desagrado. (*)

(*) En una ensaladilla que en una tertuli. fué improvisando mi hermana Pepa, decía: Es jefe Miguel García.
Del escuadrón invisible.

Como después del regreso de los antigüeños á sus hogares, la guarnición de la capital quedaría muy corta, se pidió con instancia á Chiquimula la fuerza que se levantó en aquel Departamento para sostener el pronunciamiènto que se hizo, desconociendo el Gobierno de Gálvez. La venida de esa fuerza era tanto más necesaria cuanto que no cesaban de llegar avisos de desórdenes que cometían las partidas de Carrera, y reclamos por parte de los agraviados, aumentando esto la alarma y mal estar de la ciudad. El Gobierno se afanaba por calmar los ánimos; y trabajaba directamente con Carrera para que repriniese esos abusos; más estos esfuerzos no eran, generalmente, coronados de buen éxito. El Cuerpo Legistativo, también, procuró proveer á la reparación de daños, é indemnizaciones á los pueblos que más habían sufrido en la guerra, tarea bien difícil y, aún por lo pronto, imposible, en el estado de penuria en que se hallaba el tesoro público.

Una de las cuestiones importantes que se inició en la Asamblea, y la cual debía sufrir fuertes y acalorados debates, fué la suspensión del Código de Livingston, suspensión que se propuso para satisfacer á las masas que se sublevaron en Oriente, las que, según se ha visto, se habían pronunciado decididamente contra el

nuevo régimen judiciario. Esa grande institución, que también tenía por enemigos á multitud de abogados viejos, que no querían dar por perdidos sus estudios anteriores, ni salir de su rutina, debía perecer por la falta de prudencia y tino con que se intentó plantear. Barrundia, autor entusiasta de ella no podía menos de conmoverse al ver la decisión por destruir su obra favorita; pero la mayoría de la Asamblea estaba resuelta á verificar el cambio, y todos los esfuerzos de Barrundia, de Molina y demás partidarios de la nueva institución encontrándose en minoría, nada pudieron conseguir, y el Código fué suspendido en fines de febrero. Sotero Carrera, que en aquella época no estaba corrompido; que no se había dado aún á la bebida, y que su conducta era ordenada, demostrando á más tener buen sentido, se quedó, después del triunfo de la oposición en Guatemala, conservando relaciones amistosas con Barrundia y demás opositores. Sotero que, como todos los cachurecos, estaba por la abolición del código, asistió á la discusión que tuvo lugar en la Asamblea, y desde ese día se chocó fuertemente con Barrundia, por la defensa acalorada que de él hizo, y por los ataques apasionados que dirigió contra los que procuraban destruirlo.

Otra ley que se derogó por ser antipopular, en especial para con los fanáticos y para con las masas de Oriente, fué la de matrimonio civil. También se hizo, por representación de Pavón y Beteta, proposición para que en Guatemala se derogasen los decretos de proscripción en virtud de los cuales salieron desterradas el año de 29 multitud de personas, y talvez desde entonces se habría tomado esa medida, si la proposición no se hubiese presentado general y sin excepción alguna, pues que si quedaba aprobada en esta forma, podrían volver tanto el Arzobispo como los frailes, cosa que muchos resistían. En medio de estas cuestiones, un grave suceso vino á poner en nuevos conflictos al Gobierno y á demostrar su debilidad y falta de prestijio. Llegan noticias talvez exajeradas, de que Carrera hace preparativos para atacar la capital, y la alarma no tiene ya límites. Oígamos como pinta la situación y refiere los sucesos "La Noticia al Congreso federal." Dice así: "De repente se presenta, ó más bien se prepara la coyuntura de una reacción disfrazada. Noticias alarmantes de preparativos hostiles contra la ciudad por parte de Carrera llegan exajeradas en todo ó en mucha parte á alarmar al Gobierno y al vecindario entero, que ajitados en masa buscan su salvación y su seguridad. En

medio de este tumulto los comerciantes y una multitud interesada más bien en reponer la facción de Gálvez, que en afianzar al Gobierno y la seguridad pública, se convino secretamente con sus jefes que permanecían ocultos en la ciudad; y concitando y reuniendo una numerosa porción de descontentos á otra multitud de propietarios ajitados por la inseguridad, tornó osadamente la iniciativa de la defensa pública, y representó en gran número al Gobierno, amenazando abandonarle á la agresión exterior y á la anarquía, y negarse á todo auxilio, si nó se deponía del mando militar á Carrascosa que no era de su confianza, y se colocaba otro jefe militar de su devoción. En este conflicto, el vice-Jefe les propone al Coronel Salazar, que habiendo sido Ministro de Gálvez y dirigido los negocios y la fuerza pública, no podía objetársele la menor tendencia al partido vencedor de la oposición. Más el fué rechazado abiertamente, y se indicaban otros jefes como Prem ó Yañez para ocupar la Comandancia General. Tal era ya la preponderancia que se tomaron sobre el Gobierno, prevalidos de su falta de recursos y autoridad, y de la conmoción pública que habían excitado contra los poderes supremos. Avisos positivos y de personas fidedignas manifestaban al Gobierno que se preparaba una cons-

piración; y el vice-Jefe la veía formarse claramente con medios y recursos muy activos." (*)

El Ejecutivo en tales extremidades adoptó una medida media: estableció dos comandancias militares y dividió las fuerzas: la una se puso al mando de Carrascosa, (esta se llamó del Norte) y la otra (del Sur) compuesta en su mayor parte de comerciantes y sus adictos formó la división de Salazar. El comercio exijió del vice-Jefe que los auxilios mensuales que prestaran, no entrarían al tesoro público y se invertirían directa y exclusivamente en su división. Así se vieron á un tiempo dos fuerzas, una del Gobierno pobre y miserable; otra del comercio, independiente y bien proveída. Este arreglo de depresión y desconfianza respecto del Ejecutivo quedó fijado etc."

Según esta "Noticia al Congreso," aparece que los propietarios rechazaron á Salazar; pero á renglón seguido, se ve que quedó difinitivamente nombrado. Yo no presencié la entrevista que tuvo el Gobierno con los comisionados de los propietarios (SS. Luis Batres, Juan A. Martínez, J. Ponce, y Francisco Vidaurre) y por lo mismo no podré decir lo que en ella pasó; pero en todo caso, es claro que, si al principio

(*) Si acaso tal conspiración se preparaba, debo confesar que no tuve de ella la menor noticia.

mostraron alguna repugnancia en servir bajo las órdenes de Salazar, muy pronto convinieron en su nombramiento, puesto que se les vé prestándose á servir, y á proporcionar los recursos ofrecidos. (*)

Por lo expuesto se verá que la guerra con Carrera, prevista desde su salida de la capital, iba á comenzar de nuevo, cruel, feróz y sin dar cuartel. Creo, sin embargo, que en esto hubo imprudencia de parte de los que precipitaron aquel rompimiento que, con tacto y política pudo quizá ser evitado. Pero en aquella época de pasiones exaltadas y de acriminaciones mútuas, todos eran errores. ¿Eran estos efectos naturales, y por lo tanto, necesarios del estado de nuestra civilización y de sucesos anteriores? La escuela fatalista así lo sostendrá. Yo, en es-

---

[*] *Minuta de las peticiones que la comisión nombrada por los propietarios, presentó al Gobierno.* "1. ° Que se dicten medidas capaces de reunir la opinión, de conciliar las voluntades, y dar por este medio energia y fuerza al Gobierno para la conservación del orden que se ve amenazado.—2. ° Que se organicen fuerzas bastantes y se empleen los jefes y oficiales que sean capaces, sin miramientos ó partidos.—3. ° Que se manden comisiones á la Antigua y Quezaltenango á fin de reunir los recursos y las fuerzas de dichos puntos para sostener el orden y el Gobierno.—4. ° Que se de un decreto de olvido desde el 15 de septiembre de 1821 por las faltas politicas [esta petición fué la única que no se concedió].—5. ° Que se suspendan los códigos, conservándose en toda su fuerza el Habeas Corpues.—Que se organice un cuerpo de propietarios etc. para el servicio de policía y orden interior de la ciudad.

te punto, menos radical, no puedo estar de acuerdo en ello. Creo que la casual existencia de uno ó dos hombres superiores, bastan á modificar, y en ciertos casos, á variar del todo el curso de la historia de un país. Sin Milciades y sin Temístoles ¿cuál habría sido la suerte de Atenas al tiempo de las invasiones de los persas? Y sin el valor, patriotismo y résolución de los atenienses, ¿cuál la de Grecia? ¿No habría sido esclavizada y perdida, por consiguiente, su civilización y cultura? Y en este caso, habría podido civilizarse el resto de Europa? Probablemente esa parte del mundo, centro hoy de las ciencias y de las artes, estaría todavía sumida en la barbárie, y el continente americano no habría sido descubierto.

Habiendo el Gobierno, con excepción del artículo 4º, accedido á todos los puntos que contenía la minuta de los propietarios y comerciantes, se procedió con actividad á levantar un batallón, lo que se consiguió en cortísimo tiempo, constando de 400 hombres, dividido en cuatro compañías. En este batallón cuasi todos los oficiales eran, ó comerciantes, ó antiguos oficiales del año de 29. Le dió á mandar al mismo don Manuel González, quien, como ya dije, había levantado dos compañías, las que se unieron al nuevo batallón, formando así un total de

600 hombres. A don Francisco Benítez se le nombró mayor del cuerpo. Evidentemente el viento soplaba ya de la reacción. En cuanto á la aversión mostrada contra Carrascosa, este era un sentimiento muy general, y por lo mismo el Gobierno cometió una falta nombrándolo Comandante general.

En estas circunstancias, y en virtud del llamamiento que se le hizo, ocurrió en nuestro auxilio el Presidente, trayendo consigo una división de cosa de 700 hombres. Pero antes de obrar militarmente insistió en su primitiva idea, de procurar, por medio de una comisión pacificadora, arreglar la paz con los sublevados. Al efecto nombró comisionados á Castilla, Barrundia, Ortíz y Zeceña. El nombramiento de Barrundia era esta vez, desgraciado porque Carrera, de amigo se había tornado en su enemigo encarnizado. Los comisionados irían ámpliamente facultados á hacer, á los sublevados, grandes ofrecimientos y concesiones; sin duda porque Morazán, mejor que otros, había comprendido la gravedad de la situación, y lo que peligraría la civilización si la guerra continuaba con mal éxito. Varias veces lo oí lamentarse de que los guatemaltecos no daban á la sublevación la importancia que tenía.

Entre tanto, en Guatemala, organizado el nuevo batallón (al cual se le principió á llamar de San Francisco, por tener en ese edificio su cuartel) se ordenó que saliese en unión de las dos compañías anteriormente levantadas, á encontrar al General Presidente, al que deberíamos hallar en Corral de Piedra. A mí, no teniendo cuerpo, me nombró Salazar su ayudante, y salimos de Guatemala en marzo, aúnque no podré determinar el día preciso. Carrascosa con los Chiquimultecos, lo que quedaba de los antigueños, y un escuadroncito salió con orden de operar sobre Mataquescuintla por Jalapa. Como los propietarios y comerciantes vociferaban que no querían dar dinero para pagar oficialidad que no fuese de su confianza, y yo por haber sido opositor y ligado con Barrundia y Arrivillaga, no estaba bien visto de muchos de ellos, que eran esencialmente galvistas, desde que se me nombró jefe de escuadrón, manifesté que aceptaba el cargo renunciando mis sueldos.

Al segundo día de nuestra marcha nos encontramos con el Presidente que nos aguardó en Corral de Piedra. Venía de Mayor General Saget, con quien ya tenía íntima amistad, y de Secretario mi antiguo amigo Máximo Orellana. Aunque Salazar tenía relaciones amistosas con

migo, en el fondo desconfiaba de mí por haberme inclinado á la oposición. Esto lo hablé con Saget quien me propuso que pasase de ayudante con el Presidente, lo que se efectuó allí mismo. Sin detenernos en aquella hacienda nos movimos sobre Santa Rosa, y siendo esta villa muy enfermiza, nos situamos en dos haciendas quese hallan á una legua de ella, en dirección á Mataquescuintla, pueblo en que tenía su cuartel general Carrera. En aquellas haciendas nos quedamos algunos días mientras llegaban los comisionados que debían abocarse con Carrera y procurar una transación. Aunque ya ayudante de Morazán, muy poco veía dá este personage, el cual se mantenía, cuasi siempre, encerrado en una de las piezas de la hacienda en que se alojó. Los chapines ocupamos la otra. A fin de estar en más contacto con Morazán, y de obsequiarlo, le hicimos los jefes y oficiales de Guatemala, un convite á comer al cual concurrió, manteniéndose el tiempo que duró la comida muy grave, como quien no quiere convidar á la familiaridad. A pocos días llegaron los comisionados los que sin tardanza partieron para Mataquescuintla, quedándonos no sin algún cuidado por su seguridad, en especial por la de Barrundia, quien corría mucho más riesgo, tanto por las prevenciones que ya había contra

él, cuanto por no tener "corona" que lo protegiese, como tenían los otros. Lo que pasó en las conferencias que tuvieron con Carrera lo explica con toda exactitud la "Noticia al Congreso" puesto que el mismo Barrundia fué el que redactó ese documento histórico. Dice así:

"La conferencia se tuvo en Mataquescuintla en medio de los jefes y fuerza de Carrera. Ellos estaban fuertemente prevenidos é irritados, apenas escuchaban á la comisión. La propuesta sola de rendir las armas los exasperaba con violencia. Habían llegado á sus oídos los insultos y amenazas exageradas de nuestras fuerzas. Una invencible desconfianza del Gobierno agriaba sobre todos sus ánimos; y ellos ni comprendían, ni podían sentir la razón de los comisionados, ni el lenguage de la autoridad. En esta noche incendiaron maliciosamente algunas casas del pueblo, por atribuir este atentado al Comisionado Barrundia. Carrera había ofrecido á sus tropas atraer á este comisionado á una conferencia privada, y asesinarle en la montaña. Otros rasgos de amenaza y de venganza se manifestaron á los comisionados. Su misión, pues, no tuvo efecto, y apenas pudieron salvarse y evitar una desgracia."

No recuerdo con qué motivo, vine en esos días á Guatemala, y cuando volví á reunirme al

ejército, regresamos juntos, el Capitán Paredes, y otros dos ofidiales también galvistas que iban á presentarse á Morazán buscando colocación en sus filas. Como se había malogrado toda transación, Morazán se movió sobre Mataquescuintla punto donde lo encontré de vuelta de Guatemala. Carrera y sus cachurecos estaban sobre la montaña que domina al pueblo. Morazán dispuso que se fortificase la Iglesia, situada en medio de la plaza, y Saget me comisionó á este objeto. A pocos días, Morazán hizo marchar al batallón de San Francisco á ocupar un punto que se llama "Montaña de las flores" para impedir que por él se escapase Carrera, mientras que Carrera moviéndose de Jalapa, debería tomar posesión de la cumbre de Soledad. Habiendo tomado estas disposiciones, una mañana emprendimos escalar la montaña que ocupaban los rebeldes, operación que me pareció imprudente porque si Carrera hubiera hecho el ánimo de pelear, nuestra osadía nos habría costado cara. La posición que ocupaba, medianamente defendida, era intomable. Pero Carrera no nos aguardó, talvez porque, habiendo hecho el día anterior un movimiento con 200 hombres, como amenazando flanquer ó voltear su posición, no se creyese ya allí seguro. Si este hubiese sido el motivo, no fué fundado. Yo

iba de segundo jefe en la sección que hizo ese movimiento, el que no tuvo otro objeto que el de llamarle la atención, retirándonos al oscurecer sin ser observados.

Aúnque Carrera tenía tapada la salida por la montaña de las Flores, quedó descubierta y libre: la más natural para él y la que más le convenía: la de la Soledad, y por consiguiente se retiró sin ser molestado. Según oí decir á Morazán, Carrascosa debió haber ocupado esa montaña y cortado esa retirada á Carrera. Nosotros pasamos esa noche en la misma cumbre de la Soledad, con mucho frío, porque nos hallábamos á una elevación muy considerable sobre el nivel del mar. Recuerdo que, hablando con Saget sobre esa elevación, tomó parte en la conversación Morazán quien no brilló por sus conocimientos en Geofrafía física, confundiendo la latitud de un lugar con su elevación sobre el nivel del mar.

A la mañana siguiente bajamos de la montaña por el mismo camino que lo hizo Carrera y pernoctando en un pequeño caserío, volvimos á ocupar Mataquescuintla. Saget me preguntó si quería traer á Güatemala el parte de lo ocurrido, y por su puesto, le dije que sí; se me entregó la nota, y cuando ya estaba para montar, le pregunté, "si no se me daba una escolta para

mi seguridad en el camino, á lo que medijo que se la pidiese yo á Morazán." Le contesté que eso no hacía," y sin decir más, y con bastante mal humor partí, con mucha probabilidad de ser asaltado en el tránsito. Llegué sin embargo, sano y salvo.

La operación de Morazán en la montaña, y fuga de Carrera, se recibió en Guatemala como un triunfo obtenido; pero en realidad nada se había adelantado. Carrera, mientras estuviera en la cumbre de aquella montaña, ningún daño podía hacer; y por el contrario desde el momento en que la abandonó, y subdividió sus fuerzas, comenzaron las correrías en todas direcciones, unas dirigidas por él en persona y otras por sus segundos. Conveniente, pues, habría sido dejarlo allí sin hacer otra cosa que observarlo. Los rebeldes que no eran gentes acostumbradas á la guerra, ni sujetos á una disciplina rigorosa, sino vecinos de los pueblos y caseríos, pronto se habrían cansado, manteniéndolos al descampado, en un clima muy fuerte, sin hacer nada, y teniendo que traer sus víveres desde lugares más ó menos retirados. Tengo por tanto la opinión que se hizo un mal en desalojarlo de la montaña de Mataquescuintla.

Permanecí en la capital dos días y volví al cuartel general. Morazán había ya enviado va-

rias secciones á diferentes partes del país sublevado, quedándose él en Mataquescuintla como centro de operaciones, y procurando reunir algún armamento del esparcido entre los sublevados. Los fusiles los pagaba á diez pesos, y en poco tiempo reunió más de cien. En esos dias se apresó al suegro de Carrera, y fué fusilado; severidad en mi opinión impolítica, que sólo podía conducir á ensangrentar la revolución. Pocos días después, aburriéndome en aquel pueblo, donde nada hacíamos, teniendo un deseo vivo de volver á Guatemala, pedí una licencia que me fué concedida; y con alguna más confianza de no encontrar novedad en el camino, por estár situado un destacamento en una de las haciendas cercanas á Santa Rosa, que antes ocupamos, me puse en marcha sin escolta ni compañía alguna. Me hallaba ya muy cerca de Arrazola, cuando ví venir por el camino mirando á uno y otro lado al Capitán Arias acompañado de tres ó cuatro más. Al llegarse con migo, me preguntó con extrañeza. ¿Qué era de la partida de cachurecos? Y como yo le contesté que no había visto ni encontrado ninguna partida, me explicó: "que de Guatemala había salido aquella misma tarde una comisión de los propietarios con dirección al cuartel general: que estando en Arrazola, donde pensaban per-

noctar, con una escolta que sacaron de Guatemala, y de la cual formaba parte Arias, vieron venir una partida grande de cachurecos: que la escolta y los comisionados, se hicieron fuertes en el corral y casa de la hacienda, y los cachurecos tomaron el camino que traía, y que esta fué la razón de que le hubiese parecido muy raro que yo no los hubiese encontrado, tanto más cuanto que hacía muy pocos minutos que tal suceso tuvo lugar, y que esta fué la causa de haber sialdo él con comisión de descubierta." La partida de cachurecos probablemente había tomado para la Hacienda Nueva, cuyo camino aparta precisamente en el punto en que yo encontré á Arias; de manera que si yo hubiese llegado pocos minutos antes á aquel punto, sin duda me encuentro con ella.

Los comisionados, cuyo encargo era persuadir á Morazán á que se viniese á Guatemala, llegaron al siguiente día al cuartel general y lograron su objeto. ¿Qué mira ó plan tenían los propietarios, se preguntará, en traer á Morazán á la capital? La hostilidad para con el Gobierno de Valenzuela, por lo mismo que era débil é inofensivo, crecía de punto y se hacía más encarnizada. Deseaban ganarse á Morazán y servirse de él para derrocar aquella administración que odiaban. Cuando se anunció, pues,

su llegada, galvistas y conservadores se prepararon para hacerle una ovación. Los conservadores parecieron olvidar sus rencores contra él que los persiguió el año de 29, sin duda con la esperanza de ganárselo y hacerlo suyo; y los galvistas también calculaban servirse de él para anonadar á los opositores contra quienes conservaban un gran rencor.

Yo salí como era mi deber, á encontrar á Morazán hasta la villa de Guadalupe .desde donde me vine platicando con Orellana y con Saget. El escuadrón del comercio formó en la llanura encabezándolo don Luis Batres, don Pedro Aycinena, y otros magnates del partido conservador, los que procuraban mostrar su adhesión y entusiasmo por su vencedor en 29. Al ver Orellana aquellas demostraciones de parte de los "serviles," como él decía, abría tamaños ojos, y manifestaba, un tanto complacido, su estrañeza. La conducta de los jefes opositores fué más digna, y debía ser así, puesto que ejercían los poderes del Estado.

Antes de marchar Morazán á Guatemala, envió las fuerzas que aún le quedaban en el cuartel general á diferentes lugares del país sublevado y siendo uno de los principales Jalapa, fué para allá el batallón de San Francisco, porque á Carrascosa que ocupaba antes ese pueblo,

se le había disuelto su división. Pocos días después, expedicionando mi hermano Joaquín con cerca de 200 hombres, fué atacado á la media noche en el Chaparrón, y habiendo sido cuasi sorprendido, poco faltó para que sufriese un descalabro. Pudo, sin embargo, organizar la defensa, y al comenzar á amanecer, tomó la ofensiva y derrotó á los rebeldes, causándoles muchos muertos. La acción fué reñida y estuvo por algún tiempo dudosa, á causa de la gran superioridad numérica del enemigo. La facción se había dividido en diferentes secciones, atacando ó sorprendiendo hoy un destacamento, y mañana otro, y para vencerla habría sido necesario un plan metódico, mejor combinado y más político del que se empleó; y quizá también alguna más fuerza de la que se tenía. Pero es de advertir que los cachurecos estaban todavía tan reclutas y poco aguerridos que, 100 hombres de los nuestros, vencían cuasi siempre á 400 ó 500 de ellos; y á esta superioridad de nuestra tropa debíamos las victorias frecuentes que obteníamos y el creernos seguros.

CAPÍTULO XI.

Conducta de los galvistas y conservadores con Morazán.—Relato de la "Noticia al Congreso."–Se me envía en una comisión peligrosa.—Llego á la Sabaneta, hago allí alto y divido mi fuerza.—Peligros que corro.—Me salvo por casualidad.—Refuerzo que me envía Morazán.—Carrera es derrotado en Salamá: muerte de su hermano Laureano.—Entrevista entre Morazán y don Juan José Aycinena.—Oferta que éste hace á Morazán.—Se pone el Distrito de Guatemala bajo las órdenes de Morazán.—Ataque de los cachurecos á Amatitlán.—Defensa bizarra de un cuerpo federal en aquella ciudad.—Se me despacha con un refuerzo al mismo punto.—Me quedo allí á las órdenes de Lazo.—Miedo y temores de este de que nos ataquen en la noche.—Carta famosa que escribe á Morazán.—Alarma á media noche en Guatemala.—Auxilio que se nos envía.—Miedo infundado de Lazo.—Vuelvo á Guatemala.—Atacan á mi hermano Joaquín en Jutiapa, y este vence.—Los conservadores intentan una asonada en la Autigua para dar la dictadura á Morazán.—Vasconcelos hace fracasar el plan.—Noticias que llegan á Morazán de San Salvador.—Se indispone con los conservadores y marcha á San Salvador.—Juicio sobre Morazán.

Mientras en la mantaña luchaban nuestras tropas contra la sublevación, con pocas esperanzas de pacificarla, sucesos de otra naturaleza tenían lugar en Guatemala después de la llegada de Morazán. Oigamos el relato que se hace en la "Noticia al Congreso federal." Este relato, escrito por Barrundia, es interesante, y revela las cosas que muchos ni aún sospechaban, Hablando de los efuerzos que hicieron los enemigos del Gobierno, (galvistas, comerciantes, y antiguos conservadores) para indisponerlo con Morazán, manejos en éste sentido, dice lo si-

guiente: (*) Estas han sido tales, que en la capital se promovió abiertamente la dictadura militar sobre todo el Estado, teniendo la osadía de ofrecerla al General Presidente; de rodearle día y noche de una gran multitud para vencer su resistencia; atraer al rededor de su casa á todo el populacho con orquesta y aclamaciones; y de intentar algunos asesinar en su salida á los diputados que en la actualidad conferenciaban sobre este mismo punto con el Presidente."

Es por esto que el Cuerpo Legislativo se vió en la precisión al siguiente día, de poner al Ejecutivo del Estado, y á toda la fuerza pública, bajo la dirección protectora y bajo el consejo del Presidente, en un decreto que salvara en lo posible la Constitución y la paz pública. Pero el Presidente disgustado manifestó, "que él no llenaba los deseos, ni podía calmr las ajitaciones." Y como fuese devuelto sin sanción, la

(*) Los que esta "Noticia al Congreso" escribieron, como es sabido, fueron Barrundia, los Molinas, (padre é hijo) Escobar y demás liberales que siempre estuvieron unidos con Morazán, y lo estaban íntimamente al tiempo que escribían esta Noticia; reconciliación debida al choque de Morazán con los conservadores con motivo del decreto federal, al que, contra sus ofrecimientos, coadyuvó activamente don Juan José Aycinena. El juicio, pues, en este asunto de los que firmaron la citada "Noticia," no puede ser sospechoso, y antes bien se trasluce el deseo de disculpar en todo lo posible la conducta que tuvo Morazán.

Asamblea, en una conferencia privada con los miembros enemigos de su propia existencia, que queriendo disolverla se habían retirado, convino, á propuesta del Presidente en el decreto que puso al Distrito de la capital bajo su mando y protección hasta concluirse la guerra." Por lo expuesto, se ve que Morazán lejos de rechazar la dictadura, deseó que se la diesen, y aún la exigió.

Como cuasi todas las tropas se hallaban, divididas en secciones, en el país sublevado, no quedaba en la capital sino una corta guarnición. Un día, como á mediados de abril, llegó un viejo, comerciante español, á manifestar á Morazán "que venían por el camino del golfo, dos atajos cargados de efectos de su pertenencia, y que si no salía alguna tropa á protejerlos y escoltarlos, serían robados por los cachurecos y él quedaría completamente arruinado:" que suplicaba, al Presidente que sin demora mandase una sección de tropas á encontrarlos y custodiarlos hasta la capital." Morazán llamó á Lazo, uno de sus ayudantes, y le dijo que se alistase para ir á desempeñar esa comisión; más de repente agregó, con cierta sonrisa maliciosa, y dirigiéndome la vista, "pero no; preferiremos al señor Granados," y al decirme esto, su mirada me desagradó. La tropa que se me dió para de-

sempeñar aquella peligrosa comisión se componía de un oficial y 25 reclutas salvadoreños, jovencitos que no sabían echar "armas al hombro." Esto era enviarme al moridero porque sí, como era cuasí seguro, una fuerza cualquiera me atacaba en el largo tránsito de ese camino que de todos era, sin duda, el más peligroso, me sería imposible hacer resistencia efectiva con aquellos pocos muchachos; los efectos serían robados, y todos víctimas de la imprudencia de Morazán. El imbécil del viejo comerciante, no sólo quedó tan satisfecho como si el grande ejército de Napoleón fuera al socorro de sus efectos, sino que él mismo, armado de una espada de taza y dos pistolas vizcacinas, montó en su mula para acompañarnos; á los atajos los deberíamos encontrar del otro lado de los callejones de Guastatoya. Era claro que Morazán no tenía una verdadera conciencia del error que cometía al enviar aquellos pocos reclutas á una comisión para cuyo feliz desempeño se habría necesitado una fuerza ocho veces mayor y de mejor calidad que la que se me dió, porque de lo contrario, y aún suponiendo que no le importase un comino el que yo perdiese la vida, no había de serle indiferente que también la perdiera el oficial y los 25 salvadoreños que iban conmigo. Con qué gusto saldría yo á esa ex-

pedición, el lector se lo podrá figurar! En cambio, el imbécil viejo estaba radiante de placer, al ver que sus efectos iban á ser protejidos; pero en realidad lo que se hacía al mandar esa corta fuerza era ponerlos en mayor peligro, porque era muy factible que sin ser escoltados llegasen salvos á la capital, y esto aún encontrándose con una fuerza de Carrera, lo que no sucedería si se llegase á disparar un tiro entre la escolcolta y una división de cachurecos. Al pasar por la casa que habitaba Saget, entré á saludarlo y le hice ver la temeridad que se cometía conmigo, mandándome con aquellos 25 muchachos á comisión tan peligrosa; pero Saget nada pudo ofrecerme puesto que la orden partía del mismo Morazán.

Al día siguiente de mi salida, llegué á la Sabaneta, hacienda distante 14 leguas de Guatemala, donde encontré un atajo de efectos pertenecientes á don J. A. M. Yo llevaba encargo de proteger, no sólo los efectos del viejo comerciante, sino cualesquiera otros que encontrase en el camino, y en consecuencia, dí orden al arriero que hiciera alto en la hacienda; envié al oficial con 15 hombres á encontrar los atajos del viejo, y me quedé con 10 hombres custodiando los efectos de M. Todo esto parecerá una burla porque, qué protección podría yo dar, contra

una fuerza cachureca, con sólo diez reclutas? ¿Y no era claro que al detener aquel atajo en lugar tan riesgoso, en vez de hacer un buen servicio le hacía un perjuicio, por cuanto aumentaban las probabilidades de ser atacado y por consiguiente, robado? Todo esto era para mí clarísimo; pero, por otra parte, si dejaba que aquel atajo siguiera su camino, y en el tránsito era robado, se habría dicho que yo, maliciosamente no lo había querido proteger, por ser su dueño M., rematado galvista y enemigo mío. Si en la Sabaneta, se me atacaba, como era muy probable, los efectos se perderían, pero yo también sería víctima, y nada se podría, por tanto, decir contra mí; yo cumplía estrictamente las órdenes que se me daban. En cuanto á dividir mi fuerza, tan imposible me sería defenderme con 25 hombres como con diez. Me quedé pues, en la Sabaneta protegiendo, es decir, aumentando considerablemente el peligro que corría aquel atajo del comerciante galvista M., y el oficial con los 15 hombres restantes, acompañados del viejo español, siguieron su camino. Cada día que pasaba en aquella hacienda sin novedad, me parecía una fortuna inaudita. Todos los habitantes de aquellas aldeas y caseríos eran decididos cachurecos y pasar por ese camino con tropa sin que Carrera lo supiera detalladamen-

te, era cosa imposible. Al cuarto día de estar allí, muy fastidiado, como lo podrá suponer el lector, recibí un papelito del viejo comerciante en que me decía "que se había ya reunido con sus atajos y que haría esfuerzos por reunirse conmigo tal día (el mismo en que recibí su carta). Este aviso lo tuve una mañana á las diez. Aburrido como estaba en aquella hacienda, me vino el deseo de moverme en el acto y pasar al Puente, distante dos leguas, donde estaría con menos probabilidad de ser atacado, y donde también, en el caso de ser derrotado, tendría más posibilidad de escapar con vida. Llamé, pues, al arriero que hacía cabeza, y le intimé orden de traer las mulas y cargar para irnos á dormir al Puente. El arriero me objetó que "ya era demasiado tarde para recogerlas, cargar y emprender la marcha"; pero le hice observar "que no estaba discutiendo el punto con él, sino dándole una orden que tenía que obedecer." Los arrieros se dirigieron entonces á las lomas en que pacían las mulas, las trajeron y les dieron agua, todo esto lo ví hacer. Me entré á mi cuarto, me recosté en mi hamaca, y á eso de las doce, calculando que ya debía de estar cargado el atajo y estrañando que no me lo avisasen, salí al corredor y ¡cual fué mi sorpresa al ver, otra vez, las mulas sueltas, paciendo en las lomas!

Entré en furor, llamé al arriero, y le dije, "que si creía que podía jugar conmigo, se engañaba:" que si no venían en el acto las mulas, ellos mismos cargarían en sus hombros aquella carga y la conducirían al Puente donde irremediablemente tenía que llegar aquella tarde. Intimidados los arrieros, salieron apresurados, trageron las mulas, las aparejaron y cargaron, y á las dos de la tarde fuí saliendo paso á paso para el citado Puente, donde llegué sin novedad á eso de las cuatro y media. Veamos ahora qué había sucedido en la hacienda mientras yo caminaba tranquilamente para mi destino. Haría una hora que yo había salida, cuando la hacienda se vió repentinamente rodeada por Carrera con más de 800 hombres, y tenía tal convicción de que yo estaba en ella, que la tropa entró ya haciendo fuego sobre todo el que vieron, resultando herido el hijo de Zomoza, dueño de la hacienda al que le costó algún trabajo persuadir á Carrera que yo ya no estaba allí, y que hacía una hora que había salido para el Puente custodiando un atajo cargado de efectos. "Lo de menos," le contestó Carrera," me sería ir, á alcanzarlo, y quitarle el cargamento; pero los muchachos cojerán los efectos, se los repartirán, y han de querer ir á dejarlos á sus casas, con lo cual se me disuelve la fuerza, como me

sucedió en dias pasados; y esto me haría ahora un gran perjuicio porque voy á comisión muy importante, que no quiero dejar de hacer. Prefiero, pues, que siga su camino y que agradezca á la urgencia con que voy etc." Carrera sabía que yo, Miguel García, era el que estaba en la hacienda, y que mi fuerza se componía de 10 muchachos, reclutas, de Cojutepeque. Todo esto me lo refirió el mismo Zomoza, pocos dias después, en Guatemala. Carrera en la misma tarde, siguió su ruta, y el viejo comerciante, que no llegó sino hasta la mañana siguiente muy temprano, sabiendo lo ocurrido, sin detenerse un momento, prosiguió en mi alcance. Por lo expuesto se verá que escapé de una manera extraordinaria y prodigiosa, y que el haberme librado no lo debí á previsión de mi parte ni á aviso alguno que hubiera recibido.

Pasé la noche tranquilamente en el Puente, y ya con buenas esperanzas de concluir mi comisión con felicidad. A la mañana siguiente, al comenzar á subir la larga cuesta que va para los Portezuelos, ví que bajaba una fuerza que pronto reconocí ser nuestra. Venía á su cabeza el Capitán Izasi, ayudante del Presidente, y se componía de 50 hombres, chapines, pero de nueva leva. Izasi me dijo "que Morazán me enviaba esos 50 hombres porque Carrera se de-

bía ya haber movido para atacarme." Le contesté que probablemente habrían engañado á Morazán, porque si éste, en Guatemala, hubiera sabido que Carrera se movía con ese objeto, su auxilio de ninguna manera habría llegado á tiempo de socorrerme sino muy tarde. Creo, pues, agregué, que sus espías se han equivocado." Mi raciocinio era exacto, en efecto, si yo me hubiera quedado en la Sabaneta, habría sido atacado 16 horas antes de que hubiese podido llegar el refuerzo que me envió Morazán; y mucho menos podría haber llegado á tiemyo si, como debió haber sucedido, yo anduviese por Guastatoya ó el Florido. Agarrándame de este pretexto, en vez de volver á reunirme con los 15 hombres que quedaban atrás, como era mi deber, seguí mi camino con intención de pernoctar en las Navajas donde creía que podría alcanzarme el viejo español con los dos atajos de efectos. Por esta falta, hija del fastidio que sufrí en la hacienda, y que afortunadamente no tuvo malas consecuencias, Morazán me dió una justa reprimenda. Los atajos llegaron ese día á San José, á una legua de las Navajas, y me alcanzaron al siguiente entrando á Guatemala.

Entre tanto, Carrera se había dirigido á Salamá con el objeto de dar un ataque brusco y apoderarse de aquella importante plaza. Pero

los Salamatecos, que estaban parapetados, se defendieron como siempre lo hacen, con valor, y Carrera escolló en su empresa, y sufrió un descalabro considerable. En el ataque murió Laureano Carrera, hermano de Rafael, joven valiente y activo. Sabido por Morazán ese movimiento de Carrera, mandó al Coronel Fonseca con cerca de 100 hombres federales, en socorro de aquella plaza, más como era natural, este auxilio también llegó tarde.

Me parece que fué á fines de abril, ó tal vez algunos días después, que el Presbítero don Juan José Aycinena pasó á la casa de habitación del Presidente á pedirle órdenes para San Salvador á donde iba á asistir á las sesiones del Congreso como Diputado por el Estado de Guatemala, que era. Se sabía que, en el seno de aquel cuerpo, había un fuerte partido por disolver la federación, autorizando á los Estados para constituirse de nuevo y formar después el pacto federal, pensándose que, siguiendo este camino, la unión sería más perfecta y estaría libre de los inconvenientes que se había pulsado en nuestra Constitución. Esta idea, cuyo promotor había sido Aycinena, propalándola en unos folletos que escribió algunos años antes en Nueva York, había hecho muchos prosélitos en Centro América y fué combatida por Barrundia

y otros que tomaron el nombre de federalistas. En la conferencia que Aycinena tuvo ese día con Morazán, procuró este hacerle ver que si se llevaba á efecto esa idea y se disolvía el pacto federal, sería muy dificil, y quizá imposible, volverlo á reconstruir, lo cual vendría á ser un gran mal para todo el país. Aycinena pareció convencido con las razones de Morazán, y ofreció á este, no sólo no coadyuvar á que se diese ese decreto, sino trabajar eficazmente con sus amigos para impedirlo. Hecho este ofrecimiento, se separaron en la mejor armonía. Este acuerdo entre Morazán y Aycinena no me sorprendió porque aquel ya se había exhibido unido y concordando en miras con los conservadores y galvistas. Se ha visto en el último párrafo de la "Noticia al Congreso" que por sus esfuerzos se puso al Distrito de Guatemala bajo el mando absolto del Presidente, habiéndose éste disgustado ó más bien irritado, cuando Barrundia, Molina y demás diputados que pertenecieron á la oposición, decretaron tan sólo "poner al Ejecutivo del Estado y á toda la fuerza pública, bajo la dirección protectora del Presidente. Este manifestó entonces "que ese decreto no llenaba los deseos, ni podía calmar las agitaciones, y dictó en consecuencia, los términos en que se debería dar, lo que se efectuó conforme

á sus deseos. Era claro que Morazán había entrado en las miras de los enemigos del Gobierno y deseaba la dictadura. La suerte, pues, de los antiguos opositores, combatidos por todas las clases de la sociedad, y sin el único apoyo con que habían creido contar, no podía ser ni más triste ni mas desvalida."

En el mismo fin de abril, siendo la época en que se levantaba la cosecha de grana en Amatitlán, que con este motivo había afluencia de comerciantes en aquella ciudad para hacer sus compras de ese artículo, y concurriendo además, en mayo muchas familias de la capital á hacer allí su temporada, situó Morazán una guarnición competente, al mando de su ayudandte Lazo, en aquel punto, teniendo como su segundo á mi hermano Ignacio. La guarnición se componía de sesenta y pico de federales, soldados viejos, y de 25 ó 30 amatitlanecos milicianos. En una mañana, de los primeros días de mayo, la población se vió repentinamente atacada por un grueso de más de 600 cachurecos, mandados por uno de los principales jefes de la facción. El combate fué muy reñido, porque indudablemente, los facciosos con la práctica de la guerra, mejoraban en su calidad de soldados; y gracias al denuedo de los federales, la victoria quedó por los nuestros. Por esta acción se ascendió á

Lazo; y á mi hermano, que se distinguió notablemente, se le graduó de Teniente Coronel. Cuando en Guatemala se supo que estaban atacando á Amatitlán, se me mandó apresuradamente con un auxilio de 50 hombres, el que no podía llegar á tiempo de tomar parte en la acción; esta concluyó á eso de las ocho de la mañana, y yo llegué en la tarde del mismo día. También llegó el Coronel Fonseca quien tomó el mando de la plaza, retirándose Lazo á Guatemala. Al siguiente día se volvió Fonseca á Guatemala, llevándose á los federales, y entregó de nuevo el mando á Lazo, quedando yo como segundo, por ser él veterano, y más antiguo que yo. Este cambio me desagradó. Lazo era tonto, echaba á menudo sus tragos, y ni aún de su valor tenía yo concepto.

Cuando una población ha sido atacada repentinamente y por sorpresa, como lo fué Amatitlán en aquella ocasión, natural es que sus aterrorizados vecinos queden muy alarmados y temiendo á cada momento ver aparecer las hordas que los pusieron en tal conflicto. Nada hay sin embargo, menos factible. Después de un descalabro, como el que sufrieron en Amatitlán los cachurecos, estas fuerzas irregulares, sin organización ni disciplina, se dispersan, vuelven á sus hogares, y tardan algunos días en

reunirse de nuevo y emprender otra correría ó agresión. Esta nunca se dirige al mismo punto ó población en que hicieron la anterior, pensando, y con razón, que estará ya mejor guarnecido y preparado para la defensa. Pero los vecinos que quedan aterrorizados con el peligro que corren, son en lo general, incapaces de hacer estos raciocinios, y sus creencias son siempre hijas de ese mismo terror; y así sucedió en Amatitlán donde las gentes asustadas con lo pasado, creían ver á cada instante la vuelta de los salvages cachurecos, y en consecuencia circulaban multitud de falsas noticias en que se aseguraba su venida aquella misma noche. Lazo, que como ya dije, era sumamente tonto, y á más, tenía miedo, daba crédito á estos rumores y creyó que infaliblemente seríamos atacados en la madrugada. Manifestándome sus temores, me dijo que iba en el acto á pedir auxilio á Guatemala. Yo procuré combatir aquella resolución, haciéndole ver los inconvenientes de alarmar á la media noche, á la capital, por un recelo, ó sospecha no fundada de que se nos atacaría. A esto me contestó, que no era un recelo poco fundado el que tenía, sino certeza de que los cachurechos llegarían antes de amanecer. Pero cuando le pregunté cuales eran las razones en que se fundaba para tener esa creencia ó certeza, me

refería las diferentes noticias que le habían llegado, que eran, poco más ó menos de este jaez: "que una mujer acababa de referir, que una su conocida le contó, con referencia á un su compadre, que este oyó decir á un mozo que vino de la cumbre, que los cachurecos le digeron que esa misma noche vendrían á Amatitlán." Al tenor de esta noticia, Lazo me refirió otras dos de la misma calaña, las que unidas, le daban la certeza de que seríamos atacados; y como yo me burlase de sus noticias, se impacientó con migo por mi apatía é incredulidad, asegurándome que "él no se había de dejar coger desprevenido." Insistió, por lo tanto, en escribir á Morazán, pidiendo auxilios, y me indicó que redactase la nota; pero á esto me negué porque le dije "teniendo opinión contraria no sabré como, ó en que apoyar la demanda de auxilio." Me dijo, entonces, que tomara la pluma y que él dictaría, lo que en el acto ejecuté. Estando, pues, ya con la pluma en la mano, y Lazo de pié, principió así: "Mi General" .... aquí se interrumpió diciéndome: "lo que yo quiero, es, después de manifestarle que nos van á atacar esta noche, hacerle entender que no tengo confianza en la tropa;" (esta se componía de chapines, aúnque algo reclutas por ser nueva leva)" pero decirselo de tal modo, y en tales términos, que

aúnque él lo entienda bien, no lo comprendan los cachurecos en caso de que intercepte mi carta." "¿Cómo hacemos para esto? Discurra Ud." "No sé le contesté." Lazo insistía en que yo discurriese la manera de redactar lo que él quería decir, y yo siempre me negaba, con lo cual tuvo que seguir su carta, dictando una sarta de disparates que al oírlos y escribirlos me costaba trabajo conservar la seriedad. Concluyó su carta, la que le leí de nuevo y la firmó; y cuando me disponía á cerrarla, me dijo: postdata." Volví á tomar la pluma y dictó: "Y por último, mi General; no tengo confianza en la tropa." Y habiendo hecho esta confesión, pareció ya tranquilo. Se trató en seguida de enviar la carta á Guatemala, y esta fué una nueva dificultad. Estaba allí medio arrimado, un Alferez que fué del escuadrón de Yañez, y Lazo le dijo, que la llevase, pero el oficial manifestaba temor de encontrarse con el enemigo en el camino. Yo le hice burla por su miedo pueril, y al fin se decidió á ir, y se le despachó; pero un cuarto de hora después, volvió asustado diciendo que "había visto enemigos al pié de la cuesta, con lo cual se vió obligado á volverse." Naturalmente, esto confirmaba á Lazo en su "certeza" de ser atacado; sólo yo permanecí siempre incrédulo. Comprometimos, entonces, á dos

amatitlanecos á que lo sacasen por una vereda que sin pasar por la cuesta, va á Bárcena, y el impertérrito oficial pasó ya sin ver enemigos.

Entre tanto, Lazo, que había tomado sendos tragos, me molestaba sin cesar. Me había nombrado "mayor de plaza," queriendo dar allí al servicio las formalidades que tiene en una verdadera plaza de guerra, y á cada rato llegaba conmigo diciéndome: "señor Mayor de Plaza; se me acaba de dar parte de tal ó cual cosa," exigiéndome que averiguase el orígen ó grado de certeza de cuanto chisme ó paparrucha le contaban. Al fin yo me impacienté: llegó diciéndome: "señor Mayor de Plaza; se me acaba de dar parte de que por el pueblo anda un hombre vestido de mujer y es necesario que Ud. vaya á ver si se le encuentra y prenda, porque esto es grave y"......Oiga Ud. Lazo, interrumpí; yo no soy corchete ó policía para andar correteando por el pueblo, y averiguando si las personas que llevan enaguas son en efecto mujeres ú hombres disfrazados; vea Ud. á quien manda á esa comisión." Esta contestación lo irritó, y con tono incómodo y de autoridad me dijo: "Yo daré parte al Presidente que Ud. se niega á ejecutar los áctos del servicio que le tocan y se le confían." Y yo le diré, "contesté con enfado," que Ud. está borracho, muerto de miedo, y or-

denando sandeces que no es mi obligación obedecer." Con esta respuesta, Lazo no se volvió á meter, en toda la noche conmigo.

El oficial portador de la carta de Lazo, llegó á Guatemala á la media noche, y á esas horas se puso á la ciudad en alarma, tocando generala y también la campana de cabildo, según se acostumbraba en casos de peligro. Se reunió sin demora el escuadrón del comercio mandado por Saget y con otros pocos que llevaba mi hermano Ignacio, salieron sin demora; más tarde salió otra fuerza de infantería. A eso de las seis llegó Saget, y como no vió ni enemigos ni nadie que nos atacase, me preguntó en privado: que había habido, y cual el orígen de aquella alarma? "Borrachera y miedo de Lazo, le contesté." Pero hombre, por qué no me pusiste por separado un papelito en que me explicaras la verdad? "Por bobo"! le contesté; y si por una gran chiripa en efecto nos atacaban y á causa de mi papelito no hacían UU. nada ¿qué responsabilidad habría yo contraído? Además, no me pesaba que este imbécil se exhibiese tal cual es, porque así me lo quitaría de encima." A esto nada me replicó Saget. En este momento se llegó Lazo y principiaba con su acostumbrado "señor Mayor de Plaza" á darme una orden, cuando lo interrumpí diciéndole: Vea La-

zo, ya tengo aquí quien me mande; así, no me dé Ud. más órdenes. Saget, incómodo también con Lazo por la alarma en que á todos había puesto, le reprendió agriamente, preguntándole quien le había dado facultades para hacer ese nombramiento de mayor de plaza.

Saget me autorizó á volverme á Guatemala, que era lo que yo deseaba, y al siguiente día, hablando á la hora de comer con Morazán sobre lo ocurrido: Yo puse á la ciudad en alarma porque el oficial que trajo el parte, el cual tenía reputación de valiente, me aseguró "que se había abierto paso por entre los enemigos." Sin esta circunstancia habría dicho, como me ha referido Ud. que contestó el sordo Pacheco cuando en San Miguelito le avisaron que se veía fuego; "miedo; miedo de Lazo." Morazán agregó que lazo peleaba bien, pero á su lado.

Mientras que en Amatitlán y en Salamá tenían lugar las acciones de guerra que he referido, por Oriente no estaban ociosos los cachurecos. A mi hermano Joaquín, estando destacado en Jutiapa, lo atacaron una noche. Mi hermano, que estaba fortificado, los derrotó, haciéndoles varios muertos. Pero aunque nuestras armas quedaban cuasi siempre victoriosas, poco ó nada se adelantaba en la pacificación de los distritos sublevados, y entre tanto los pro-

pietarios cadada día mostraban más renuencia para suministrar fondos, la deserción y las enfermedades iban disminuyendo el número de nuestras tropas, especialmente entre los salvadoreños, los cuales se desertaban siempre que se les proporcionaba, y comenzaba á sentirse de nuevo el desaliento en la capital.

Entre tanto, en Guatemala, galvistas y conservadores seguían explotando la buena disposición de Morazán para hacer guerra cruda al Gobierno y nulificarlo. Ya le habían quitado el Distrito de Guatemala y dádole el mando al Presidente, á cuyo acto irregular, ó más bien ilegal, no sólo se había prestado de buena voluntad, sino que coadyuvó eficazmente. Pensaron en seguida hacer otro tanto con el Departamento de Sacatepéquez, fraguando al efecto una visita del Presidente á la Antigua, quien llevaría de escolta al escuadrón de propietarios, enemigos todos del Gobierno. El mismo día que llegaron á aquella ciudad se intentó el que, popularmente, se hiciese un pronuciamiento, proclamando á Morazán dictador, esto es, poniendo á aquel Departamento bajo su mando absoluto, como se había hecho con el de Guatemala. Con este objeto, los del escuadrón comenzaron á repicar las campanas, y á convocar al pueblo dando al efecto víctores al Presiden-

te pare que, por aclamación, se hiciese el pronunciamiento. Pero Vasconcelos no era hombre con quien se pudiera jugar tan fácilmente, y revistiéndose de autoridad mandó suspender esas demostraciones, dejando burlados á los del escuadrón y tal vez al mismo Morazán. El pueblo antigüeño tampoco pareció simpatizar con ese movimiento que por lo tanto escolló. Esta fué la relación que algunos amigos me hicieron al siguiente día, y lo que pude colegir de lo que oí decir á algunos conservadores, uno de ellos don Luis Batres quien en unión de don Manuel Pavón y don Pedro Aycinena, tomaban ya una parte activa en los negocios públicos. Desgraciadamente yo no presencié lo ocurrido en la Antigua, porque ese día no acompañé á Morazán, no habiéndome reunido con él sino hasta el siguiente. De la Antigua pasamos á Amatitlán, y creo que á su regreso de aquella población fué cuando Morazán recibió noticias de lo que había pasado en el Congreso federal, noticias que lo obligaron á romper abierta y definitivamente con los conservadores, pues que de ellos resultaba que don Juan José de Aycinena, lejos de oponerse á que se diese el decreto disolviendo el pacto federal, según se lo había ofrecido el día que se despidió de él, ya en San Salvador se unió con los promotores de la medida, los capitaneó, y aún, según entiendo, redactó el dictamen de la comisión

que dictaminó en la proposición que al efecto se hizo. (*)

Morazán se quedó un corto tiempo en Villanueva, tal vez con el objeto de mantenerse lejos de conservadores y galvistas y en seguida partió para el Salvador dejando en Guatemala cosa de cien salvadoreños, en cuenta los federales. Yo estaba en Guatemala con licencia y por tanto no me hallaba á su lado cuando emprendió su marcha. Esta tuvo lugar en junio. No me convidó, á lo que recuerdo, para que lo acompañase, ni lo habría aceptado porque, á lo que pude ver, por entonces no procuró ganarme. Tampoco simpaticé mucho con el héroe hondureño. Parecióme que este buscaba, no partidarios de una bandera ó principio político, sino simples criaturas que exclusivamente le perteneciesen y yo no era á propósito para esto, y por consiguiente, para él, no era bocado de desear. Había sin embargo, en lo poco que lo traté de cerca, observado ciertas cualidades superiores, cuales eran, su valor, su actividad y energía, y lo que se llama "don de mando," que poseía en alto grado. Pero su talento político y aún el militar no estaban en relación con esas cualidades. Después que partió Morazán me quedé sin hacer servicio alguno.

(*) Al año siguiente, habiéndose hecho, en un papel publicado en San Salvador, cargos á don Juan José Aycinena por su falta de cumplimiento en la palabra que dió á Morazán, Aycinena confesó, en su contestación, ser cierto el heecho; pero dió, para haber obrado así, disculpas, á la verdad, poco ó nada satisfactorias.

FIN

